

The background of the cover is a sepia-toned illustration. In the foreground, a man wearing a dark bowler hat and a dark coat is seen from the back, looking towards a Venetian canal. In the distance, across the water, are several buildings with domes and spires, characteristic of Venetian architecture. To the right, a building with a balcony and a large arched doorway is visible. The overall tone is nostalgic and artistic.

Henry James

Los Papeles
de Aspern

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LOS PAPELES DE ASPERN

HENRY JAMES

**PUBLICADO: 1888
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Había tomado a Mrs. Prest como confidente; en verdad, sin ella apenas habría avanzado, pues la idea fructífera de todo el asunto brotó de sus amigables labios. Fue ella quien inventó el atajo, quien cortó el nudo gordiano. No se supone que sea propio de las mujeres elevarse, por lo general, a la visión más amplia y generosa — me refiero a la de un plan práctico —; pero me ha parecido que en ocasiones lanzan una concepción audaz — tal que un hombre no habría sido capaz de concebir — con singular serenidad. — Pídales sencillamente que le acojan en calidad de huésped — es algo a lo que no creo que yo hubiera llegado sin su ayuda. Yo andaba dando rodeos, intentando ser ingenioso, preguntándome con qué combinación de artes podría convertirme en conocido suyo, cuando ella ofreció esta feliz sugerencia de que el modo de convertirse en conocido era primero convertirse en inquilino. Su conocimiento real de las señoritas Bordereau era apenas mayor que el mío, y en verdad yo había traído de Inglaterra algunos datos concretos que eran nuevos para ella. El nombre de ellas se había mezclado, en épocas remotas, con uno de los más grandes nombres del siglo, y vivían ahora en Venecia en la oscuridad, con medios muy escasos, sin visitas, inaccesibles, en un decrepito palacio antiguo en un canal apartado: eso era la sustancia de la impresión que mi amiga tenía de ellas. Ella misma llevaba quince años establecida en Venecia y había hecho allí mucho bien; pero el círculo de su benevolencia no incluía a las dos americanas tímidas, misteriosas y, según se suponía de algún modo, de escasa respetabilidad (se creía que habían perdido en su largo exilio toda cualidad nacional, aparte de tener, como su apellido daba a entender, algún origen francés en la sangre), que no pedían favores ni deseaban atención alguna. En los primeros años de su residencia había intentado conocerlas, pero esto solo había tenido éxito en lo que respectaba a la pequeña, como Mrs. Prest llamaba a la sobrina;

aunque en realidad, según supe después, esta era considerablemente la más alta de las dos. Había oído que Miss Bordereau estaba enferma y sospechaba que se encontraba en apuros; y había ido a la casa a ofrecer ayuda, para que, si había sufrimiento (y sufrimiento americano), al menos no pesase en su conciencia. La «pequeña» la recibió en la gran *sala* veneciana fría y desvaída, el vestíbulo central de la casa, pavimentado de mármol y cubierto por oscuras vigas cruzadas, y ni siquiera le invitó a sentarse. Esto no era alentador para mí, que deseaba acomodarme de forma tan duradera, y así se lo hice saber a Mrs. Prest. Ella, sin embargo, me respondió con profundidad: — Ah, pero hay toda la diferencia: yo fui a otorgar un favor y usted irá a pedir uno. Si son orgullosas, estará usted del lado correcto. Y se ofreció a mostrarme su casa para empezar — a llevarme en góndola. Le hice saber que ya había ido a verla media docena de veces; pero acepté su invitación, pues me encantaba rondar por aquel lugar. Había encontrado el camino hasta él el día después de mi llegada a Venecia (me lo había descrito de antemano el amigo en Inglaterra a quien debía información precisa sobre la posesión de los papeles por parte de ellas), y lo había asediado con la mirada mientras meditaba mi plan de campaña. Jeffrey Aspern nunca había estado en él que yo supiera; pero cierta nota de su voz parecía habitar allí, mediante una implicación indirecta, una leve reverberación.

Mrs. Prest no sabía nada de los papeles, pero se interesaba por mi curiosidad, como siempre se interesaba por las alegrías y penas de sus amigos. Sin embargo, mientras íbamos en su góndola, deslizándonos bajo la sociable capota con el luminoso cuadro veneciano enmarcado a uno y otro lado por la ventanilla móvil, podía ver que le divertía mi encaprichamiento, el modo en que mi interés por los papeles se había convertido en una idea fija. — Cualquiera diría que espera usted encontrar en ellos la respuesta al enigma del universo — dijo; y yo negué el reproche respondiendo únicamente que si tuviese que elegir entre esa preciada solución y un fajo de cartas de Jeffrey Aspern, sabía de sobra cuál me parecería el mayor don. Ella fingió hacer poco caso de su genio, y yo no me tomé la molestia de defenderle. No se defiende al propio dios: el dios es por sí mismo una defensa. Además, hoy, tras su larga oscuridad relativa, se alza en lo alto del firmamento de nuestra literatura, a la vista de todo el mundo; es parte de la luz con que caminamos. Lo más que dije fue que sin duda no era un poeta de mujeres: a lo que ella replicó, con no poca agudeza, que al menos había sido el de Miss Bordereau. La cosa extraña había sido para mí descubrir en Inglaterra que

ella seguía con vida: era como si me hubieran dicho que lo estaba la señora Siddons, o la reina Carolina, o la famosa lady Hamilton, pues me parecía que pertenecía a una generación ya extinguida. — Vamos, debe de ser tremendamente anciana, al menos cien años — había dicho yo; pero al examinar las fechas vi que no era estrictamente necesario que hubiera sobrepasado en mucho la duración común de una vida. Con todo, estaba muy avanzada en años, y sus relaciones con Jeffrey Aspern habían ocurrido en su primera juventud. — Esa es su excusa — dijo Mrs. Prest, con algo de sentenciosidad y al mismo tiempo como si se avergonzase de hacer una observación tan poco acorde con el verdadero tono de Venecia. ¡Como si una mujer necesitase una excusa por haber amado al divino poeta! Él había sido no solo una de las mentes más brillantes de su época (y en aquellos años, cuando el siglo era joven, había, como todos saben, muchas), sino uno de los hombres más cordiales y uno de los más apuestos.

La sobrina, según Mrs. Prest, no era tan anciana, y se aventuró en la conjetura de que quizá era solo una sobrina nieta. Esto era posible; yo no disponía más que de mi parte en el conocimiento muy limitado de mi correigionario inglés John Cumnor, quien nunca había visto a la pareja. El mundo, como digo, había reconocido a Jeffrey Aspern, pero Cumnor y yo le habíamos reconocido más que nadie. La multitud acudía hoy en tropel a su templo, pero de ese templo él y yo nos considerábamos los sacerdotes. Sosteníamos, con justicia, según creo, que habíamos hecho más por su memoria que nadie, y lo habíamos hecho abriendo ventanas sobre su vida. No tenía nada que temer de nosotros porque no tenía nada que temer de la verdad, que era lo único que, a tal distancia en el tiempo, podíamos tener interés en establecer. Su muerte prematura había sido la única mancha oscura en su vida, a menos que los papeles en manos de Miss Bordereau fuesen a sacar perversamente a la luz otros. Hacia 1825 había corrido la impresión de que la había «tratado mal», del mismo modo que había corrido la impresión de que había «servido», como dice la plebe londinense, a varias otras damas de igual manera. Cada uno de estos casos Cumnor y yo habíamos podido investigarlo, y nunca habíamos dejado de absolverle concienzudamente de conducta deshonrosa. Yo le juzgaba quizás con más indulgencia que mi amigo; en todo caso, me parecía que ningún hombre podía haber obrado con mayor rectitud dadas las circunstancias. Estas eran casi siempre embarazosas. La mitad de las mujeres de su tiempo, hablando con amplitud, se le habían echado a la cabeza, y de esta funesta moda no habían dejado de

surgir numerosas complicaciones, algunas de ellas graves. No era un poeta de mujeres, como le había dicho a Mrs. Prest, en la fase moderna de su reputación; pero la situación había sido diferente cuando la propia voz del hombre se mezclaba con su canción. Aquella voz, según todos los testimonios, era una de las más dulces que jamás se hubieran escuchado. «¡Orfeo y las Ménades!» fue la exclamación que acudió a mis labios cuando por primera vez repasé su correspondencia. Casi todas las Ménades eran irrazonables, y muchas de ellas insoportables; en pocas palabras, me parecía que él fue más amable, más considerado de lo que yo, en su lugar (¡si es que pudiera imaginarme en tal lugar!), habría sido.

Era sin duda extraño sobre toda extrañeza —y no voy a ocupar espacio intentando explicarlo— que, habiendo tenido que vérnos en todas estas otras líneas de investigación con fantasmas y polvo, meros ecos de ecos, la única fuente viva de información que se había prolongado hasta nuestra época hubiera pasado inadvertida para nosotros. Todos los contemporáneos de Aspern habían, según nuestra creencia, desaparecido; no habíamos podido mirar a un solo par de ojos en los que los suyos hubieran mirado, ni sentir un contacto transmitido en ninguna mano envejecida que la suya hubiera estrechado. La más muerta de todas parecía la pobre Miss Bordereau, y sin embargo solo ella había sobrevivido. Agotamos en el curso de los meses nuestro asombro de no haberla descubierto antes, y la sustancia de nuestra explicación era que se había mantenido tan callada. La pobre señora, en conjunto, había tenido sus razones para hacerlo. Pero fue una revelación para nosotros que fuera posible guardar tanto silencio en la segunda mitad del siglo XIX —la era de los periódicos y los telegramas y las fotografías y los entrevistadores. Y tampoco se había tomado grandes molestias: no se había ocultado en un agujero imposible de encontrar; se había instalado audazmente en una ciudad de exhibición. El único secreto de su seguridad que podíamos percibir era que Venecia contenía tantas curiosidades que eran mayores que ella. Y luego el azar la había favorecido de algún modo, como lo mostraba, por ejemplo, el hecho de que Mrs. Prest nunca se le hubiera ocurrido mencionármela, aunque yo había pasado tres semanas en Venecia —bajo sus narices, por así decir— cinco años atrás. Mrs. Prest tampoco se lo había mencionado casi a nadie; parecía casi haber olvidado que estaba allí. Claro que ella no tenía las responsabilidades de un editor. No era ninguna explicación de que la anciana nos hubiera eludido el decir que vivía en el extranjero, pues nuestras investigaciones nos habían llevado una

y otra vez (no solo por correspondencia sino mediante indagaciones personales) a Francia, a Alemania, a Italia, países en los que, sin contar su importante estancia en Inglaterra, transcurrieron tantos de los demasiado pocos años de la carrera de Aspern. Nos alegramos de pensar al menos que en todas nuestras publicaciones (algunas personas consideran, creo, que nos hemos excedido en ellas) solo habíamos rozado de pasada y con la mayor discreción la relación de Miss Bordereau. Curiosamente, aun si hubiéramos contado con el material (y a menudo nos preguntábamos qué habría sido de él), habría sido el episodio más difícil de abordar.

La góndola se detuvo; el antiguo palacio estaba allí; era una casa de la clase que en Venecia lleva incluso en la extrema dilapidación el digno nombre. — ¡Qué encanto! ¡Es gris y rosa! — exclamó mi compañera; y esa es la descripción más completa que puede hacerse de él. No era especialmente antiguo, solo dos o tres siglos; y tenía un aire no tanto de decadencia como de apacible desaliento, como si de algún modo hubiese malogrado su vocación. Pero su amplia fachada, con un balcón de piedra de extremo a extremo del *piano nobile* o piso principal, era suficientemente arquitectónica, con la ayuda de diversas pilastras y arcos; y el estuco con que había sido revestida hacía mucho tiempo en los tramos intermedios tenía un tono rosado en aquella tarde de abril. Daba a un canal limpio, melancólico y poco frecuentado, que tenía a cada lado una angosta *riva* o acera practicable. — No sé por qué — no hay hastiales de ladrillo — dijo Mrs. Prest —, pero este rincón me ha parecido siempre más holandés que italiano, más parecido a Ámsterdam que a Venecia. Tiene una limpieza perversa, por razones propias; y aunque se puede pasar a pie, apenas nadie piensa en hacerlo. Tiene el aire de un domingo protestante. Quizás la gente tiene miedo de las señoritas Bordereau. Me atrevería a decir que tienen fama de brujas.

No recuerdo qué respuesta di a esto — estaba entregado a otras dos reflexiones. La primera era que si la anciana vivía en una casa tan grande e imponente no podía encontrarse en ningún tipo de miseria y, por tanto, no se vería tentada por la posibilidad de alquilar un par de habitaciones. Expresé esta idea a Mrs. Prest, quien me dio una respuesta muy lógica. — Si no viviera en una casa grande, ¿cómo podría hablarse de que tiene habitaciones de sobra? Si ella misma no estuviera ampliamente alojada, le faltaría a usted base para acercarse a ella. Además, una casa grande aquí, y en especial en este *quartier perdu*, no prueba nada en absoluto: es perfectamente

compatible con un estado de penuria. Los *palazzi* decrepitos, si se sale del camino trillado para buscarlos, pueden conseguirse por cinco chelines al año. Y en cuanto a la gente que vive en ellos —no, hasta que usted haya explorado Venecia socialmente tanto como yo no podrá hacerse una idea de su desolación doméstica. Viven de nada, porque no tienen nada con que vivir. La otra idea que se me había ocurrido tenía que ver con una alta pared en blanco que parecía delimitar una extensión de terreno a un lado de la casa. Digo «en blanco», pero estaba cubierta de los desconchados que deleitan a un pintor, grietas reparadas, escamados de yeso, salidas de ladrillo que el tiempo había tornado rosadas; y unos pocos árboles delgados, con las estacas de ciertos endebles enrejados, eran visibles por encima. El lugar era un jardín, y al parecer pertenecía a la casa. De repente se me ocurrió que si pertenecía a la casa yo tenía mi pretexto.

Estaba sentado contemplando todo aquello con Mrs. Prest (estaba bañado por el resplandor dorado de Venecia) desde la sombra de nuestro *felze*, y ella me preguntó si entraría entonces, mientras me esperaba, o volvería en otro momento. Al principio no podía decidirme —era sin duda muy débil por mi parte. Quería seguir pensando que aún PODRÍA lograr un punto de apoyo, y tenía miedo de enfrentarme al fracaso, pues eso me dejaría, como le observé a mi compañera, sin otra flecha en el carcaj. —¿Por qué no otra? —preguntó ella mientras yo estaba allí sentado, vacilando y pensando; y quiso saber por qué, incluso ahora y antes de tomarme la molestia de convertirme en inquilino (lo cual podría resultar miserablemente incómodo al fin y al cabo, aun si lo conseguía), no tenía el recurso de ofrecerles sencillamente una suma de dinero al contado. De ese modo podría obtener los documentos sin pasar malas noches.

—Queridísima señora —exclamé—, disculpe la impaciencia de mi tono cuando le sugiero que debe de haberse olvidado del mismísimo hecho (sin duda se lo comuniqué a usted) que me empujó a echar mano de su ingenio. La anciana no quiere que se hable de los documentos; son personales, delicados, íntimos, y ella no tiene ideas modernas, ¡Dios la bendiga! Si empezara tocando esa nota, estropearía el juego con toda certeza. Solo puedo llegar a los papeles haciéndola bajar la guardia, y solo puedo hacerla bajar la guardia mediante halagadoras prácticas diplomáticas. La hipocresía, la duplicidad son mi única oportunidad. Lo siento, pero por el bien de Jeffrey Aspern haría cosas peores aún. Primero debo tomar el té con ella; luego

abordar el asunto principal. Y conté lo que le había ocurrido a John Cumnor cuando le escribió. No se tomó en absoluto ninguna nota de su primera carta, y a la segunda había respondido muy secamente, en seis líneas, la sobrina. «Miss Bordereau le rogaba que dijese que no podía imaginar qué quería decir molestándolas. No tenían ninguno de los papeles del señor Aspern, y si los tuviesen jamás pensarían en mostrarlos a nadie por ningún motivo del mundo. No sabía de qué estaba hablando y le rogaba que la dejara en paz.» Desde luego que yo no quería ser recibido de ese modo.

— Vaya —dijo Mrs. Prest después de un momento, provocadora—, quizás después de todo no tienen ninguna de sus cosas. Si lo niegan en redondo, ¿cómo está usted seguro?

— John Cumnor está seguro, y me llevaría largo tiempo contarle cómo su convicción, o su presunción muy fundada —lo bastante sólida para resistir la del todo comprensible mentira de la anciana— se ha ido edificando. Además, hace mucho hincapié en la evidencia interna de la carta de la sobrina.

— ¿La evidencia interna?

— El hecho de llamarle «el señor Aspern».

— No veo qué demuestra eso.

— Demuestra familiaridad, y la familiaridad implica la posesión de recuerdos, de reliquias. No puedo decirle cuánto me conmueve ese «señor» —cómo tiende un puente sobre el abismo del tiempo y acerca a nuestro héroe a mí—, ni qué filo le da a mi deseo de ver a Juliana. No se dice «el señor» Shakespeare.

— ¿Lo diría yo, tampoco, si tuviese una caja llena de sus cartas?

— ¡Sí, si hubiera sido su amante y alguien las quisiera! Y añadí que John Cumnor estaba tan convencido, y tanto más convencido por el tono de Miss Bordereau, que él mismo habría venido a Venecia para este asunto de no ser por el obstáculo de que le resultaría difícil desmentir su identidad con la persona que les había escrito, cosa que las ancianas sospecharían con toda seguridad a pesar de los disimulos y el cambio de nombre. Si le preguntaran a quemarropa si era su corresponsal, le resultaría demasiado violento mentir; mientras que yo, afortunadamente, no estaba atado de ese modo. Era una mano nueva y podía decir que no sin mentir.

—Pero tendrá usted que cambiar de nombre —dijo Mrs. Prest—. Juliana vive tan al margen del mundo como es posible vivir, pero no por eso ha dejado de oír hablar probablemente de los editores del señor Aspern; quizás posee lo que usted ha publicado.

—He pensado en eso —respondí; y saqué de mi cartera una tarjeta de visita, pulcramente grabada con un nombre que no era el mío.

—Es usted muy pródigo; podría haberlo escrito —dijo mi compañera.

—Esto resulta más auténtico.

—¡Desde luego, está usted dispuesto a llegar lejos! Pero será incómodo en cuanto a sus cartas; no le llegarán con esa máscara.

—Mi banquero las recibirá por mí, e iré a buscarlas todos los días. Me dará un pequeño paseo.

—¿Va a depender solo de eso? —preguntó Mrs. Prest—. ¿No va a venir a verme?

—Oh, usted habrá abandonado Venecia, por los meses de calor, mucho antes de que haya resultado alguno. Estoy dispuesto a achicharrarme todo el verano —¡y también después, quizás lo diga usted! Mientras tanto, John Cumnor me bombardeará con cartas dirigidas, con mi nombre fingido, a cargo de la *padrona*.

—Reconocerá su letra —sugirió mi compañera.

—En el sobre puede disimularla.

—¡Vaya par que están hechos! ¿No se les ocurre que aunque usted sea capaz de decir que no es el señor Cumnor en persona, aún pueden sospechar que es su emisario?

—Desde luego, y solo veo un modo de parar ese golpe.

—¿Y cuál puede ser ese?

Vacilé un momento.

—Hacerme querer de la sobrina.

—¡Ah —exclamó Mrs. Prest—, espere a verla!

CAPÍTULO II

«Tengo que trabajar el jardín, tengo que trabajar el jardín», me dije cinco minutos después, mientras aguardaba arriba en la larga y sombría sala donde el suelo desnudo de escayola brillaba vagamente por una rendija de los postigos cerrados. El lugar era imponente, pero tenía un aspecto frío y receloso. Mrs. Prest se había alejado flotando, dándome cita al cabo de media hora en unos escalones al agua cercanos; y me habían dejado entrar en la casa, tras tirar del oxidado cordón de la campanilla, una doncellita de cabello pelirrojo y rostro pálido, muy joven y no del todo fea, que llevaba unos zuecos que repiqueteaban y un chal a modo de capucha. No se había contentado con abrirme la puerta desde arriba mediante el habitual mecanismo de una polea chirriante, aunque primero me había observado desde una ventana superior, lanzando el inevitable desafío que en Italia precede al acto hospitalario. Por lo general me irritaba esa supervivencia de las maneras medievales, si bien dado que me gustaba lo antiguo supongo que debería haberla apreciado; pero estaba tan decidido a ser afable que saqué mi tarjeta falsa del bolsillo y la alcé hacia ella, sonriendo como si fuera un talismán mágico. Y lo fue, en efecto, pues hizo que bajara, como digo, hasta abajo del todo. Le rogué que se la entregara a su señora, habiendo escrito antes en ella en italiano las palabras: «¿Tendría usted la amabilidad de recibir un momento a un caballero, americano?». La doncellita no era hostil, y reflexioné que acaso eso ya fuera algo ganado. Se sonrojó, sonrió y pareció a la vez asustada y complacida. Podía ver que mi llegada era un gran acontecimiento, que las visitas eran raras en aquella casa y que ella era una persona a quien le habría gustado un lugar más animado. Cuando empujó tras de mí la pesada puerta sentí que había puesto un pie en la ciudadela. Fue repiqueteando a través del húmedo y pétreo zaguán inferior y la seguí escaleras arriba —aún más pétreas, al parecer— sin mediar invitación alguna. Creo que

había querido que esperase abajo, pero esa no era mi intención, y tomé posición en la sala. Ella se escurrió, al fondo de esta, hacia regiones impenetrables, y observé el lugar con el corazón latiéndome igual que lo había conocido en el gabinete del dentista. Era sombrío y solemne, pero debía su carácter casi por entero a su noble forma y a las espléndidas puertas arquitectónicas —tan altas como las puertas de las casas— que, conduciendo a las diversas estancias, se repetían a uno y otro lado a intervalos regulares. Estaban coronadas con viejos escudos pintados y desvaídos, y aquí y allá, en los espacios entre ellas, cuadros oscuros —que me parecieron malos— pendían en marcos deteriorados. A excepción de varias sillas de asiento de paja con el respaldo contra la pared, la gran y oscura perspectiva no contenía nada más que contribuyera al efecto. Evidentemente no se usaba sino como corredor, y aun como tal raramente. Añadiré que cuando se abrió de nuevo la puerta por la que había desaparecido la doncella, mis ojos ya se habían acostumbrado a la falta de luz.

No pretendía con mi exclamación para mis adentros cultivar yo mismo el terreno enmarañado que se extendía bajo las ventanas, pero la dama que avanzaba hacia mí desde la distancia sobre el suelo duro y reluciente bien podría haberlo supuesto por la manera en que, yendo yo rápidamente a su encuentro, exclamé, cuidando de hablar en italiano: «¡El jardín, el jardín! ¡Hágame usted el favor de decirme si es suyo!»

Se detuvo en seco, mirándome con asombro; y entonces respondió en inglés, fría y tristemente: —Aquí nada es mío.

—¡Oh, es usted inglesa; qué delicia! —exclamé con ingenua sorpresa—. ¿Pero seguramente el jardín pertenece a la casa?

—Sí, pero la casa no me pertenece a mí. —Era una persona alta, delgada y pálida, vestida al parecer con una bata de color apagado, y hablaba con una especie de serena literalidad. No me invitó a sentarme, del mismo modo que años atrás (si ella era la sobrina) no había invitado a Mrs. Prest, y nos quedamos cara a cara en el vacío y pomposo vestíbulo.

—Bien, ¿tendría usted entonces la amabilidad de decirme a quién debo dirigirme? Me temo que le parecerá un entrometimiento odioso, pero es que *necesito* tener un jardín; ¡palabra de honor que lo necesito!

Su rostro no era joven, pero sí sencillo; no era fresco, pero sí suave. Tenía los ojos grandes y sin brillo, y mucho cabello que no estaba «arreglado», y unas manos largas y finas que quizá no estaban limpias. Las apretó casi convulsivamente cuando, con una mirada de confusión y alarma, exclamó: — ¡Oh, no nos lo quite! ¡A nosotras también nos gusta!

—¿Lo tienen ustedes a su disposición, entonces?

—Oh, sí. ¡Si no fuera por eso! —Y lanzó una sonrisa tímida y melancólica.

—¿No es un lujo, precisamente? Por eso, ya que pienso pasar en Venecia algunas semanas, quizá todo el verano, y tengo algún trabajo literario, lecturas y escritura que hacer, de modo que necesito tranquilidad y a la vez, si es posible, mucho tiempo al aire libre, por eso he llegado a la conclusión de que un jardín es realmente indispensable. Apelo a la propia experiencia de usted —proseguí, sonriendo—. ¿Y no podría ver el de ustedes?

—No sé, no entiendo —murmuró la pobre mujer, plantada allí y dejando que sus ojos desconcertados vagaran por toda mi persona extraña.

—Me refiero sólo desde una de esas ventanas —qué magníficas las tienen aquí—, si me permite usted abrir los postigos. —Y me encaminé hacia la parte trasera de la casa. Al llegar a la mitad me detuve y esperé, como dando por sentado que ella me acompañaría. Había sido por fuerza bastante brusco, pero procuré al mismo tiempo darle la impresión de la mayor cortesía —. He estado buscando habitaciones amuebladas por toda la ciudad y parece imposible encontrar alguna con jardín anejo. Naturalmente, en un lugar como Venecia los jardines son raros. Es absurdo, si se quiere, en un hombre, pero yo no puedo vivir sin flores.

—Ahí abajo no hay flores que valgan. —Se acercó a mí, como si, aunque desconfiara de mí, yo la hubiera atraído con un hilo invisible. Reanudé mi avance y ella continuó diciéndome mientras me seguía—: Tenemos unas pocas, pero son muy corrientes. Sale demasiado caro cultivarlas; hay que tener un jardinero.

—¿Por qué no podría ser yo ese jardinero? —pregunté—. Trabajaré sin sueldo; o mejor dicho, contrataré un jardinero. Tendrán ustedes las flores más hermosas de Venecia.

Ella protestó ante esto con un extraño suspiro que también podría haber sido un arrebató de arrobamiento ante la imagen que yo le ofrecía. Luego observó: —Usted no nos conoce; no nos conoce.

—Usted me conoce tanto como yo la conozco a usted; es decir, mucho más, porque usted sabe mi nombre. Y si es usted inglesa, soy casi un compatriota.

—No somos inglesas —dijo mi acompañante, observándome impotente mientras yo abría de par en par los postigos de uno de los paños de la ancha y alta ventana.

—Habla usted el idioma con tanta belleza... ¿Me permitiría preguntar cuál es su nacionalidad? —Visto desde arriba el jardín era ciertamente descuidado; pero advertí de un vistazo que encerraba grandes posibilidades. Ella no hizo ningún comentario; estaba tan absorta mirándome que exclamé —: ¿No me irá usted a decir que también es americana por casualidad?

—No lo sé; antes lo éramos.

—¿Antes lo eran? ¿Acaso han cambiado ustedes?

—Hace ya tanto tiempo... Ahora no somos nada.

—¿Tanto tiempo llevan viviendo aquí? Bueno, no me extraña; es una casa grande y antigua. Supongo que todas usan el jardín —proseguí—, pero le aseguro que no las molestaría. Sería muy discreto y me quedaría en un rincón.

—¿Lo usamos todas? —repitió tras de mí, vagamente, sin acercarse a la ventana y mirando mis zapatos. Parecía creermelo capaz de echarla.

—Me refiero a toda su familia, cuantos sean.

—Solo hay otra más; es muy anciana y nunca baja.

—¡Solo otra, en toda esta gran casa! —fingí sentirme no solo asombrado sino casi escandalizado—. ¡Querida señora, deben de tenerles espacio de sobra!

—¿De sobra? —repitió, con el mismo aire aturdido.

—Vamos, ¡es que sin duda no vivirán ustedes (dos mujeres tranquilas; veo que *usted* al menos lo es) en cincuenta habitaciones! —Y con un ar-

ranque de esperanza y animación añadí—: ¿No podría alquilarme dos o tres? ¡Eso lo resolvería todo!

Había dado ya con la nota que expresaba mi propósito, y no necesito reproducir toda la melodía que toqué. Acabé por convencer a mi interlocutora de que era una persona honorable, aunque desde luego no intenté siquiera persuadirla de que no era excéntrica. Repetí que tenía estudios que seguir; que necesitaba tranquilidad; que me encantaban los jardines y que en vano había buscado uno de un extremo al otro de la ciudad; que me comprometía a que antes de que pasara un mes la vieja y querida casa estaría cubierta de flores. Creo que fueron las flores las que ganaron mi causa, pues descubrí después que Miss Tita (pues tal era el nombre, no del todo congruente, de esa alta y temblorosa solterona) sentía por ellas un apetito insaciable. Cuando digo que mi causa estaba ganada quiero decir que antes de despedirme de ella me había prometido que sometería la cuestión a su tía. Le pregunté quién era su tía y ella respondió: «¡Pues Miss Bordereau!», con un aire de sorpresa como si yo debiera haberlo supuesto. En Tita Bordereau había contradicciones como esa que, según pude observar más tarde, contribuían a hacer de ella una persona singular y conmovedora. Las dos damas se esmeraban en vivir de modo que el mundo no las tocara, y sin embargo jamás habían aceptado del todo la idea de que el mundo no hubiera oído hablar de ellas. En Tita, en todo caso, la susceptibilidad agradecida hacia el contacto humano no había muerto, y algún contacto, de índole limitada, habría si yo llegaba a vivir en la casa.

—Nunca hemos hecho nada semejante; nunca hemos tenido un huésped ni nada por el estilo —se apresuró a decirme—. Somos muy pobres, vivimos muy mal. Las habitaciones están muy desnudas; esas podría usted tomar; no tienen nada dentro. No sé cómo dormiría usted, cómo comería.

—Con su permiso, podría instalar fácilmente una cama y unas cuantas mesas y sillas. C'est la moindre des choses y es cosa de una hora o dos. Conozco a un hombrecillo al que puedo alquilarle lo que necesito por unos meses, por una nimiedad, y mi gondolero puede traer las cosas en su barca. Por supuesto, en esta gran casa deben de tener una segunda cocina, y mi criado, que es un hombre de una habilidad prodigiosa —(este personaje era una evocación del momento)—, puede guisarme fácilmente allí una chuleta. Mis gustos y hábitos son de los más sencillos; ¡vivo de flores! —Y entonces me atreví a añadir que si eran muy pobres, mayor razón para alquilar las

habitaciones. Eran malas administradoras; nunca había oído hablar de semejante despilfarro.

Vi en un momento que la buena señora jamás había sido interpelada de ese modo, con esa especie de firmeza humorística que no excluía la simpatía sino que, al contrario, se fundaba en ella. Bien podría haberme dicho que mi simpatía era una impertinencia, pero por fortuna no se le ocurrió. Me fui con el entendimiento de que ella meditaría el asunto con su tía y que podría volver al día siguiente para conocer su decisión.

—La tía se negará; le parecerá que todo este asunto es muy louche — declaró Mrs. Prest poco después, cuando hube recuperado mi lugar en su góndola. Ella había sido quien me pusiera la idea en la cabeza y ahora —tan poco de fiar son las mujeres— parecía adoptar una visión pesimista de la empresa. Su pesimismo me irritó y aparenté tener las mejores esperanzas; llegué hasta el punto de decir que tenía el presentimiento claro de que lo lograría. Ante lo cual Mrs. Prest exclamó: —¡Ay, ya veo lo que lleva usted en la cabeza! Se figura usted que en un cuarto de hora ha causado tal impresión que ella está muriéndose de ganas de que usted venga y que se puede contar con ella para convencer a la anciana. Si consigue entrar, lo contará como un triunfo.

Lo conté como un triunfo, pero solo para el editor (en última instancia), no para el hombre, que no tenía la tradición de la conquista personal. Cuando volví al día siguiente la doncellita me condujo directamente a través de la larga sala —que se abría allí como antes en perfecta perspectiva y estaba ahora más iluminada, lo que tomé por buen augurio— hasta la estancia de la que la destinataria de mi visita anterior había salido en aquella ocasión. Era un amplio y destartalado salón, con un viejo y bello techo pintado y una figura extraña sentada sola junto a una de las ventanas. Vuelven a mí ahora casi con la agitación que me causaron, las emociones sucesivas que acompañaron a la conciencia de que, al cerrarse la puerta de la habitación tras de mí, me hallaba verdaderamente cara a cara con la Juliana de algunas de las más exquisitas y célebres composiciones líricas de Aspern. Me acostumbré a ella más tarde, aunque nunca del todo; pero mientras estaba sentada allí ante mí el corazón me latía tan deprisa como si el milagro de la resurrección se hubiera producido en mi beneficio. Su presencia parecía contener de algún modo la de él, y me sentí más cerca de él en aquel primer momento de verla que nunca antes ni después. Sí, recuerdo

mis emociones por orden, incluido un pequeño y curioso estremecimiento que me acometió cuando vi que la sobrina no estaba. Con ella, el día anterior, había llegado a cierta familiaridad, pero me requería casi todo mi valor —por mucho que hubiera anhelado el momento— quedarme solo con una reliquia tan aterradora como la tía. Era demasiado extraña, demasiado literalmente resurgida. Luego vino un freno, con la percepción de que no nos hallábamos realmente cara a cara, en la medida en que ella llevaba sobre los ojos una horrible visera verde que, para ella, funcionaba casi como una máscara. Creí por un instante que se la había puesto expresamente para poder escrutarme desde debajo sin ser ella escrutada. Al mismo tiempo aumentaba la presunción de que detrás de ella acechaba una espantosa cabeza de muerte. La divina Juliana convertida en calavera sonriente: la visión se mantuvo suspensa hasta que se disipó. Luego me vino el pensamiento de que era, en efecto, tremendamente anciana, tan anciana que la muerte podía llevársela en cualquier momento, antes de que yo tuviera tiempo de obtener de ella lo que deseaba. El pensamiento siguiente fue una corrección a ese; iluminó la situación. Moriría la semana próxima, moriría mañana, y entonces yo podría apoderarme de los papeles. Entretanto, allí seguía sentada, sin moverse ni hablar. Era muy pequeña y enjuta, inclinada hacia adelante, con las manos en el regazo. Vestía de negro, y la cabeza le estaba envuelta en un trozo de viejo encaje negro que no dejaba ver el cabello.

Guardé silencio por la emoción, y fue ella quien habló primero, con la observación menos esperada de todas.

CAPÍTULO III

—Nuestra casa está muy lejos del centro, pero el pequeño canal es muy *comme il faut*.

—Es el rincón más encantador de Venecia y no imagino nada más delicioso —me apresuré a responder. La voz de la anciana era muy tenue y débil, pero tenía un murmullo agradable y cultivado, y resultaba asombroso pensar que ese timbre tan personal había resonado en el oído de Jeffrey Aspern.

—Haga el favor de sentarse ahí. Oigo muy bien —dijo en voz queda, como si acaso yo hubiera estado gritándole; y la silla a la que señalaba se hallaba a cierta distancia. Me instalé en ella, explicándole que era perfectamente consciente de haber irrumpido sin invitación, de no haber sido presentado como era debido y de no poder más que arrojarme a su indulgencia. Quizá la otra señora, aquella a quien había tenido el honor de ver el día anterior, le habría explicado lo del jardín. Eso fue, literalmente, lo que me dio valor para dar un paso tan poco convencional. Me había enamorado a primera vista del lugar en su conjunto —ella misma estaría tan acostumbrada a él que probablemente desconocía la impresión que era capaz de causar en un extraño—, y había sentido que era realmente una ocasión en que valía la pena arriesgarse algo. ¿Era su propia amabilidad al recibirme una señal de que mi cálculo no andaba del todo desencaminado? Me haría enormemente feliz pensar que sí. Podía darle mi palabra de honor de que era una persona muy respetable e inofensiva, y que, como huésped, apenas percibirían mi existencia. Me atendería a cualquier norma, a cualquier restricción, con tal de que me permitieran disfrutar del jardín. Es más, estaría encantado de ofrecerle referencias, garantías; serían de las mejores, tanto en Venecia como en Inglaterra y también en América.

Me escuchó en perfecta calma, y tuve la sensación de que me observaba con gran atención, aunque yo solo podía ver la parte inferior de su rostro decolorado y arrugado. Al margen del proceso depurador de la vejez, aquel rostro poseía una delicadeza que en otro tiempo debió de ser considerable. Había sido muy rubia, había tenido una tez espléndida. Permaneció en silencio un momento después de que yo dejara de hablar; entonces preguntó: —Si le gusta tanto un jardín, ¿por qué no va a tierra firme, donde los hay mucho mejores que este?

—¡Oh, es la combinación! —respondí, sonriendo; y luego, en un arranque de fantasía—: Es la idea de un jardín en medio del mar.

—No está en medio del mar; no se ve el agua.

Me quedé mirándola un instante, preguntándome si trataba de acusarme de embuste. —¿Que no se ve el agua? Vaya, querida señora, yo puedo llegar en barca hasta la misma verja.

Pareció inconsecuente, pues respondió vagamente a esto: —Sí, si tiene usted una barca. Yo no tengo ninguna; hace muchos años que no he ido en góndola. —Pronunció estas palabras como si las góndolas fueran una embarcación curiosa y lejana que solo conociera de oídas.

—¡Permítame asegurarle el placer con que pondría la mía a su disposición! —exclamé. Sin embargo, apenas lo hube dicho caí en la cuenta de que aquello era de dudoso gusto y podría perjudicarme haciéndome parecer demasiado ansioso, demasiado poseído por un motivo oculto. Pero la anciana seguía siendo impenetrable, y su actitud me inquietó por sugerir que ella me veía con mayor nitidez de lo que yo la veía a ella. No me dio las gracias por mi oferta, algo extravagante, pero observó que la señora a quien había visto el día anterior era su sobrina; en breve entraría. Le había pedido que se ausentara un rato adrede, pues ella misma deseaba verme primero a solas. Volvió al silencio, y me pregunté por qué habría juzgado eso necesario y qué vendría después; también si podría aventurar algún comentario juicioso en elogio de su acompañante. Llegué al extremo de decir que me encantaría volver a verla: había sido tan atenta conmigo, teniendo en cuenta lo extraño que debí de parecerle; declaración que arrancó a Miss Bordereau otra de sus caprichosas salidas.

—Tiene muy buenos modales; ¡la he educado yo misma! —Estuve a punto de decir que eso explicaba la gracia natural de la sobrina, pero me contuve a tiempo, y al instante siguiente la anciana prosiguió—: No me importa quién sea usted —no quiero saberlo; hoy en día eso importa muy poco. —Aquello tenía todo el aspecto de ser una fórmula de despedida, como si sus próximas palabras fueran a ser que podía marcharme ahora que ella había tenido la diversión de contemplar el rostro de semejante monstruo de indiscreción. Por eso me sorprendió tanto cuando añadió, con su suave y venerable temblor de voz—: Puede usted tener todas las habitaciones que quiera, si está dispuesto a pagar bastante dinero.

Vacilé solo un instante, el tiempo justo para preguntarme qué entendía ella en concreto por aquella condición. Lo primero que se me ocurrió fue que debía de tener en mente una suma verdaderamente elevada; luego razoné con rapidez que su idea de una suma elevada probablemente no coincidiría con la mía. Mi vacilación, creo, no fue tan visible como para mermar la prontitud con que respondí: —Pagaré con mucho gusto, y por adelantado, desde luego, lo que usted estime oportuno pedirme.

—Pues bien, mil francos al mes —replicó al instante, mientras su desconcertante visera verde seguía ocultando su actitud.

La cifra, como suele decirse, era pasmosa, y mi lógica había fallado. La suma que había mencionado era, a la medida veneciana de tales asuntos, enormemente elevada; había muchos viejos palacios en rincones apartados que yo habría podido disfrutar por ese precio durante todo un año. Pero en la medida en que mis escasos medios me lo permitían estaba dispuesto a gastar dinero, y tomé mi decisión con rapidez. Le pagaría sonriendo lo que pedía, pero en ese caso me compensaría extrayéndole los papeles sin coste alguno. Es más, si hubiera pedido cinco veces más habría estado a la altura de las circunstancias; tan odioso me habría parecido ponerme a regatear con la Juliana de Aspern. Ya era bastante extraño tener con ella cualquier cuestión de dinero. Le aseguré que sus condiciones se ajustaban perfectamente a las mías, y que al día siguiente tendría el placer de ponerle en la mano el alquiler de tres meses. Recibió el anuncio con serenidad y sin el menor atisbo de sentir que, después de todo, lo propio habría sido decir que yo debería ver primero las habitaciones. Esto no se le pasó por la cabeza, y en verdad su serenidad era principalmente lo que yo deseaba. Nuestro pequeño trato acababa de concluirse cuando se abrió la puerta y la señora más

joven apareció en el umbral. En cuanto Miss Bordereau vio a su sobrina exclamó casi alegremente: —¡Daré tres mil; tres mil mañana!

Miss Tita se quedó quieta, con sus ojos pacientes moviéndose de uno a otro de nosotros; luego preguntó, casi en un susurro: —¿Francos, dice usted?

—¿Decía usted francos o dólares? —me preguntó entonces la anciana.

—Creo que lo que dijo usted fueron francos —respondí, sonriendo.

—Eso está muy bien —dijo Miss Tita, como si hubiera caído en la cuenta de que su pregunta podría haber parecido una codicia excesiva.

—¿Qué sabe *usted*? Es usted una ignorante —observó Miss Bordereau; no con acritud, sino con una extraña y suave frialdad.

—Sí, de dinero; ¡de dinero, desde luego! —se apresuró a exclamar Miss Tita.

—Estoy seguro de que usted tiene sus propias ramas del saber —me tomé la libertad de decir, con afabilidad. Había algo que me resultaba penoso, de algún modo, en el giro que había tomado la conversación, en la discusión sobre el alquiler.

—Tuvo una educación muy buena de joven. Yo me encargué personalmente de eso —dijo Miss Bordereau. Luego añadió—: Pero desde entonces no ha aprendido nada.

—Siempre he estado con usted —replicó Miss Tita muy suavemente, y evidentemente sin ninguna intención de hacer un epigrama.

—¡Sí, pero por eso mismo! —declaró su tía con mayor fuerza satírica. Era evidente que quería decir que, de no haber sido así, su sobrina no habría salido adelante en absoluto; aunque la punta de la observación se perdió en Miss Tita, que se sonrojó al oír su historia revelada a un extraño. Miss Bordereau continuó, dirigiéndose a mí: —¿Y a qué hora vendrá mañana con el dinero?

—Cuanto antes, mejor. Si le parece bien vendré al mediodía.

—Yo siempre estoy aquí, pero tengo mis horas —dijo la anciana, como si su disponibilidad no fuera algo que debiera darse por supuesto.

—¿Se refiere usted a las horas en que recibe?

—Yo no recibo nunca. Pero le veré al mediodía, cuando venga con el dinero.

—Muy bien, seré puntual —y añadí—: ¿Me permite estrecharle la mano para sellar nuestro contrato? —Me pareció que debía existir alguna pequeña formalidad; me haría sentir realmente más tranquilo, pues preveía que no habría ninguna otra. Además, aunque Miss Bordereau no pudiera hoy en día llamarse personalmente atractiva, y hubiera algo incluso en su gastada antigüedad que invitaba a mantenerse a distancia, sentí un deseo irresistible de tener entre las mías, aunque fuera un instante, la mano que Jeffrey Aspern había estrechado.

Durante un momento no respondió, y comprendí que mi propuesta no había logrado su aprobación. No hizo ningún movimiento de retirada, que yo a medias esperaba; se limitó a decir fríamente: —Pertenezco a una época en que eso no era la costumbre.

Me sentí bastante desairado, pero exclamé jovialmente a Miss Tita: —¡Oh, usted servirá igualmente! —Le estreché la mano mientras ella respondía, con un leve sobresalto: —¡Sí, sí, para dar a entender que todo está arreglado!

—¿Traerá usted el dinero en oro? —quiso saber Miss Bordereau cuando yo me volvía hacia la puerta.

La miré un momento. —¿No tiene usted un poco de miedo, después de todo, de guardar en casa una suma así? —No es que me molestara su avidez, sino que me impresionó de verdad la disparidad entre semejante tesoro y los tan escasos medios para custodiarlo.

—¿A quién habría de temer si no le temo a usted? —preguntó con su consumida hosquedad.

—Ah, bueno —dije, riendo—, seré de hecho un protector, y traeré oro si lo prefiere usted.

—Gracias —respondió la anciana con dignidad y con una inclinación de cabeza que evidentemente significaba que podía marcharme. Salí de la habitación reflexionando en que no sería fácil burlarla. Al quedarme de pie en el portego de nuevo vi que Miss Tita me había seguido, y supuse que,

dado que su tía había omitido sugerirme que echara un vistazo a mis aposentos, su propósito era reparar esa omisión. Pero no hizo tal sugerencia; se quedó allí de pie con una sonrisa tenue aunque no lánguida, y con ese aire de irresponsable e incompetente juventud que estaba casi cómicamente en desacuerdo con los marchitos hechos de su persona. No era achacosa como su tía, pero me pareció aún más indefensa, porque su ineficiencia era espiritual, lo que no ocurría con la de Miss Bordereau. Aguardé a ver si se ofrecía a mostrarme el resto de la casa, pero no precipité la pregunta, habida cuenta de que mi plan era a partir de ese momento pasar el mayor tiempo posible en su compañía. Solo observé al cabo de un minuto:

—He tenido mejor suerte de la que esperaba. Fue muy amable de su parte recibirme. Quizá usted dijo algo bueno a mi favor.

—Fue la idea del dinero —dijo Miss Tita.

—¿Y fue usted quien lo sugirió?

—Le dije que quizá usted pagaría bastante.

—¿Por qué lo pensó?

—Le dije que creía que usted era rico.

—¿Y qué le puso esa idea en la cabeza?

—No sé; la forma en que hablaba usted.

—Vaya, tendré que hablar de otra manera a partir de ahora —declaré—. Lo siento, pero no es así.

—Bueno —dijo Miss Tita—, creo que en Venecia los *forestieri*, en general, suelen pagar mucho por algo que, al fin y al cabo, no es gran cosa. — Parecía hacer esta observación con intención reconfortante, queriendo recordarme que si había sido extravagante no era del todo neciamente singular. Caminamos juntos por el portego, y mientras apreciaba su magnífica amplitud le dije que me temía que no formaría parte de mi *quartiere*. ¿Estaban mis habitaciones por casualidad entre las que daban a él? —No si sube usted, al segundo piso —respondió con un ligero aire de sorpresa, como si hubiera dado por descontado que yo sabría cuál era mi lugar.

—Y deduzco que ahí es donde su tía desearía que estuviera yo.

—Dijo que sus aposentos debían estar muy separados.

—Sin duda sería lo mejor. —Y escuché con respeto mientras me decía que arriba era libre de quedarme con lo que quisiera; que había otra escalera, pero solo desde el piso en que nos encontrábamos, y que para pasar desde este a la planta baja del jardín o subir a mi alojamiento tendría en efecto que cruzar la gran sala. Era una ventaja inmensa; preveía que constituiría toda mi palanca en mis relaciones con las dos señoras. Cuando le pregunté a Miss Tita cómo debía arreglármelas en ese momento para encontrar el camino hacia arriba, respondió con un acceso de aquella tímida sociabilidad que marcaba constantemente sus maneras.

—Quizá no pueda usted. No veo cómo... a menos que fuera yo con usted.
—Era evidente que esto no se le había ocurrido antes.

Subimos al piso superior y recorrimos una larga sucesión de habitaciones vacías. Las mejores daban al jardín; algunas de las otras tenían vistas a la azul laguna, por encima de los tejados de tejas rugosas de enfrente. Todas estaban llenas de polvo e incluso un poco deterioradas por el prolongado abandono, pero vi que gastando unos cientos de francos podría convertir tres o cuatro de ellas en una vivienda confortable. Mi experimento estaba resultando costoso, pero ahora que había tomado posesión de ellas casi por completo dejé de preocuparme por eso. Mencioné a mi acompañante algunas de las cosas que pensaba instalar, pero ella respondió con más precipitación que de costumbre que podía hacer exactamente lo que quisiera; parecía querer notificarme que las señoritas Bordereau no mostrarían ningún interés manifiesto en mis asuntos. Supuse que su tía le había indicado que adoptara ese tono, y bien puedo decir ahora que llegué más adelante a distinguir perfectamente (o eso creía) entre los comentarios que hacía por propia iniciativa y los que la anciana le imponía. No prestó atención al estado de suciedad de las habitaciones y no se permitió ninguna explicación ni disculpa. Me dije que eso era señal de que Juliana y su sobrina (¡idea desencantadora!) eran personas descuidadas, con la relajada norma italiana; pero después reconocí que un huésped que había forzado la entrada no tenía *locus standi* como crítico. Nos asomamos a bastantes ventanas, pues no había nada dentro de las habitaciones que mirar, y aun así yo quería demorarme. Le pregunté qué podrían ser varios objetos distintos en el paisaje, pero en ningún caso pareció saberlo. Era evidente que no estaba familiarizada con las vistas —era como si no las hubiera mirado en años—, y pronto vi que

estaba demasiado preocupada con otra cosa para fingir que le importaban. De pronto dijo —el comentario no venía a cuento—:

—No sé si eso cambiará algo para usted, pero el dinero es para mí.

—¿El dinero?

—El dinero que va usted a traer.

—Vaya, así me hará desear quedarme aquí dos o tres años. —Hablé con la mayor benevolencia posible, aunque había empezado a crispárseme los nervios que, tratándose de estas mujeres tan ligadas a Aspern, la cuestión pecuniaria volviera a surgir constantemente.

—Eso sería muy bueno para mí —respondió, sonriendo.

—¡Me compromete usted a portarme bien!

Pareció no entender esto, pero prosiguió: —Ella quiere que yo tenga más. Cree que va a morir.

—¡Ah, espero que no pronto! —exclamé con auténtico sentimiento. Había considerado perfectamente la posibilidad de que destruyera los papeles el día en que sintiera acercarse de verdad su fin. Creía que se aferraría a ellos hasta entonces, y creo que me había formado la idea de que cada noche releía las cartas de Aspern o al menos las oprimía contra sus marchitos labios. Habría dado mucho por ver aunque fuera un instante ese último espectáculo. Le pregunté a Miss Tita si la anciana estaba gravemente enferma, y me respondió que solo estaba muy cansada; había vivido tanto, tanto tiempo. Eso era lo que ella misma decía: quería morir para variar. Además, todos sus amigos llevaban mucho tiempo muertos; o bien ellos deberían haberse quedado, o bien ella debería haberse ido. Eso era otra cosa que su tía decía a menudo: que no estaba nada satisfecha.

—Pero la gente no muere cuando quiere, ¿verdad? —preguntó Miss Tita. Me tomé la libertad de preguntar que por qué, si había realmente suficiente dinero para mantenerse las dos, no habría más que suficiente en el caso de que se quedara sola. Ella consideró este difícil problema un momento y luego dijo: —Oh, bueno, ya sabe usted, ella me cuida. Cree que cuando esté sola seré una gran tonta, que no sabré arreglármelas.

—Yo habría supuesto que era usted quien la cuidaba a ella. Me temo que es muy orgullosa.

—¡Vaya, ya lo ha descubierto usted! —exclamó Miss Tita con un destello de iluminación en el rostro.

—Estuve encerrado con ella allí bastante tiempo, y me impresionó, me interesó de manera extraordinaria. No tardé mucho en hacer mi descubrimiento. No tendrá mucho que decirme mientras esté aquí.

—No, no creo que lo tenga —aseguró mi acompañante.

—¿Cree usted que tiene alguna sospecha de mí?

Los ojos francos de Miss Tita no me dieron ninguna señal de haber dado en el blanco. —No creo —después de todo le ha dejado entrar tan fácilmente.

—¡Oh, tan fácilmente! Ha cubierto su riesgo. Pero ¿en qué punto podría uno aprovecharse de ella?

—No debería decírselo aunque lo supiera, ¿verdad? —Y Miss Tita añadió, antes de que yo tuviera tiempo de responder a esto, sonriendo con pesar—: ¿Cree usted que tenemos algún punto débil?

—Es exactamente lo que estoy preguntando. Bastaría con que los mencionara para que los respetara escrupulosamente.

Me miró entonces con aquel aire de tímida pero franca y aun complacida curiosidad con que se había enfrentado a mí desde el principio; y luego dijo: —No hay nada que contar. Llevamos una vida terriblemente tranquila. No sé cómo pasan los días. No tenemos vida.

—Ojalá pudiera pensar que yo les traería un poco.

—Oh, sabemos lo que queremos —prosiguió—. Todo está bien.

Había diversas cosas que deseaba preguntarle: cómo demonios vivían; si tenían algún amigo o visitante, algún familiar en América o en otros países. Pero juzgué que tal indagación sería prematura; debía dejarlo para una ocasión posterior. —Bueno, *usted* no sea orgullosa —me contenté con decir—. No se esconda de mí del todo.

—Oh, debo quedarme con mi tía —respondió, sin mirarme. Y en ese mismo instante, de manera abrupta, sin ninguna ceremonia de despedida, me abandonó y desapareció, dejándome encontrar solo el camino escaleras abajo. Me quedé un rato más, vagando por el luminoso desierto (el sol entraba

a raudales) de la vieja casa, reflexionando sobre la situación en el propio escenario. Ni siquiera la menuda y presurosa *serva* vino a ocuparse de mí, y reflexioné que, a fin de cuentas, ese trato revelaba confianza.

CAPÍTULO IV

Quizá así fuera, pero, con todo, seis semanas después, hacia mediados de junio, en el momento en que Mrs. Prest emprendía su migración anual, yo no había realizado avance alguno digno de mención. Me vi obligado a confesarle que no tenía resultados de los que hablar. Mi primer paso había sido inesperadamente rápido, pero nada hacía pensar que fuera a ir seguido de un segundo. Estaba a mil leguas de tomar el té con mis anfitrionas —ese privilegio del que, como le recordé a Mrs. Prest, ambos habíamos tenido una visión—. Ella me reprochó que me faltara audacia, y yo respondí que incluso para ser audaz hace falta una oportunidad: puede uno abrirse paso a través de una brecha, pero no puede derribar a golpes un muro ciego. Ella contestó que la brecha que yo había abierto ya era suficientemente grande como para dar paso a todo un ejército, y me acusó de malgastar horas preciosas lamentándome en su salón cuando debería haber estado librando la batalla sobre el terreno. Es cierto que la visitaba con mucha frecuencia, bajo la teoría de que ello me consolaría (expresaba libremente mi desaliento) de mis escasos éxitos en mi propio domicilio. Pero empecé a percibir que no me consolaba que me tomaran el pelo de continuo a causa de mis escrúpulos, especialmente cuando yo era en verdad tan vigilante; y me alegré bastante cuando mi burlona amiga cerró su casa para el verano. Había esperado sacar diversión del drama de mi trato con las señoritas Bordereau, y le decepcionó que dicho trato, y por ende el drama, no hubieran llegado a producirse. —Van a llevarle a usted a la ruina —me dijo antes de marcharse de Venecia—. Le sacarán todo el dinero sin enseñarle ni un papel. Creo que me apliqué a mi empresa con mayor concentración una vez que se fue.

Lo cierto es que hasta entonces no había tenido, salvo en una breve ocasión, ni un solo momento de contacto con mis extrañas anfitrionas. La

excepción había ocurrido cuando les llevé, según lo prometido, los terribles tres mil francos. Encontré entonces a Miss Tita esperándome en el vestíbulo, y tomó el dinero de mis manos de modo que no vi a su tía. La anciana había prometido recibirme, pero por lo visto no le daba la menor importancia a faltar a aquella promesa. El dinero iba contenido en una bolsa de cuero de gamuza de respetables dimensiones que me había dado mi banquero, y Miss Tita tuvo que apretar bien el puño para recibirla. Lo hizo con extrema solemnidad, aunque yo intenté tomarlo un poco a broma. Sin asomo de jocosidad, pero con sencillez, preguntó ella, sopesando el dinero entre las dos palmas: —¿No le parece a usted que es demasiado? A lo cual respondí yo que eso dependería de cuánto placer lograra obtener a cambio. Ella se volvió entonces bruscamente, como había hecho el día anterior, murmurando en un tono distinto de cualquiera que hubiera empleado hasta entonces: —¡Oh, placer, placer... en esta casa no hay ningún placer!

Tras aquello, durante mucho tiempo, no la volví a ver, y me preguntaba cómo las casualidades cotidianas no habían propiciado que nos encontráramos. Solo podía ser evidente que ella se hallaba enormemente en guardia contra ellas; y, además, la casa era tan grande que nos perdíamos mutuamente en ella. Solía aguardarla con esperanza mientras cruzaba la sala en mis idas y venidas, pero nunca me vi recompensado con entrever siquiera el vuelo de su falda. Era como si no se asomara jamás fuera del apartamento de su tía. Solía preguntarme qué haría allí semana tras semana y año tras año. Nunca me había topado con un *parti pris* tan violento de reclusión; era algo más que guardar silencio: era como criaturas acosadas que fingen estar muertas. Las dos damas parecían no recibir visita alguna ni tener trato de ninguna clase con el mundo. Juzgué al menos que nadie podría haber venido a la casa ni Miss Tita podría haber salido sin que yo tuviera algún conocimiento de ello. Hice algo que me desagradaba hacer (diciéndome que era solo por una vez): interrogué a mi criado sobre sus costumbres y le dejé intuir que me interesaría cualquier información que pudiera recabar. Pero recabó asombrosamente poca, para ser un veneciano avisado: ha de añadirse que donde hay un ayuno perpetuo quedan muy pocas migas en el suelo. Su habilidad en otras facetas era suficiente, aunque no llegaba del todo a lo que yo le había atribuido en la ocasión de mi primera entrevista con Miss Tita. Había ayudado a mi gondolero a traerme en barca una carga de muebles; y cuando dichos enseres fueron subidos hasta lo alto del palacio y distribuidos según nuestra sabiduría combinada, or-

ganizó mi hogar con tal prontitud como era compatible con el hecho de que estuviera compuesto exclusivamente por él mismo. En suma, me instaló tan cómodamente como podía con mis escasas perspectivas. Me habría alegrado que se hubiera enamorado de la criada de Miss Bordereau o, a falta de eso, que la hubiera tomado en aversión; cualquiera de los dos sucesos podría haber provocado alguna clase de catástrofe, y una catástrofe podría haber dado lugar a algún entendimiento. Mi idea era que ella habría sido sociable, y yo mismo la veía en diversas ocasiones ir y venir a toda prisa en recados domésticos, de modo que estaba seguro de que era accesible. Pero no extraje cotilleo alguno de aquella fuente, y supe después que los afectos de Pasquale estaban fijados en un objeto que le hacía indiferente a las demás mujeres. Se trataba de una joven con la cara empolvada, un vestido de algodón amarillo y mucho tiempo libre, que solía venir a verle. Practicaba, a su conveniencia, el arte de ensartar cuentas (estos adornos se fabrican en Venecia en abundancia; ella tenía los bolsillos llenos de ellas, y yo solía encontrarlas por el suelo de mi apartamento), y vigilaba a la doncella de la casa. No era cosa mía, por supuesto, hacer que los criados parlotearan, y jamás dije una palabra a la cocinera de Miss Bordereau.

Me pareció una prueba de la determinación de la anciana de no tener nada que ver conmigo el hecho de que jamás me hubiera enviado un recibo por mis tres meses de alquiler. Durante algunos días lo esperé, y luego, cuando lo di por perdido, malgasté mucho tiempo preguntándome cuál había sido su razón para pasar por alto un trámite tan indispensable y habitual. Al principio estuve tentado de enviarle un recordatorio, tras lo cual renuncié a la idea (contrariamente a mi criterio sobre lo correcto en tal caso particular), por el motivo general de querer mantener la calma. Si Miss Bordereau me sospechaba de propósitos ulteriores, me sospecharía menos si yo actuaba con corrección comercial, y sin embargo consentí en no hacerlo. Era posible que ella tuviera la intención de que su omisión fuera una impertinencia, una ironía manifiesta, para mostrar cómo podía aventajar a quienes intentaban aventajarla. Bajo esa hipótesis era conveniente dejarle ver que uno no advertía sus pequeñas tretas. La verdadera lectura del asunto, según percibí después, era simplemente el deseo de la pobre anciana de subrayar el hecho de que yo disfrutaba de un favor tan rigurosamente limitado como generosamente concedido. Me había dado parte de su casa, y ahora no iba a darme ni un papelito con su nombre. Debo decir que ni siquiera al principio eso me hacía sentir demasiado desdichado, pues todo el episodio era en es-

encia delicioso para mí. Preveía que iba a tener un verano hecho a medida de mi corazón literario, y la sensación de mantener en mis manos la oportunidad era mucho mayor que la de perderla. No podía haber empresa veneciana sin paciencia, y como adoraba el lugar, estaba mucho más en sintonía con su espíritu por haberme aprovisionado de ella en abundancia. Ese espíritu me hacía compañía de continuo y parecía mirarme desde el rostro inmortal y rejuvenecido —en el que brillaba todo su genio— del gran poeta que era mi inspirador. Le había invocado y él había venido; se cernía ante mí durante la mitad del tiempo; era como si su brillante espectro hubiera vuelto a la tierra para decirme que consideraba el asunto tan suyo como mío y que lo veríamos llegar, con fraternidad y alegría, a una conclusión. Era como si dijera: «Pobrecillo mío, sé indulgente con ella; tiene algunos prejuicios naturales; dale solo tiempo. Por extraño que te parezca, era muy atractiva en 1820. Entretanto, ¿no estamos juntos en Venecia, y qué lugar mejor existe para el encuentro de buenos amigos? Mira cómo resplandece con el verano que avanza; cómo el cielo y el mar y el aire sonrosado y el mármol de los palacios relucen y se funden.» Mi estrafalario cometido privado se convirtió en parte del romance general y de la gloria general —sentía incluso una compañía mística, una fraternidad moral con todos aquellos que en el pasado habían estado al servicio del arte—. Habían trabajado por la belleza, por una devoción; ¿y qué era lo que yo hacía? Ese elemento estaba en todo lo que Jeffrey Aspern había escrito, y yo no hacía sino sacarlo a la luz.

Me entretenía en la sala cuando iba y venía; solía vigilar —todo el tiempo que consideraba decoroso— la puerta que conducía a la parte de la casa de Miss Bordereau. Alguien que me observara podría haber supuesto que intentaba lanzar sobre ella un hechizo o ensayar algún curioso experimento de hipnosis. Pero lo único que hacía era rogar para que se abriera o pensar qué tesoro habría probablemente aguardando tras ella. Lo encuentro singular, al mirar atrás, el hecho de que no hubiera dudado ni un momento de que las sagradas reliquias estaban allí; que nunca hubiera dejado de sentir cierta alegría al estar bajo el mismo techo que ellas. Al fin y al cabo estaban a mi alcance —aún no se me habían escapado—; y hacían que mi vida fuera continua, en cierto modo, con la vida ilustre que habían rozado en el otro extremo. Me perdía en esa satisfacción hasta el punto de suponer —en mi tranquila extravagancia— que la pobre Miss Tita también se remontaba, se remontaba, como yo acostumbraba a expresarlo. Se remontaba en efecto, la

gentil solterona, pero no con tanto alcance como Jeffrey Aspern, quien para ella era simplemente algo de oídas, del mismo modo que lo era para mí. Solo que ella había vivido durante años con Juliana, había visto y manejado los papeles y (aunque fuera torpe) algo de conocimiento esotérico había pasado a ella por contagio. Eso era lo que la anciana representaba: conocimiento esotérico; y esta era la idea con la que mi corazón de editor solía estremecerse. Literalmente me latía más deprisa a menudo, al caer la tarde, cuando había salido, al detenerme con mi vela en el reverberante vestíbulo de camino a la cama. Era como si en un momento así, en el silencio, después de la larga contradicción del día, los secretos de Miss Bordereau estuvieran en el aire y la maravilla de su supervivencia resultara más palpable. Estas eran las impresiones más agudas. Las experimentaba de otro modo, con mayor sensación de cierta clase de reciprocidad, durante las horas en que me sentaba en el jardín mirando por encima de mi libro hacia las ventanas cerradas de mi anfitriona. En esas ventanas no aparecía jamás señal alguna de vida; era como si, por temor a que yo las vislumbra, las dos damas pasaran sus días en la oscuridad. Pero eso solo me demostraba que tenían algo que ocultar; que era lo que yo deseaba demostrar. Sus persianas inmóviles se volvieron tan expresivas como unos ojos cerrados a conciencia, y me consolé pensando que al menos, aunque ellas mismas fueran invisibles, me veían a mí entre las pestañas.

Me propuse pasar en el jardín el mayor tiempo posible, para justificar la imagen que había ofrecido originalmente de mi pasión hortícola. Y no solo pasé tiempo, sino (¡maldita sea!, dicho está) dinero. En cuanto tuve mis habitaciones arregladas y pude dedicar la atención debida al asunto, inspeccioné el lugar con un experto hábil y llegué a un acuerdo para que lo pusieran en orden. Lo sentí, porque personalmente me gustaba más tal como estaba, con sus malas hierbas y su maraña silvestre y áspera, con su dulce y característica dejadez veneciana. Tenía que ser consecuente, tenía que cumplir mi promesa de ahogar la casa en flores. Además, concebí este gracioso proyecto: que me abriría paso a través de las flores —que triunfaría con grandes ramos—. Ametrallaría a las ancianas con azucenas —bombardearía su ciudadela con rosas—. Su puerta tendría que ceder a la presión cuando se apilara contra ella una montaña de claveles. El lugar había sido, en verdad, brutalmente descuidado. La capacidad veneciana para la lentitud es de las mayores, y durante bastantes días la simple basura desparramada sin límite fue todo lo que mi jardinero tuvo que mostrar por sus desvelos. Hubo

mucha excavación de hoyos y transporte de tierra, y al cabo de un tiempo me impacienté tanto que tuve tentaciones de encargar mis ramos al puesto más cercano. Pero reflexioné que las damas verían por las rendijas de sus persianas que debían de haber sido comprados y podrían sacar la conclusión de ello de que yo era un farsante. De modo que me serené y, finalmente, aunque el retraso fue largo, percibí algunos indicios de floración. Eso me animó, y esperé con bastante serenidad a que se multiplicaran. Entretanto llegaron los verdaderos días de verano y empezaron a transcurrir, y al contemplarlos en retrospectiva me parecen casi los más felices de mi vida. Tuve cada vez más cuidado de estar en el jardín siempre que no hiciera demasiado calor. Hice instalar un cenador e introducir en él una mesa baja y un sillón; y sacaba libros y carpetas (siempre tenía entre manos algún trabajo de escritura), y trabajaba y esperaba y meditaba y confiaba, mientras transcurrían las horas doradas y las plantas bebían la luz y el inescrutable palacio viejo se iba poniendo pálido y luego, al declinar el día, empezaba a encenderse con ella, y mis papeles susurraban en la brisa errante del Adriático.

Teniendo en cuenta lo poco que logré al principio, resulta notable que no me hubiera cansado más de preguntarme qué místicos ritos de tedio celebraban las señoritas Bordereau en sus cuartos oscurecidos; si ese había sido siempre el tenor de su vida y cómo habían evitado, en años anteriores, rozarse con sus vecinos. Era evidente que debían de haber tenido otras costumbres y otras circunstancias; que debían de haber sido jóvenes en algún momento, o al menos de mediana edad. No había fin a las preguntas que era posible hacerse sobre ellas ni fin a las respuestas que resultaba imposible formular. Había conocido a muchos compatriotas míos en Europa y estaba familiarizado con las extrañas actitudes a las que eran proclives a adoptar allí; pero las señoritas Bordereau constituían un tipo del todo nuevo de expatriada americana. De hecho estaba claro que el calificativo de americanas había dejado de tener aplicación alguna para ellas —lo había visto en los diez minutos que pasé en el cuarto de la anciana—. Nunca se habría podido decir de dónde venían, a juzgar por el aspecto de ninguna de las dos; dondequiera que fuese, hacía mucho tiempo que habían dejado atrás el acento y las costumbres locales. No había en ellas nada que uno reconociera, y dejando de lado la cuestión del habla, podrían haber sido noruegas o españolas. Miss Bordereau, al fin y al cabo, llevaba casi tres cuartos de siglo en Europa; por algunos versos que Aspern le dirigió con ocasión de su propia

segunda ausencia de América —versos cuya fecha Cumnor y yo habíamos establecido con suficiente solidez a base de conjeturas infinitas— resultaba que ya entonces, siendo una joven de veinte años, estaba al otro lado del mar. Había una insinuación en el poema (espero que no solo por la expresión) de que él había vuelto por ella. No teníamos ninguna luz verdadera sobre sus circunstancias en ese momento, como tampoco sobre su origen, que creíamos ser de la clase que suele describirse como modesta. Cumnor sostenía la teoría de que había sido institutriz en alguna familia que el poeta frecuentaba y que, en razón de su posición, había desde el primer momento algo inconfesado, o más bien algo positivamente clandestino, en sus relaciones. Yo, por mi parte, había urdido una pequeña novela según la cual era hija de un artista, un pintor o escultor, que había dejado el mundo occidental cuando el siglo era joven, para estudiar en las escuelas de la Antigüedad. Era esencial para mi hipótesis que este hombre amable hubiera perdido a su esposa, que hubiera sido pobre y fracasado y que tuviera una segunda hija de disposición muy distinta a la de Juliana. Era asimismo indispensable que se hubiera embarcado hacia Europa acompañado de estas jóvenes y que se hubiera establecido allí por el resto de una vida de lucha y tristeza. Había además una insinuación de que Miss Bordereau había tenido en su juventud un carácter perverso y aventurero, aunque también generoso y fascinante, y que había pasado por algunas vicisitudes singulares. ¿Qué pasiones la habían devastado, qué sufrimientos la habían dejado lívida, qué caudal de recuerdos había ido acumulando para un futuro monótono?

Me hacía estas preguntas mientras estaba sentado tejiendo teorías sobre ella en mi cenador y las abejas zumbaban entre las flores. Era incuestionable que, con razón o sin ella, la mayoría de los lectores de ciertos poemas de Aspern (poemas no tan ambiguos como los sonetos —apenas más divinos, creo— de Shakespeare) habían dado por sentado que Juliana no siempre se había ceñido al escarpado sendero de la renuncia. Sobre su nombre flotaba un perfume de pasión temeraria, una insinuación de que ella no había sido exactamente lo que suele ser la joven respetable en general. ¿Era esto señal de que su cantor la había traicionado, la había entregado, como decimos hoy, a la posteridad? Lo cierto es que habría sido difícil poner el dedo sobre el pasaje en que su buena fama sufría una imputación. Y además, ¿acaso no era suficientemente buena cualquier fama que tuviera tal garantía de duración y estuviera asociada con obras inmortales por su belleza? Era parte de mi idea que la joven había tenido un amante extran-

jero (y una ruptura desventurada y trágica) antes de su encuentro con Jeffrey Aspern. Había vivido con su padre y su hermana en una extraña Bohemia pasada de moda, expatriada y artística, en los tiempos en que lo estético era solo lo académico y los pintores que conocían los mejores modelos para una *contadina* y un *pifferaro* llevaban sombreros puntiagudos y melenas largas. Era una sociedad menos provista que las camarillas de hoy (en su ignorancia de las maravillosas oportunidades que se le ofrecían, los privilegios del madrugador, con que estaba sembrado su camino), con harapos de tela vieja y fragmentos de loza anticuada; de modo que Miss Bordereau no parecía haber reunido ni heredado muchos objetos de importancia. No había ningún *bric-à-brac* envidiable, con su provocadora leyenda de baratura, en el cuarto en que la había visto. Un hecho así sugería pobreza de medios, pero no dejaba por ello de encajar felizmente en el interés sentimental que siempre me había tomado por los primeros movimientos de mis compatriotas como visitantes de Europa. Cuando los americanos iban al extranjero en 1820 había en ello algo romántico, casi heroico, en comparación con los perpetuos trasbordos de la hora presente, en que la fotografía y otras comodidades han aniquilado la sorpresa. Miss Bordereau zarpó con su familia en un bergantín zarandeado por las olas, en los días de los largos viajes y las acusadas diferencias; tuvo sus emociones en lo alto de las amarillas diligencias, pasó las noches en posadas donde soñó con relatos de viajeros, y quedó deslumbrada, al llegar a la Ciudad Eterna, por la elegancia de las perlas y los chales romanos. Había algo que me conmovía en todo eso, y mi imaginación volvía con frecuencia a aquella época. Si Miss Bordereau la llevaba consigo hasta allí, Jeffrey Aspern en otras ocasiones lo había hecho en mucha mayor medida. Era un hecho de mayor importancia, si uno examinaba su genio con ojo crítico, que hubiera vivido en los tiempos anteriores a la transfusión general. Me había ocurrido lamentar que hubiera conocido Europa en absoluto; me habría gustado ver lo que habría escrito sin esa experiencia, con la que incontestablemente se había enriquecido. Pero como su destino había dispuesto otra cosa, me unía a él —intentaba juzgar cómo le habría impresionado el Viejo Mundo—. No era solo allí, sin embargo, donde le observaba; las relaciones que había mantenido con el Nuevo tenían incluso un interés más vivo. Su propio país, después de todo, había acaparado la mayor parte de su vida, y su musa, como se decía entonces, era esencialmente americana. Eso era lo que yo había amado en él desde el principio: que en un período en que nuestra tierra natal era desnuda y tosca y

provinciana, cuando el famoso «ambiente» que se supone le falta ni siquiera se echaba de menos, cuando la literatura estaba allí solitaria y el arte y la forma eran casi imposibles, él había encontrado los medios de vivir y escribir como uno de los primeros; de ser libre y universal y no tener miedo de nada; de sentir, comprender y expresar todo.

CAPÍTULO V

Rara vez estaba en casa por las noches, pues cuando intentaba ocuparme en mis habitaciones la luz del quinqué atraía un enjambre de insectos dañinos, y hacía demasiado calor para tener las ventanas cerradas. Así que pasaba las últimas horas bien en el agua (el claro de luna de Venecia es famoso), bien en la espléndida plaza que sirve de vasto atrio a la extraña y antigua basílica de San Marcos. Me sentaba frente al café Florian a comer helados, escuchar música y charlar con conocidos: el viajero recordará cómo el inmenso racimo de mesas y sillas pequeñas se adentra como un promontorio en el lago tranquilo de la Piazza. Todo el lugar, en una tarde de verano, bajo las estrellas y con todas las lámparas, todas las voces y los pasos ligeros sobre el mármol (los únicos sonidos de las arcadas que lo rodean), es como un salón al aire libre consagrado a las bebidas frescas y a una degustación aún más exquisita: la de las impresiones exquisitas recibidas durante el día. Cuando no prefería guardarlas para mí, siempre había algún turista rezagado, desembarazado de su Baedeker, con quien comentarlas, o algún pintor avecinado allí que se regocijaba con el regreso de la temporada de efectos poderosos. La maravillosa iglesia, con sus cúpulas bajas y sus bordados erizados, el misterio de sus mosaicos y esculturas que se aparecen fantasmales en la penumbra atemperada, y la brisa del mar pasaba entre las dos columnas de la Piazzetta, los dinteles de una puerta que ya nadie guarda, tan suavemente como si un rico cortinaje se meciera allí. Solía pensar en esas ocasiones en las señoritas Bordereau y en la lástima de que estuviesen encerradas en unas habitaciones que, en el julio veneciano, ni siquiera la vastedad veneciana lograba impedir que fueran sofocantes. Su vida parecía estar a años luz de la vida de la Piazza, y sin duda era ya demasiado tarde para que la austera Juliana cambiara sus costumbres. Pero la pobre Miss Tita habría disfrutado de uno de los helados de Florian, estaba seguro; a ve-

ces incluso pensaba en llevarle uno a casa. Por fortuna mi paciencia dio frutos y no me vi obligado a hacer nada tan ridículo.

Una tarde hacia mediados de julio llegué a casa más temprano que de costumbre —no recuerdo qué casualidad me había llevado a ello— y, en lugar de subir a mis habitaciones, me encaminé al jardín. La temperatura era muy alta; era una de esas noches que uno habría pasado con gusto al aire libre, y no tenía prisa por acostarme. Había llegado a casa flotando en mi góndola, escuchando el lento chapoteo del remo en los oscuros y estrechos canales, y ahora el único pensamiento que me solicitaba era la vaga reflexión de que sería agradable tumbarse a lo largo en la oscuridad fragante sobre un banco del jardín. El olor del canal estaba sin duda en el origen de esa aspiración, y el aliento del jardín, al entrar en él, dio consistencia a mi propósito. Era delicioso —exactamente el aire que debió de temblar con los votos de Romeo cuando se encontraba entre las flores y alzaba los brazos hacia el balcón de su amada—. Miré las ventanas del palacio para ver si acaso el ejemplo de Verona (que no está lejos) había sido seguido; pero todo estaba en penumbra, como de costumbre, y todo estaba en silencio. Juliana, en las noches de verano de su juventud, podría haber musitado desde ventanas abiertas hacia Jeffrey Aspern, pero Miss Tita no era la amante de un poeta como tampoco yo era un poeta. Esto, sin embargo, no impidió que mi satisfacción fuera grande cuando, al llegar al fondo del jardín, me di cuenta de que Miss Tita estaba sentada en mi pequeño cenador. Al principio solo distinguí una figura indistinta, sin contar en absoluto con semejante avance de una de mis anfitrionas; incluso se me ocurrió que alguna criada sentimental se había colado a dar una cita a su galán. Iba a darme la vuelta para no asustarla cuando la figura se irguió en toda su estatura y reconocí a la sobrina de Miss Bordereau. Debo hacerme la justicia de decir que tampoco quería asustar a ella, y por mucho que hubiera anhelado un accidente así, habría sido capaz de retirarme. Era como si le hubiera tendido una trampa al llegar a casa más temprano que de costumbre y añadir a esa excentricidad el deslizarme hasta el jardín. Al levantarse me habló, y entonces reflexioné que quizá, confiada en mi ausencia casi inveterada, era su práctica nocturna tomar un poco de aire a solas. No había trampa, en verdad, porque yo no había abrigado ninguna sospecha. Al principio di por sentado que las palabras que pronunció expresaban turbación ante mi llegada; pero cuando las repitió —no las había captado con claridad— tuve la sorpresa de oírle decir: —¡Oh, cielos, qué contenta estoy de que haya venido! Ella y su tía tenían

en común la propiedad de los discursos inesperados. Salió del cenador casi como si fuera a arrojarse en mis brazos.

Me apresuro a añadir que no hizo nada semejante; ni siquiera me dio la mano. Era una satisfacción para ella verme y al poco me explicó el porqué: estaba nerviosa cuando estaba fuera de casa sola por la noche. Las plantas y los arbustos tenían un aspecto tan extraño en la oscuridad, y había toda clase de sonidos raros —no sabía decir qué eran— como ruidos de animales. Se mantuvo cerca de mí, mirando a su alrededor con aire de mayor seguridad, pero sin ninguna demostración de interés por mí como individuo. Entonces deduje que las deambulaciones nocturnas no eran en absoluto su costumbre, y también me vino a la memoria —me había llamado la atención este detalle al hablar con ella antes de tomar posesión— que era imposible sobrestimar su ingenuidad.

—Habla usted como si estuviera perdida en plena selva —dije, riendo—. Cómo se las arregla para mantenerse alejada de este encantador lugar teniendo que dar solo tres pasos para llegar a él es algo que aún no he logrado descifrar. Se esconde usted muy bien mientras yo estoy en casa, lo sé; pero tenía la esperanza de que se asomara un poco en otros momentos. Usted y su pobre tía están peor que las monjas carmelitas en sus celdas. ¿Le importaría contarme cómo se las arreglan para vivir sin aire, sin ejercicio, sin ningún tipo de contacto humano? No veo cómo llevan adelante el negocio ordinario de la vida.

Me miró como si le hablara en una lengua extraña, y su respuesta fue tan poco una respuesta que me irrité bastante. —Nos acostamos muy temprano, más temprano de lo que usted creería. Estaba a punto de decir que eso no hacía más que ahondar el misterio cuando me dio algún alivio añadiendo: —Antes de que usted llegara no éramos tan reclusas. Pero yo nunca he salido de noche.

—¿Nunca por estos fragantes senderos, que florecen aquí mismo ante sus narices?

—Ah —dijo Miss Tita—, ¡nunca habían sido tan agradables hasta ahora! Había una referencia inequívoca en esto y una comparación halagadora, de modo que me pareció haber ganado una pequeña ventaja. Como me ayudaría a sacar partido de ella establecer una especie de agravio, le pregunté por qué, dado que encontraba mi jardín agradable, no me había dado nunca

las gracias de ningún modo por las flores que le había estado enviando en tales cantidades durante las tres semanas anteriores. Yo no me había desanimado —había habido, como ella habría podido observar, un brazado diario—; pero me habían educado en las formas habituales y una palabra de reconocimiento de vez en cuando me habría llegado al lugar adecuado.

—¡Pero si no sabía que eran para mí!

—Eran para las dos. ¿Por qué iba yo a hacer distinciones?

Miss Tita reflexionó como si estuviera pensando en alguna razón para eso, pero no encontró ninguna. En su lugar preguntó abruptamente: —¿Por qué demonios quiere usted conocernos?

—Después de todo debería hacer distinciones —respondí—. Esa pregunta es de su tía; no suya. No la haría si no le hubieran soplado que la hiciera.

—Ella no me dijo que se lo preguntara —replicó Miss Tita sin inmutarse; era la mezcla más extraña de timidez y franqueza.

—Pues bien, ella misma se lo ha preguntado a menudo y le ha expresado su extrañeza. Ha insistido tanto en ello que le ha metido en la cabeza la idea de que soy insoportablemente entrometido. A fe mía, creo que he sido muy discreto. ¡Y hasta qué punto debe de haber perdido su tía toda tradición de sociabilidad para ver algo fuera de lo corriente en la idea de que personas respetables e inteligentes, que vivimos como vivimos bajo el mismo techo, puedan intercambiar de vez en cuando alguna observación! ¿Qué podría ser más natural? Somos del mismo país y tenemos al menos algunos de los mismos gustos, puesto que, al igual que usted, soy apasionadamente aficionado a Venecia.

Mi interlocutora parecía incapaz de captar más de una cláusula en cualquier proposición, y declaró con rapidez, con viveza, como si respondiera a todo mi discurso: —Yo no soy en absoluto aficionada a Venecia. ¡Me gustaría irme muy lejos!

—¿La ha tenido siempre así retenida? —proseguí, para demostrarle que yo podía ser tan inconexo como ella.

—Ella me dijo que saliera esta noche; me lo ha dicho muchas veces —dijo Miss Tita—. Soy yo quien no quería salir. No me gusta dejarla sola.

—¿Está muy débil, está decayendo? —pregunté, con más emoción, creo, de la que pretendía mostrar. Lo juzgué por la forma en que sus ojos se posaron en mí en la oscuridad. Me desconcertó un poco, y para desviar el asunto proseguí con afabilidad: —Vamos a sentarnos juntos cómodamente en algún lugar, y me contará usted todo sobre ella.

Miss Tita no opuso resistencia a esto. Encontramos un banco menos apartado, menos íntimo, por así decirlo, que el del cenador; y todavía estábamos sentados allí cuando oí sonar la medianoche en las claras campanas de Venecia, que vibran con una solemnidad propia sobre la laguna y retienen el aire mucho más que los carillones de otros lugares. Estuvimos juntos más de una hora, y nuestra entrevista dio, según me pareció, un gran impulso a mi empresa. Miss Tita aceptó la situación sin protestar; me había evitado durante tres meses, y sin embargo ahora me trataba casi como si esos tres meses me hubieran convertido en un viejo amigo. De haberlo querido, podría haber deducido de ello que, aunque me había evitado, había dedicado bastante tiempo a pensar en hacerlo. No prestaba atención al paso del tiempo —nunca se inquietaba porque yo la retuviera tanto tiempo lejos de su tía—. Hablaba con libertad, respondiendo preguntas y formulándolas, y ni siquiera aprovechaba ciertas pausas más largas con que inevitablemente alternaban para decir que creía que debería entrar. Era casi como si estuviera esperando algo —algo que yo pudiera decirle— y tuviera intención de darme la oportunidad. Me llamó aún más la atención porque me contó que su tía había estado menos bien durante bastantes días y de un modo que era algo nuevo. Estaba más débil; en algunos momentos parecía como si no tuviera fuerzas en absoluto; y sin embargo, más que nunca antes, deseaba que la dejaran sola. Por eso le había dicho que saliera —que ni siquiera se quedara en su propia habitación, que estaba contigua—; le decía que su sobrina la irritaba, que la ponía nerviosa. Se quedaba inmóvil durante horas seguidas, como si estuviera dormida; siempre lo había hecho, meditando y adormilándose; pero en esos momentos, antes, daba a intervalos alguna pequeña señal de vida, de interés, queriendo tener a su compañera cerca con su labor. Miss Tita me confió que en la actualidad su tía estaba tan inmóvil que a veces temía que hubiera muerto; además, apenas comía —uno no podía imaginar de qué vivía—. Lo importante era que la mayoría de los días todavía se levantaba; la tarea difícil era vestirla, sacarla en silla de ruedas de su dormitorio. Se aferraba a tantas de sus viejas costumbres como le era

posible, y siempre, por poca compañía que hubieran recibido en los últimos años, había insistido en sentarse en el salón.

Apenas sabía qué pensar de todo esto —de la súbita conversión de Miss Tita a la sociabilidad y de la extraña circunstancia de que cuanto más parecía la anciana acercarse a su fin, menos deseaba que la atendiesen—. La historia no cuadraba, y hasta me pregunté si no sería una trampa tendida para mí, el resultado de un plan destinado a hacerme descubrir mis cartas. No habría podido decir por qué mis compañeras (tal era la única denominación que la cortesía permitía) habrían de tener ese propósito, por qué querrían hacer tropezar a un huésped tan provechoso. En cualquier caso, me mantuve en guardia, para que Miss Tita no tuviera ocasión de volver a preguntarme si tenía una *arrière-pensée*. Pobre mujer, antes de que nos despidiéramos aquella noche mi mente estaba tranquila en cuanto a su capacidad para albergar ninguna.

Me contó más sobre sus asuntos de lo que yo había esperado; no era necesario indagar, pues evidentemente el solo hecho de sentir que yo escuchaba, que me importaba, la hacía abrirse. Dejó de preguntarse por qué me importaba, y al final, cuando habló de la brillante vida que habían llevado años atrás, casi charló con animación. Era Miss Tita quien la juzgaba brillante; decía que cuando vinieron a vivir a Venecia por primera vez, años y años atrás (vi que su mente era esencialmente vaga en cuanto a fechas y al orden en que habían ocurrido los acontecimientos), apenas pasaba una semana sin que recibieran alguna visita o dieran algún delicioso *passeggio* por la ciudad. Habían visto todas las curiosidades; incluso habían ido al Lido en barca (hablaba como si yo pudiera pensar que había alguna manera de ir a pie); habían tenido allí una colación, traída en tres cestas y extendida sobre la hierba. Le pregunté qué gente habían conocido y dijo: ¡Oh, gente muy distinguida! —el Cavaliere Bombicci y la Contessa Altemura, con quienes habían tenido una gran amistad—. También ingleses —los Churton y los Goldie y Mrs. Stock-Stock, a quien habían adorado; había muerto, pobre querida—. Ése era el caso de la mayor parte de su agradable círculo (esta expresión era de la propia Miss Tita), aunque algunos quedaban todavía, lo cual era una maravilla teniendo en cuenta lo que los habían descuidado. Mencionó los nombres de dos o tres ancianas venecianas; de cierto médico, muy inteligente, que era tan amable —venía como amigo, había renunciado verdaderamente a la práctica—; del *avvocato* Pochintesta, que escribía her-

mosos poemas y había dedicado uno a su tía. Estas personas venían a verlas sin falta todos los años, generalmente por el *capo d'anno*, y antes su tía solía hacerles algún pequeño obsequio —su tía y ella juntas—: cosas pequeñas que ella, Miss Tita, hacía con sus propias manos, como pantallas de papel para las lámparas o salvamanteles para los decantadores de vino en la mesa o esas cosas de lana que en tiempo de frío se llevaban en las muñecas. En los últimos años no habían hecho muchos regalos; no sabía qué hacer, y su tía había perdido el interés y nunca sugería nada. Pero la gente seguía viniendo; si los venecianos te querían una vez, te querían para siempre.

Había algo enternecedor en la buena fe de este boceto de antiguas glorias sociales; el picnic en el Lido había permanecido vívido a través de los años, y la pobre Miss Tita evidentemente tenía la impresión de haber tenido una juventud brillante. De hecho había atisbado el mundo veneciano en sus ambientes cotilleros, hogareños, parsimoniosos y profesionales; pues observé por primera vez que había adquirido por contagio algo del truco del habla familiar, suave, casi infantil del lugar. Juzgué que había asimilado ese dialecto sin columna vertebral por la manera natural en que los nombres de las cosas y las personas —casi todos de índole puramente local— acudían a sus labios. Si conocía poco lo que representaban, aún conocía menos cualquier otra cosa. Su tía se había replegado sobre sí misma —el menguante interés por los salvamanteles y las pantallas era señal de ello— y ella no había podido mezclarse en sociedad ni recibirla por sí sola; de modo que el conjunto de sus reminiscencias daba la impresión de pertenecer a un mundo completamente antiguo. Si no hubiera sido tan decente, sus referencias habrían parecido transportar a la extravagante Venecia rococó de Casanova. Me encontré cayendo en el error de pensar también en ella como en una contemporánea de Jeffrey Aspern; esto venía de que tenía tan poco en común con mis propios contemporáneos. Era posible, me dije, que ni siquiera hubiera oído hablar de él; bien podría ser que Juliana no hubiera querido levantar el velo que cubría el templo de su juventud ni siquiera para ella. En ese caso quizá no sabría de la existencia de los papeles, y acogí favorablemente esa suposición —me hacía sentir más seguro con ella— hasta que recordé que habíamos creído que la carta de desmentido recibida por Cumnor era de puño y letra de la sobrina. Si le había sido dictada, por supuesto tenía que saber de qué trataba; aunque, al fin y al cabo, el efecto de la misma era repudiar toda conexión con el poeta. Juzgaba probable en todo caso que Miss Tita no hubiera leído una sola palabra de su poesía. Es más,

si junto a su compañera siempre habían logrado evitar al entrevistador, pocas ocasiones habría tenido de meterse en la cabeza que la gente andaba «detrás» de las cartas. La gente no había andado detrás de ellas, dado que no había oído hablar de ellas; y el infructuoso tanteo de Cumnor habría sido un accidente aislado.

Cuando sonaron las campanadas de medianoche, Miss Tita se levantó; pero se detuvo en la puerta de la casa solo después de haber dado dos o tres vueltas conmigo por el jardín. —¿Cuándo la veré a usted de nuevo? —le pregunté antes de que entrara; a lo cual respondió con prontitud que le gustaría salir a la noche siguiente. Añadió sin embargo que no lo haría —estaba muy lejos de hacer todo lo que le gustaba.

—Podría hacer algunas cosas que a *mí* me gustan —dije con un suspiro.

—Oh, usted... ¡no le creo! —murmuró ella entonces, mirándome con su sencilla solemnidad.

—¿Por qué no me cree?

—Porque no le entiendo.

—Esa es precisamente la ocasión de tener fe. No podía decir más, aunque habría querido, pues veía que solo la desconcertaba; no tenía deseo de que pesara sobre mi conciencia que pudiera pasar por haberle hecho el amor. Nada menos habría parecido que estaba haciendo de haber continuado rogando a una dama que «creyera en mí» en un jardín italiano en una noche de pleno verano. Había cierto mérito en mis escrúpulos, pues Miss Tita se demoraba y demoraba: percibí que sentía que no volvería a bajar pronto y deseaba por tanto prolongar el momento presente. Insistía también en hacer que la conversación entre nosotros fuera de carácter personal; y en conjunto su comportamiento era tal que solo habría sido posible en una mujer completamente inocente.

—Ahora me gustarán más las flores sabiendo que también son para mí.

—¿Cómo pudo usted dudarlo? Si me dice qué clase prefiere, le mandaré el doble.

—¡Oh, prefiero todas! —Luego prosiguió con familiaridad—: ¿Estudiará usted... leerá y escribirá cuando suba a sus habitaciones?

—Eso no lo hago de noche, en esta época. La luz de la lámpara atrae a los animales.

—Podría haberlo sabido antes de venir.

—¡Lo sabía!

—¿Y en invierno trabaja usted de noche?

—Leo bastante, pero no escribo muy a menudo. Ella escuchaba como si esos detalles tuvieran un interés extraordinario, y de repente una tentación completamente reñida con la prudencia que me había estado enseñando a mí mismo se asoció a su rostro sencillo y apacible. ¡Ah, sí, ella era segura y yo podía hacerla más segura aún! Me pareció de un momento a otro que no podía esperar más —que realmente debía echar un sondeo—. Así que continué: —En general, antes de dormirme —muy a menudo en la cama (es una mala costumbre, pero lo confieso), leo a algún gran poeta. En nueve de cada diez ocasiones es un tomo de Jeffrey Aspern.

La observé con atención mientras pronunciaba ese nombre, pero no noté nada especial. ¿Por qué habría de notarlo, en efecto? ¿No era Jeffrey Aspern patrimonio del género humano?

—Oh, le hemos leído, le hemos *leído* —respondió ella tranquilamente.

—Es mi poeta de poetas. Le sé casi de memoria.

Miss Tita vaciló un instante; luego su sociabilidad pudo más que ella.

—¡Oh, de memoria... eso no es nada! —murmuró, sonriendo—. Mi tía le conoció..., le conoció —hizo una pausa un instante y me pregunté qué iba a decir— de visita.

—¿De visita? —repetí, mirándola fijamente.

—Solía venir a verla y a llevarla a pasear.

Seguí mirándola fijamente. —Querida señora, ¡murió hace cien años!

—Bueno —dijo ella risueña—, mi tía tiene ciento cincuenta.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Por qué no me lo dijeron antes? Me gustaría mucho preguntarle sobre él.

—A ella no le gustaría eso; no se lo diría —respondió Miss Tita.

—¡Me importa bien poco lo que le guste! *Tiene* que decírmelo; es una oportunidad que no se puede dejar escapar.

—Oh, debería haber venido usted hace veinte años; entonces aún hablaba de él.

—¿Y qué decía? —pregunté con ansiedad.

—No sé... que la quería inmensamente.

—¿Y ella... no le quería a él?

—Decía que era un dios. —Miss Tita me dio esta información sin énfasis, sin expresión; su tono podría haber convertido aquello en un pedazo de chisme trivial. Pero me conmovió profundamente mientras dejaba caer las palabras en la noche de verano; parecía un testimonio tan directo.

—¡Increíble, increíble! —murmuré. Y luego—: Dígame esto, por favor: ¿tiene ella algún retrato suyo? Son angustiosamente raros.

—¿Un retrato? No lo sé —dijo Miss Tita; y ahora había turbación en su rostro—. Bueno, ¡buenas noches! —añadió; y se dirigió hacia dentro de la casa.

La acompañé al ancho, oscuro y empedrado pasillo que en la planta baja correspondía a nuestro gran sala. Se abría por un extremo al jardín, por el otro al canal, y estaba iluminado ahora únicamente por la pequeña lámpara que siempre me dejaban para que la tomara al subir a acostarme. Un candelero apagado que Miss Tita aparentemente había traído consigo al bajar estaba en la misma mesa. —¡Buenas noches, buenas noches! —respondí, manteniéndome a su lado mientras iba a coger su luz—. Seguramente lo sabría usted, ¿no es así, si tuviera uno?

—¿Si tuviera qué? —preguntó la pobre señora, mirándome con curiosidad por encima de la llama de su vela.

—Un retrato del dios. No sé qué no daría yo por verlo.

—No sé qué tiene ella. Tiene sus cosas bajo llave. —Y Miss Tita se alejó hacia la escalera, con la sensación evidente de haber dicho demasiado.

La dejé marchar —no quería asustarla— y me contenté con observar que Miss Bordereau no habría encerrado bajo llave semejante posesión gloriosa —algo de lo que una persona estaría orgullosa y colgaría en un lugar promi-

nente en la pared del salón — . Por tanto, por supuesto, no tenía ningún retrato. Miss Tita no respondió directamente a esto y, vela en mano, dándome la espalda, subió dos o tres escalones. Luego se detuvo en seco y se volvió, mirándome desde el otro lado del espacio sombrío.

—¿Escribe usted... escribe usted? —Había un temblor en su voz; apenas podía articular lo que quería preguntar.

—¿Que si escribo yo? ¡Oh, no mencione mi escritura en el mismo día que la de Aspern!

—¿Escribe usted sobre *él*... espía usted su vida?

—¡Ah, esa es la pregunta de su tía; no puede ser la suya! —dije, en un tono de sensibilidad levemente herida.

—Razón de más para que la responda. ¿Lo hace usted, por favor?

Creía haber previsto las mentiras que tendría que decir; pero comprobé que, llegado el momento, no era así. Además, ahora que tenía una apertura, había una especie de alivio en ser franco. Por último (quizá era una ilusión, incluso una necedad), supuse que Miss Tita personalmente no sería, en último extremo, menos mi amiga. Así que, tras un momento de vacilación, respondí: —Sí, he escrito sobre él y estoy buscando más material. ¿Por el amor de Dios, tiene usted algo?

—¡*Santo Dio*! —exclamó, sin hacer caso de mi pregunta; y se apresuró escaleras arriba y desapareció de mi vista. Podía contar con ella en último extremo, pero por el momento estaba visiblemente alarmada. La prueba de ello fue que volvió a esconderse, de modo que durante dos semanas no la vi. Sentí que mi paciencia menguaba y, al cabo de cuatro o cinco días, le dije al jardinero que dejara de enviar las flores.

CAPÍTULO VI

Una tarde, al bajar de mis habitaciones para salir, encontré a Miss Tita en la sala: era nuestro primer encuentro en ese lugar desde que me había instalado en la casa. No fingió estar allí por casualidad; en su directa y angulosa timidez no había lugar para esas artes. Para que no me cupiese duda de que me aguardaba, así me lo hizo saber, informándome de que Miss Bordereau deseaba verme: me acompañaría a la habitación en ese mismo momento si yo disponía de tiempo. Aunque hubiera llegado tarde a una cita amorosa, me habría quedado para esto, y manifesté al punto que estaría encantado de ir a ver a la anciana señora. —Quiere hablar con usted... conocerle —dijo Miss Tita con una sonrisa, como si ella misma apreciase la idea; y me condujo hasta la puerta de los aposentos de su tía. La detuve un instante antes de que la abriera y la miré con cierta curiosidad. Le dije que aquello era para mí una gran satisfacción y un gran honor, pero que con todo me gustaría saber qué había llevado a Miss Bordereau a cambiar tan de repente. Solo hacía unos días que no me toleraba cerca. Miss Tita no se inmutó ante mi pregunta; tenía tantas de esas pequeñas serenidades inesperadas como uno esperaría de alguien dado a las mentiras, aunque lo curioso era que en ella tenían, al contrario, su origen en su propia sinceridad. —Oh, mi tía cambia —respondió—; es tan terriblemente aburrido esto... supongo que está cansada.

—Pero usted me dijo que quería estar cada vez más sola.

La pobre Miss Tita se ruborizó, como si le pareciese que yo insistía en exceso. —Bueno, si usted no cree que quiera verle... ¡yo no me lo he inventado! Creo que la gente suele ser caprichosa cuando es muy anciana.

—Eso es completamente cierto. Solo quería tener claro si ha repetido usted a su tía lo que le dije la otra noche.

—¿Lo que usted me dijo?

—Sobre Jeffrey Aspern; que busco materiales.

—Si se lo hubiera dicho, ¿cree usted que me habría enviado a buscarle?

—Es exactamente lo que quiero saber. Si quiere guardárselo para sí puede haberme mandado llamar para decírmelo.

—No hablará de él —dijo Miss Tita. Y al abrir la puerta añadió en voz más baja—: No le he dicho nada.

La anciana estaba sentada en el mismo lugar en que la había visto la última vez, en la misma posición, con la misma misteriosa venda sobre los ojos. Su bienvenida consistió en volver hacia mí su rostro casi invisible y dejarme ver que, aunque permanecía en silencio, me observaba con toda claridad. No hice ningún gesto de estrecharle la mano; sentí con suficiente nitidez en aquella ocasión que eso estaba descartado para siempre. Me había quedado suficientemente claro que era demasiado sagrada para ese tipo de reciprocidad, demasiado venerable para el contacto físico. Había algo tan austero en su aspecto —en parte por el accidente de aquella pantalla verde— mientras yo permanecía de pie siendo medido, que dejé de dudar en ese instante de que conocía mi secreto, aunque no sospeché en modo alguno que Miss Tita no acabara de decir la verdad. Ella no me había traicionado, pero el instinto rumiante de la anciana había sabido servirla; me había dado vueltas y más vueltas en las largas y quietas horas, y había adivinado. Lo peor de todo era que ofrecía el aspecto terrible de una anciana que, llegado el momento, quemaría sus papeles. Miss Tita acercó una silla hacia mí diciendo: —Aquí estará usted bien. Al tomar asiento pregunté por la salud de Miss Bordereau; expresé la esperanza de que, pese al calor tan intenso, fuese satisfactoria. Ella respondió que era suficientemente buena, suficientemente buena; que era algo grandioso el estar vivo.

—¡Oh, en cuanto a eso, depende con qué lo compare! —exclamé riendo.

—Yo no comparo, yo no comparo. Si lo hiciera, habría abandonado todo hace mucho tiempo.

Me gustaba pensar que aquello era una sutil alusión al arretrato que había conocido en la compañía de Jeffrey Aspern, aunque era cierto que semejante alusión habría casado mal con el deseo que yo le atribuía de mantenerle enterrado en su alma. Con lo que casaba era con mi convicción constante de que ningún ser humano había poseído jamás un don social más delicioso que el suyo, y lo que parecía transmitir era que nada en el mundo merecía ser mencionado si uno pretendía mencionar aquello. ¡Pero nadie lo hacía! Miss Tita se sentó junto a su tía con el aire de quien tiene motivos para creer que entre nosotros iba a producirse una conversación muy notable.

—Son las bellas flores —dijo la anciana—; nos mandó usted tantas que debería haberle dado las gracias antes. Pero yo no escribo cartas y solo recibo visitas a largos intervalos.

No me había dado las gracias mientras las flores siguieron llegando, pero se apartó de su costumbre hasta el punto de mandarme llamar en cuanto empezó a temer que ya no llegarían más. Lo noté; recordé la avidez adquisitiva que había mostrado cuando se trataba de arrancarme dinero, y me alegré en mi fuero interno del feliz pensamiento que había tenido al suspender mi tributo. Lo había echado de menos y estaba dispuesta a hacer una concesión para que volviese. Ante el primer signo de esa concesión yo no podía sino salirle al encuentro. «Me temo que últimamente no ha recibido usted muchas, pero comenzarán de nuevo de inmediato: mañana, esta noche».

—¡Oh, mándenos algunas esta noche! —exclamó Miss Tita, como si fuese algo de enorme importancia.

—¿Y qué más iba a hacer con ellas? No es una afición muy varonil convertir su habitación en un emparrado —observó la anciana.

—No convierto mi habitación en un emparrado, pero siento una afición extraordinaria por cultivar las flores, por observar su manera de crecer. No hay nada de afeminado en eso: ha sido el entretenimiento de filósofos, de estadistas retirados; incluso, creo, de grandes capitanes.

—Supongo que sabe que puede venderlas, las que no use —prosiguió Miss Bordereau—. No creo que le den mucho por ellas; aun así, podría hacer un buen trato.

—Oh, yo nunca he hecho tratos, como debería saber. Mi jardinero se encarga de ellas y yo no hago preguntas.

—¡Yo sí que haría algunas, se lo aseguro! —dijo Miss Bordereau; y era la primera vez que la oía reír. No podía acostumbrarme a la idea de que aquella visión de lucro pecuniario fuera lo que más sacaba a la luz a la divina Juliana.

—Baje usted al jardín y recójalas ella misma; baje cuando quiera, todos los días. Son todas para usted —proseguí, dirigiéndome a Miss Tita y salvando la veracidad de la afirmación tratándola como un inocente chiste—. No alcanzo a entender por qué no baja —añadí, para beneficio de Miss Bordereau.

—Tiene usted que hacer que baje; tiene usted que subir a buscarla —dijo la anciana, para mi estupefacción—. Ese artilugio que ha construido en el rincón sería un lugar estupendo para que ella se sentara.

La alusión a mi cenador me pareció irreverente; confirmaba la impresión que ya me había formado de que en la conversación de Miss Bordereau había un destello de impertinencia, una extraña e irrisoria fulguración que debía de haber formado parte de su juventud aventurera y que había sobrevivido a pasiones y facultades. Con todo, pregunté: —¿No sería posible que bajase usted misma? ¿No le haría bien sentarse allí a la sombra, al aire fresco?

—Oh, señor, cuando yo abandone este lugar no será para sentarme al aire, y me temo que el que pueda agitarse en torno a mí no será particularmente fresco. Será una sombra muy oscura, desde luego. Pero eso no será tan pronto —continuó Miss Bordereau con cautela, como para corregir cualquier esperanza que aquella valerosa alusión a la última morada de su mortalidad pudiera hacerme concebir—. He pasado aquí muchos días y he tenido emparrados de sobra en mi vida. Pero no tengo miedo de esperar a que me llamen.

Miss Tita había esperado una conversación interesante, pero quizás la encontró menos amena de parte de su tía —habida cuenta de que yo había sido convocado con una intención cortés— de lo que había esperado. Como para darle a la conversación un giro que presentase a nuestra compañera bajo una luz más favorable, me dijo: —¿No le dije la otra noche que ella me había mandado salir? ¡Ya ve usted que puedo hacer lo que me place!

—¿Le da usted pena? ¿Le enseña usted a compadecerse de sí misma? —exigió saber Miss Bordereau antes de que yo tuviera tiempo de responder a ese llamamiento—. Ella lleva una vida mucho más fácil de la que yo llevé cuando tenía su edad.

—Debe usted recordar que me ha sido perfectamente posible considerarla bastante inhumana.

—¿Inhumana? Así era como los poetas llamaban a las mujeres hace cien años. No lo intente; ¡no lo hará usted tan bien como ellos! —declaró Juliana—. No queda ya poesía en el mundo, que yo sepa. Pero no me voy a poner a intercambiar palabras con usted —prosiguió, y recuerdo bien el sonido anticuado y artificioso que le dio a esa expresión—. ¡Me ha hecho usted hablar, hablar! No me conviene nada. —Me levanté en ese punto y le dije que no le robaría más tiempo; pero ella me retuvo para preguntar—: ¿Recuerda usted que el día que vino a ver las habitaciones nos ofreció el uso de su góndola? —Y cuando asentí con presteza, sorprendido de nuevo por su disposición a «sacar partido» de la situación y preguntándome qué tenía ahora en mente, exclamó—: ¿Por qué no lleva usted a esa chica en ella y le enseña el lugar?

—Oh, querida tía, ¿qué quiere hacer conmigo? —exclamó la «chica» con un quejumbroso temblor—. ¡Si yo conozco el lugar de sobra!

—¡Pues vaya con él de cicerone! —dijo Miss Bordereau con un esfuerzo de algo parecido a la crueldad en su implacable poder de réplica, sugerencia incongruente de que era una anciana sarcástica, irreverente y cínica—. ¿No hemos oído decir que en todos estos años ha habido toda clase de cambios? Debería usted verlos, y a su edad —no lo digo porque sea usted tan joven— debería aprovechar las oportunidades que se presentan. Es usted suficientemente mayor, querida, y este caballero no le hará ningún daño. Le mostrará los célebres atardeceres, si es que todavía se dan... ¿Se dan? El sol se puso para mí hace ya tanto tiempo. Pero eso no es razón. Además, yo no la echaré de menos en ningún momento; se cree usted demasiado importante. Llévela a la plaza —prosiguió Miss Bordereau, dirigiéndose a mí—. Antes era muy bonita. ¿Qué han hecho con esa pintoresca vieja iglesia? Espero que no se haya venido abajo. Deje que mire los comercios; puede llevar algo de dinero y comprar lo que quiera.

La pobre Miss Tita se había puesto de pie, turbada y sin saber qué hacer, y mientras permanecíamos allí ante su tía resultaba evidente que, para un espectador de la escena, la anciana se estaba divirtiendo a nuestra costa. Miss Tita protestó con una confusión de exclamaciones y murmullos; pero yo no perdí tiempo en decir que si ella me hacía el honor de aceptar la hospitalidad de mi embarcación me comprometía a que no se aburriría. O si no deseaba tanta compañía mía, tenía a su disposición el bote con el gondolero; era un remero excelente y podía confiar plenamente en él. Miss Tita, sin responder definitivamente a este ofrecimiento, apartó la vista de mí hacia la ventana, como si fuera a ponerse a llorar; y señalé que, una vez que contásemos con la aprobación de Miss Bordereau, nos sería fácil llegar a un entendimiento. Elegiríamos una hora, la que ella prefiriera, uno de los días inmediatos. Al despedirme de la anciana le pregunté si me permitiría amablemente volver a verla.

Por un momento no dijo nada; luego preguntó: —¿Es muy necesario para su felicidad?

—Me distrae más de lo que puedo decir.

—Es usted enormemente cortés. ¿No sabe que eso casi me mata?

—¿Cómo puedo creerlo cuando la veo más animada, más brillante que cuando llegué?

—Es muy cierto, tía —dijo Miss Tita—. Creo que le hace bien.

—¿Verdad que es enternecedor, la solicitud que cada uno tiene de que el otro lo pase bien? —ironizó Miss Bordereau—. Si hoy me encuentra usted brillante es que no sabe de qué habla; nunca ha conocido a una mujer agradable. No intente halagarme; estoy muy acostumbrada a ello —prosiguió—. Mi puerta está cerrada, pero puede llamar de vez en cuando.

Con eso me despidió, y salí de la habitación. El pestillo se cerró a mis espaldas, pero Miss Tita, contra lo que yo esperaba, se había quedado dentro. Crucé lentamente la sala y antes de tomar el camino hacia las escaleras esperé un momento. Mi esperanza se vio satisfecha; al cabo de un minuto Miss Tita me siguió. —Es una idea deliciosa la de la plaza —dije—. ¿Cuándo iremos: esta noche, mañana?

Se había sentido turbada, como ya he mencionado, pero yo había observado ya, y lo observaría de nuevo, que cuando Miss Tita se sentía azorada

no se alejaba de uno ni intentaba escapar, como habría hecho la mayoría de las mujeres, sino que se acercaba más, por así decirlo, con una actitud deprecatoria y afanosa de que la perdonaran, de que la protegiesen. Su actitud era perpetuamente una especie de ruego de ayuda, de explicación; y sin embargo ninguna mujer en el mundo podría haber sido menos teatral. Desde el momento en que uno era amable con ella dependía de uno de forma absoluta; su cohibición se desvanecía y se tomaba la mayor intimidad, la intimidad inocente que era lo único que ella podía concebir, como algo natural. Me dijo que no sabía qué le había entrado a su tía; había cambiado tan deprisa, había tenido alguna idea. Le respondí que tendría que averiguar cuál era esa idea y luego comunicármela; iríamos a tomar un helado juntos a Florian's, y ella me lo contaría mientras escuchábamos la banda.

—¡Oh, me llevará mucho tiempo averiguarlo! —dijo con cierto desaliento; y no podía prometerme esa satisfacción ni para aquella noche ni para la siguiente. Yo tenía paciencia, sin embargo, pues sentía que solo tenía que esperar; y en efecto, al cabo de la semana, una hermosa tarde después de cenar, subió a mi góndola, a la que en honor de la ocasión había enganchado un segundo remo.

En el curso de cinco minutos nos adentramos en el Gran Canal; fue entonces cuando ella lanzó un murmullo de arrobamiento tan fresco como si hubiera sido una turista recién llegada. Había olvidado el esplendor con que lucía la gran vía fluvial en una clara y cálida noche de verano, y cómo la sensación de flotar entre palacios de mármol y luces reflejadas disponía el ánimo para la conversación cordial. Flotamos largo tiempo y a lo largo de grandes tramos, y aunque Miss Tita no expresó con voz alta su satisfacción, sentí que se abandonaba por entero. Estaba más que complacida, estaba transportada; todo aquello era una inmensa liberación. La góndola avanzaba con golpes lentos de remo para darle tiempo de saborearlo, y ella escuchaba el chapoteo de los remos, que se hacía más intenso y de un líquido más musical al adentrarnos en los canales estrechos, como si fuera una revelación de Venecia. Cuando le pregunté cuánto tiempo hacía que no había salido en bote, respondió: «Oh, no lo sé; mucho tiempo... desde que mi tía empezó a estar enferma». No era ese el único ejemplo que me daba de su extrema vaguedad respecto a los años anteriores y a la línea que delimitaba el período en que Miss Bordereau brilló. No era libre de tenerla fuera demasiado tiempo, pero dimos un considerable *giro* antes de ir a la plaza. No le hice

preguntas, alejando deliberadamente la conversación de su situación doméstica y de las cosas que quería saber; la colmé de informaciones sobre Venecia, le describí Florencia y Roma, le hablé de las delicias y ventajas de los viajes. Ella recostada, receptiva, sobre los hondos cojines de cuero, dirigía los ojos concienzudamente hacia todo lo que yo le señalaba, y no me mencionó hasta algún tiempo después que podía suponerse que ella conocía Florencia mejor que yo, pues había vivido allí varios años con Miss Bordereau. Por fin preguntó, con la tímida impaciencia de una niña: «¿No vamos a ir de verdad a la plaza? ¡Eso es lo que quiero ver!». Di la orden al instante de que fuéramos directamente; y entonces permanecemos en silencio aguardando la llegada. Como aún pasara algún tiempo, sin embargo, dijo de repente, por propia iniciativa: «He averiguado qué le ocurre a mi tía: tiene miedo de que usted se marche».

—¿Qué le ha metido eso en la cabeza?

—Ha tenido la idea de que usted no ha estado contento. Por eso es distinta ahora.

—¿Quiere decir que quiere hacerme más feliz?

—Bueno, no quiere que se vaya; quiere que se quede.

—Supongo que se refiere usted al alquiler —observé con franqueza.

La franqueza de Miss Tita se reveló a la altura de la mía. «Sí, ya sabe; para que yo tenga más».

—¿Cuánto quiere que tenga usted? —pregunté riendo—. Debería fijar la suma, para que yo pueda quedarme hasta que se complete.

—Oh, eso no me agradaría —dijo Miss Tita—. Sería inaudito que usted se tomara esa molestia.

—Pero ¿y si yo tuviese mis propias razones para quedarme en Venecia?

—Entonces le convendría más alojarse en otra casa.

—¿Y qué diría su tía a eso?

—No le gustaría nada. Pero creo que haría usted bien en renunciar a sus razones y marcharse del todo.

—Querida Miss Tita —dije—, ¿no es tan fácil renunciar a ellas!

No respondió de inmediato, pero al cabo de un momento exclamó: «¡Creo que sé cuáles son sus razones!».

—Es probable, pues la otra noche casi le dije cuánto deseo que me ayude usted a realizarlas.

—No puedo hacer eso sin traicionar a mi tía.

—¿Qué quiere decir con traicionarla?

—Pues que ella nunca consentiría lo que usted quiere. Se lo han pedido, le han escrito. Le puso furiosa.

—¿Entonces SÍ tiene papeles de valor? —pregunté con viveza.

—¡Oh, lo tiene todo! —suspiró Miss Tita con un extraño cansancio, una repentina caída en la melancolía.

Esas palabras hicieron que me palpitara todas las venas, pues las consideré una prueba preciosa. Durante algunos minutos estuve demasiado agitado para hablar, y mientras tanto la góndola se aproximó a la Piazzetta. Después de desembarcar le pregunté a mi compañera si prefería dar la vuelta a la plaza o sentarse a la puerta del café; a lo que ella respondió que haría lo que yo prefiriese, solo que debía recordar de nuevo el poco tiempo de que disponía. Le aseguré que habría tiempo de sobra para las dos cosas, y recorrimos el largo circuito de las arcadas. Su ánimo se reanimó ante los brillantes escaparates, y se detenía y miraba, aprobando o desaprobando su contenido, preguntándome qué me parecían las cosas, teorizando sobre los precios. Mi atención se alejó de ella; aquellas palabras de antes, «¡Oh, lo tiene todo!», resonaban tanto en mi conciencia. Por fin nos sentamos en el animado círculo de Florian's, encontrando una mesa libre entre las que estaban dispuestas en la plaza. Era una noche espléndida y todo el mundo estaba al aire libre; Miss Tita no hubiera podido desear elementos más propicios para su regreso a la vida social. Vi que lo disfrutaba incluso más de lo que decía; estaba agitada por la multitud de sus impresiones. Había olvidado lo atractivo que es el mundo, y le iba cayendo en cuenta de que de algún modo, durante los mejores años de su vida, le había sido hurtado. Aquello no la llenaba de amargura; pero mientras contemplaba la encantadora escena, su rostro tenía, pese a su sonrisa de apreciación, el rubor de una especie de sorpresa herida. Se fue quedando en silencio, como si pensara con una secreta tristeza en oportunidades para siempre perdidas que habrían debido

presentarse con toda naturalidad; y eso me dio la ocasión de decirle: «¿Quería decir hace un momento que su tía tiene el plan de retenerme aquí concediéndome el honor de recibirme de vez en cuando?».

—Piensa que marcará una diferencia para usted el verla de vez en cuando. Quiere tanto que se quede que está dispuesta a hacer esa concesión.

—¿Y qué bien cree ella que me hará verla?

—No lo sé; piensa que es interesante —dijo Miss Tita con sencillez—. Usted mismo le dijo que así le parecía.

—En efecto; pero no todo el mundo lo piensa.

—No, claro, pues de lo contrario más personas lo intentarían.

—Bueno, si es capaz de hacer esa reflexión, es capaz de hacer esta otra —continué—: que yo debo de tener alguna razón especial para no hacer lo que los demás, pese al interés que ella ofrece, para no dejarla en paz. — Miss Tita pareció no alcanzar a comprender esta proposición algo complicada; de modo que proseguí—: Si usted no le ha dicho lo que yo le dije la otra noche, ¿no puede ella al menos haberlo adivinado?

—No lo sé; es muy desconfiada.

—¿Pero no se ha vuelto así a causa de una curiosidad indiscreta, de la persecución?

—No, no; no es eso —dijo Miss Tita, volviéndome un rostro algo angustiado—. No sé cómo decirlo: es por algo... de hace muchos años, antes de que yo naciese... de su vida.

—¿Algo? ¿Qué clase de cosa? —pregunté como si yo mismo no pudiese tener ninguna idea.

—Oh, nunca me lo ha contado —respondió Miss Tita; y estaba seguro de que decía la verdad.

Su extrema limpidez resultaba casi exasperante, y sentí por un momento que habría sido más satisfactoria de ser menos ingenua. «¿Cree usted que es algo a lo que las cartas y los papeles de Jeffrey Aspern —es decir, las cosas que obran en su poder— hacen referencia?».

—¡Supongo que sí! —exclamó mi compañera, como si aquella fuese una sugerencia muy acertada—. Nunca he mirado ninguna de esas cosas.

—¿Ninguna? ¿Cómo sabe usted entonces lo que son?

—No lo sé —dijo Miss Tita plácidamente—. Nunca las he tenido en las manos. Pero las he visto cuando ella las ha sacado.

—¿Las saca con frecuencia?

—Ahora no, pero antes sí. Les tiene mucho cariño.

—¿Pese a ser comprometedoras?

—¿Comprometedoras? —repitió Miss Tita como si ignorase el significado de la palabra. Me sentí casi como quien corrompe la inocencia de la juventud.

—Quiero decir que contienen recuerdos dolorosos.

—Oh, no creo que sean dolorosas.

—¿Quiere decir que no cree que afecten a su reputación?

A esto asomó a la cara de la sobrina de Miss Bordereau una mirada singular: una especie de confesión de impotencia, un llamamiento a que la tratase con lealtad y generosidad. Yo la había llevado a la plaza, la había colocado en un ambiente encantador, le había prestado una atención que ella apreciaba, y ahora parecía hacerle ver que todo aquello había sido un soborno, un soborno para hacerla de algún modo volverse contra su tía. Era de naturaleza dócil y capaz de hacer casi cualquier cosa por complacer a quien era amable con ella; pero la mayor amabilidad de todas sería no abusar demasiado de eso. Era bastante curioso, como pensé después, que ella no diese la menor muestra de resentimiento ante mi falta de consideración por el carácter de su tía, lo que habría sido del peor gusto posible si algo menos vital —desde mi punto de vista— hubiera estado en juego. No creo que se diese verdadera cuenta de ello. «¿Quiere decir que ella hizo algo malo?», preguntó al cabo de un momento.

—¡Dios me libre de decir tal cosa, y no es asunto mío. Además, si lo hizo —añadí riendo—, fue en otras épocas, en otro mundo. Pero ¿por qué habría de destruir sus papeles?

—Oh, los quiere demasiado.

—¿Incluso ahora, cuando puede estar cerca del final?

—Tal vez cuando tenga la certeza lo haga.

—Bien, Miss Tita —dije—, es precisamente eso lo que me gustaría que usted evitase.

—¿Cómo voy a evitarlo?

—¿No podría usted hacerse con ellos?

—¿Y dárselos a usted?

Aquello planteaba el asunto de forma muy cruda, aunque estoy seguro de que no había ironía en su intención. «Oh, quiero decir que podría dejarme verlos y examinarlos. No es por mí; no hay avidez personal en mi deseo. Es sencillamente que serían de un interés inmenso para el público, de una importancia inconmensurable como contribución a la historia de Jeffrey Aspern».

Ella me escuchó a su manera habitual, como si mis palabras estuviesen llenas de referencias a cosas de las que nunca había oído hablar, y me sentí especialmente como el reportero de un periódico que se abre paso a la fuerza en una casa de luto. Esto fue así en especial cuando, al cabo de un momento, dijo: «Hubo un caballero que hace algún tiempo le escribió con palabras muy parecidas. Él también quería sus papeles».

—¿Y le contestó ella? —pregunté, algo avergonzado de mí mismo por carecer de su rectitud.

—Solo cuando él había escrito dos o tres veces. Le puso muy furiosa.

—¿Y qué le dijo?

—Le dijo que era un demonio —respondió Miss Tita con sencillez.

—¿Usó esa expresión en su carta?

—Oh, no; me lo dijo a mí. Me hizo escribirle a él.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le dije que no había ningún papel.

—¡Ah, pobre caballero! —exclamé.

—Yo sabía que los había, pero escribí lo que ella me mandó.

—Claro que no le quedaba otro remedio. Pero espero no pasar yo por un demonio.

—Dependerá de lo que me pida que haga por usted —dijo Miss Tita sonriendo.

—¡Oh, si hay posibilidades de que usted lo piense, mi asunto va muy mal! No le voy a pedir que robe para mí, ni siquiera que mienta, pues usted no puede mentir, salvo por escrito. Pero lo principal es esto: impedir que ella destruya los papeles.

—Pero yo no tengo ningún control sobre ella —dijo Miss Tita—. Es ella quien me controla a mí.

—Pero ella no controla sus propios brazos y piernas, ¿verdad? La manera natural que tendría de destruir sus cartas sería quemarlas. Para quemarlas necesita fuego, y para conseguir fuego necesita que usted se lo proporcione.

—Siempre he hecho todo lo que ella me ha pedido —replicó mi compañera—. Además, está Olimpia.

Estuve a punto de decir que Olimpia era probablemente sobornable, pero pensé que era mejor no tocar ese registro. Así que me limité a preguntar si no podría manejarse a esa fiel doméstica.

—Mi tía puede con todo el mundo —dijo Miss Tita. Y entonces observó que sus vacaciones habían terminado; debía volver a casa.

Puse la mano en su brazo, sobre la mesa, para retenerla un momento. «Lo que quiero de usted es una promesa general de ayudarme».

—Oh, ¿cómo... cómo voy a poder? —preguntó, extrañada y turbada. Estaba a medias sorprendida, a medias asustada de que yo quisiera hacerla desempeñar un papel activo.

—Lo principal es esto: vigilarla con atención y avisarme a tiempo, antes de que cometa ese horrible sacrilegio.

—No puedo vigilarla cuando me manda salir.

—Es muy cierto.

—Y cuando también le manda a usted.

—¡Dios nos asista! ¿Cree que habrá hecho algo esta noche?

—No lo sé; es muy astuta.

—¿Trata de asustarme? —pregunté.

Sentí que esa pregunta quedaba suficientemente respondida cuando mi compañera murmuró de forma pensativa, con casi envidia: «¡Oh, pero es que los quiere... los quiere!».

Esa reflexión, repetida con tanto énfasis, me dio un gran consuelo; pero para obtener más de ese bálsamo dije: «Si no tuviese intención de destruir los objetos de que hablamos antes de su muerte, probablemente habrá hecho alguna disposición testamentaria».

—¿Testamentaria?

—¿No ha hecho un testamento en su beneficio?

—Pues es que tiene muy poco que dejar. Por eso le gusta tanto el dinero —dijo Miss Tita.

—¿Podría preguntarle, ya que estamos hablando con franqueza, de qué viven usted y ella?

—De un dinero que llega de América, de un abogado. Lo manda cada trimestre. ¡No es mucho!

—¿Y no habrá dispuesto de eso?

Mi acompañante vaciló —vi que se ruborizaba—. —Creo que es mía —dijo; y la mirada y el tono que acompañaban estas palabras traicionaban de tal modo la ausencia del hábito de pensar en sí misma que casi la encontré encantadora. Al instante siguiente añadió: —Pero ella tuvo un abogado una vez, hace muchísimo tiempo. Y vinieron unas personas y firmaron algo.

—Probablemente eran testigos. ¿Y a usted no le pidieron que firmase? Pues bien —argumenté con rapidez y esperanza—, es porque usted es la legataria; ¡ella le ha dejado todos sus documentos!

—Si es así, habrá sido con condiciones muy estrictas —respondió Miss Tita, levantándose con presteza, mientras el movimiento prestaba a las palabras un leve carácter de resolución. Parecían dar a entender que el legado iría acompañado de una orden de que los artículos legados permanecieran ocultos a todo ojo inquisitivo, y que yo estaba muy equivocado si creía que ella era la persona dispuesta a apartarse de un mandato tan solemne.

—Claro que tendrá usted que atenerse a las condiciones —dije; y ella no pronunció nada que mitigase la severidad de esta conclusión. No obstante, más tarde, justo antes de desembarcar ante su propia puerta, en nuestro regreso, que había transcurrido casi en silencio, me dijo de improviso: —Haré cuanto pueda para ayudarle. Le agradecí aquello —hasta donde llegaba, iba bien—; pero no me impidió recordar aquella noche, en una hora de desvelo angustioso, que ahora disponía de su palabra para reforzar mi propia impresión de que la anciana era sumamente astuta.

CAPÍTULO VII

El temor a lo que ese aspecto de su carácter pudiera haberla llevado a hacer me tuvo nervioso durante varios días. Esperaba alguna señal de Miss Tita; casi me figuraba que era su deber mantenerme informado, hacerme saber definitivamente si Miss Bordereau había sacrificado o no sus tesoros. Pero como no daba ninguna señal, perdí la paciencia y resolví juzgar, en la medida de lo posible, con mis propios sentidos. Una tarde, ya tarde, mandé recado para preguntar si podía ir a visitar a las señoras, y mi criado volvió con una noticia sorprendente. Se podía acceder a Miss Bordereau sin la menor dificultad; la habían trasladado a la sala y estaba sentada junto a la ventana que daba al jardín. Bajé y hallé que la stampa era exacta: la anciana había sido conducida en ruedas hacia el mundo y tenía cierto aire, que provenía quizá principalmente de algún elemento más vistoso en su vestimenta, de encontrarse de nuevo dispuesta a tener trato con él. Todavía no había comenzado, sin embargo, a afluir a su alrededor nadie; estaba perfectamente sola y, aunque la puerta que conducía a sus propias estancias permanecía abierta, al principio no atisé ni rastro de Miss Tita. La ventana junto a la que estaba sentada recibía la sombra de la tarde y, con una de las contraventanas echada hacia atrás, podía ver el apacible jardín, donde el sol veraniego había secado por entonces demasiadas plantas; podía ver la luz amarilla y las largas sombras.

—¿Ha venido a decirme que se quedará con las habitaciones seis meses más? —preguntó en cuanto me aproximé, sorprendiéndome con algo tosco en su codicia casi tanto como si no me hubiera dado ya una muestra de la misma. El deseo de Juliana de que nuestra relación le resultase lucrativa había sido, como he señalado con suficiencia, una nota disonante en mi imagen de la mujer que había inspirado a un gran poeta versos inmortales;

pero puedo decir aquí de manera definitiva que reconocí, después de todo, que me correspondía hacerle una gran concesión. Fui yo quien había avivado la llama impura; fui yo quien le había puesto en la cabeza que disponía de los medios para ganar dinero. Ella parecía no haberlo pensado nunca; había vivido derrochando durante años, en una casa cinco veces demasiado grande para ella, en unas condiciones que solo podía explicarme suponiendo que, por excesivo que fuera, el espacio del que disfrutaba le costaba casi nada y que, por escasas que fuesen sus rentas, le dejaban, para Venecia, un margen apreciable. Yo había caído sobre ella un día y le había enseñado a calcular, y mi comedia casi extravagante sobre el asunto del jardín me había presentado ante sus ojos, de manera irresistible, como una víctima. Como todas las personas que obran el milagro de cambiar de punto de vista cuando son viejas, se había convertido intensamente; había asido mi insinuación con un apretón desesperado y tembloroso.

Me invité a ir a buscar una de las sillas que, a distancia, estaban contra la pared (ella no se había preocupado en absoluto de si yo habría de sentarme o quedarme en pie); y mientras la acercaba a su lado, comencé, con alegría: —Querida señora, ¡qué imaginación tiene usted, qué amplitud de miras! Soy un pobre diablo de hombre de letras que vive al día. ¿Cómo puedo alquilar palacios por año? Mi existencia es precaria. No sé si dentro de seis meses tendré pan que llevarse a la boca. Me he dado un capricho por una vez; ha sido un lujo inmenso. Pero cuando se trata de continuar...

—¿Le resultan demasiado caras sus habitaciones? Si es así, puede tener más por el mismo dinero —respondió Juliana—. Podemos arreglarlo, podemos *combinare*, como dicen aquí.

—Pues sí, ya que me lo pregunta, me resultan demasiado caras —dije—. Evidentemente me supone usted más rico de lo que soy.

Ella me miró de su manera atrincherada.

—Si escribe libros, ¿no los vende?

—¿Quiere usted decir que si la gente no los compra? Un poco... no tanto como desearía. Escribir libros, a menos que uno sea un gran genio —¡y aun entonces!—, es el último camino hacia la fortuna. Creo que ya no hay más dinero que ganar con la literatura.

—Quizá no elige buenos temas. ¿Sobre qué escribe usted? —inquirió Miss Bordereau.

—Sobre los libros de otras personas. Soy crítico, historiador, en pequeña medida. —Me pregunté hacia dónde se encaminaba.

—¿Y qué otras personas, ahora?

—Oh, mejores que yo: los grandes escritores principalmente, los grandes filósofos y poetas del pasado; aquellos que murieron y ya no pueden hablar por sí mismos.

—¿Y qué dice usted de ellos?

—¡Digo que en ocasiones se prendaron de mujeres muy inteligentes! —respondí, riendo. Hablé con gran deliberación, pero al caer mis palabras en el aire me parecieron imprudentes. No obstante, me arriesgué, y no me arrepentí, pues quizá la anciana estuviese, después de todo, dispuesta a negociar. Parecía bastante evidente que conocía mi secreto: ¿por qué, entonces, arrastrar el asunto? Pero ella no tomó lo que había dicho como una confesión; solo preguntó:

—¿Le parece correcto remover el pasado?

—No sé muy bien qué entiende usted por removerlo; pero ¿cómo vamos a llegar a él si no escarbamos un poco? El presente tiene una manera tan brusca de pisotearlo.

—Oh, a mí me gusta el pasado, pero no me gustan los críticos —declaró la anciana con su serena tranquilidad.

—Ni a mí tampoco, pero me gustan sus descubrimientos.

—¿No son la mayoría mentiras?

—Las mentiras son lo que a veces descubren —dije, sonriendo ante la tranquila impertinencia de aquello—. Con frecuencia ponen al descubierto la verdad.

—La verdad es de Dios, no del hombre; más vale dejarla en paz. ¿Quién puede juzgarla? ¿Quién puede decirlo?

—Estamos terriblemente a oscuras, lo sé —admití—; pero si renunciamos a intentarlo, ¿qué se hace de todas las cosas hermosas? ¿Qué se hace

de la obra que acabo de mencionar, la de los grandes filósofos y poetas? Todo son palabras vanas si no hay nada con qué medirla.

—Habla usted como si fuera sastre —dijo Miss Bordereau caprichosamente; y luego añadió de inmediato, con un tono diferente—: Esta casa es muy hermosa; las proporciones son magníficas. Hoy he querido contemplar este lugar de nuevo. He mandado que me trajeran aquí. Cuando vino su hombre, hace un momento, a preguntar si yo querría recibirle a usted, estaba a punto de mandarle a buscar, para preguntarle si pensaba continuar. Quería juzgar lo que le estoy cediendo. Esta sala es muy grandiosa — prosiguió, como una subastadora, moviendo un poco, según supuse, sus ojos invisibles—. No creo que haya vivido usted muchas veces en semejante casa, ¿eh?

—¡Rara vez puedo permitírmelo! —dije.

—Bien, ¿pues cuánto daría usted por seis meses?

Estuve a punto de exclamar —y el aire de tormento en mi semblante habría delatado una mueca de apuro moral—: «¡No, Juliana; por ÉL, no!» Pero me contuve y pregunté con menos pasión:

—¿Por qué habría de quedarme tanto tiempo?

—Creí que le gustaba —dijo Miss Bordereau con su marchita dignidad.

—Eso creía yo también.

Por un momento no dijo nada más, y dejé que mis propias palabras le sugiriesen lo que pudieran. Me esperaba a medias que dijera, con suficiente frialdad, que si me había decepcionado no era necesario continuar la conversación, y esto a pesar de creer que ella tenía ahora en la mente (por el camino que hubiera llegado hasta allí) algo que le habría revelado que mi decepción era natural. Pero, para mi extrema sorpresa, concluyó observando: —Si no cree usted que le hemos tratado lo bastante bien, quizá podamos encontrar alguna manera de tratarle mejor. Esta frase era de algún modo tan incongruente que me hizo reír de nuevo, y me disculpé diciendo que hablaba como si yo fuera un chico malhumorado, haciendo pucheros en el rincón para que lo «aplacasen». No tenía ni un ápice de queja que presentar; ¿y podría algo haber superado la amabilidad de Miss Tita al acompañarme unas noches antes a la plaza de San Marcos? Ante esto la anciana prosiguió: — ¡Pues usted mismo se lo buscó! Y luego, con diferente tono: —Es una

muchacha muy buena. Asentí cordialmente a esta afirmación, y ella expresó la esperanza de que lo hiciese no solo por complacerla, sino porque me gustaba de verdad. Entre tanto, me pregunté aún más hacia dónde se encaminaba Miss Bordereau. —Salvo yo, hoy —dijo—, no tiene un solo pariente en el mundo. ¿Pretendía acaso, al describir a su sobrina como afable y sin ataduras, presentarla como un partido?

Era perfectamente cierto que no podía permitirme continuar con mis habitaciones a un precio de capricho y que ya había destinado a mi empresa casi todo el dinero en efectivo que había reservado para ella. Mi paciencia y mi tiempo no estaban ni mucho menos agotados, pero solo podría seguir recurriendo a ellos sobre una base veneciana más habitual. Estaba dispuesto a pagar a la venerable mujer con quien mis relaciones pecuniarias eran tan discordantes el doble de lo que cualquier otra *padrona di casa* habría pedido, pero no estaba dispuesto a pagarle veinte veces más. Se lo dije con llaneza, y mi franqueza pareció tener algún efecto, pues exclamó: —¡Muy bien; ha hecho usted lo que le pedí: ha hecho una oferta!

—Sí, pero no por medio año. Solo por meses.

—Oh, entonces tendré que pensarlo. —Parecía decepcionada de que yo no quisiera comprometerme a un período, y deduje que deseaba a la vez asegurarme y desanimarme; decirme con severidad: «¿Sueña usted con salir por menos de seis meses? ¿Sueña usted con que incluso al cabo de ese tiempo estará apreciablemente más cerca de su victoria?» Lo que más pesaba en mi ánimo era que albergaba la fantasía de jugarme la broma de hacerme comprometerme cuando, en realidad, había destruido los papeles. Hubo un momento en que mi angustia sobre este punto era tan aguda que estuve a punto de soltar la pregunta, y lo único que me retuvo fue una especie de rechazo instintivo (no fuera a ser un error) ante la última violencia de la autoexposición. Era una bruja tan sutil que nunca podía uno saber a qué atenderse con ella. Puedes imaginar si aquello aclaró el enigma cuando, justo después de haber dicho que reflexionaría sobre mi propuesta y sin ninguna transición formal, sacó del bolsillo con mano torpe un objeto pequeño envuelto en papel blanco arrugado. Lo sostuvo allí un momento y luego preguntó: —¿Sabe usted mucho sobre curiosidades?

—¿Sobre curiosidades?

—Sobre antigüedades, los viejos cachivaches por los que hoy la gente paga tanto. ¿Conoce el tipo de precio que alcanzan?

Creí ver lo que se avecinaba, pero dije ingenuamente:

—¿Quiere usted comprar algo?

—No, quiero vender. ¿Cuánto le daría un aficionado por esto? —
Desenvolvió el papel blanco e hizo un gesto para que le tomase de las manos un pequeño retrato ovalado. Me apoderé de él con una mano que solo cabía esperar que ella no notara que temblaba, y añadió—: Solo me desprendería de él por un buen precio.

A la primera ojeada reconocí a Jeffrey Aspern, y era bien consciente de que me ruboricé con el acto. Pero como ella me estaba observando, tuve la consistencia de exclamar: —¡Qué rostro tan llamativo! Dígame quién es, por favor.

—Es un viejo amigo mío, un hombre muy distinguido en su época. Me lo dio él mismo, pero temo mencionar su nombre, no sea que usted no haya oído hablar nunca de él, crítico e historiador como es. Sé que el mundo avanza deprisa y cada generación olvida a la anterior. Era el colmo de la moda cuando yo era joven.

Quizá ella se asombrara de mi aplomo, pero yo me asombré del suyo; de que tuviera la energía, en el estado de salud en que se encontraba y a su edad, de querer jugar así conmigo con el mero propósito de su entretenimiento privado: el humor de ponerme a prueba y de cebarse en mí. Esta era, al menos, la interpretación que yo daba a su producción del retrato, pues no podía creer que deseara realmente venderlo ni que le importara información alguna que yo pudiera darle. Lo que quería era agitarlo ante mis ojos y ponerle un precio prohibitivo. —El rostro me vuelve, me atormenta —dije, dando vueltas al objeto en uno y otro sentido y mirándolo con gran detenimiento. Era un trabajo cuidadoso aunque no supremo, más grande que la miniatura ordinaria, y representaba a un hombre joven de rostro notablemente apuesto, con un abrigo verde de cuello alto y un chaleco color ante. Juzgué que el cuadro poseía una valiosa cualidad de semejanza y que habría sido pintado cuando el modelo tenía unos veinticinco años. Existen, como sabe todo el mundo, otros tres retratos del poeta, pero ninguno es de fecha tan temprana como esta elegante obra. —Nunca he visto al original,

pero he visto otras efigies —continué—. Ha expresado usted dudas de que esta generación haya oído hablar del caballero, pero me parece en todos los sentidos una celebridad. Ahora bien, ¿quién es? No consigo precisarlo; no consigo ponerle un nombre. ¿No era escritor? Sin duda es poeta. —Estaba resuelto a que fuera ella, y no yo, quien pronunciase primero el nombre de Jeffrey Aspern.

Mi resolución fue tomada sin conocimiento del carácter sumamente resuelto de Miss Bordereau, y sus labios no formaron en mi presencia las sílabas que tanto significaban para ella. Desatendió mi pregunta y levantó la mano para recobrar el cuadro, con un gesto que, aunque ineficaz, era en alto grado perentorio. —Solo alguien que supiera por sí mismo me daría mi precio —dijo con cierta sequedad.

—¿Oh, tiene usted un precio entonces? —No le devolví la preciosa cosa; no por ningún propósito de venganza, sino porque instintivamente me aferraba a ella. Nos miramos con fijeza mientras yo la retenía.

—Sé lo mínimo que aceptaría. Lo que se me ocurrió preguntarle a usted es lo máximo que podré obtener.

Hizo un movimiento, recogiendo sobre sí misma como si, en un espasmo de terror ante haber perdido su tesoro, fuese a intentar el inmenso esfuerzo de levantarse para arrebatármelo. Al instante se lo puse en la mano de nuevo, diciéndole al hacerlo: —Me gustaría tenerlo yo mismo, pero con las ideas de usted nunca podría permitírmelo.

Dio la vuelta a la pequeña placa ovalada sobre su regazo, con la cara hacia abajo, y me pareció verla contener el aliento un instante, como si hubiese sufrido una sacudida o escapado de un peligro. Esto, no obstante, no le impidió decir al momento:

—¿Compraría usted la efigie de una persona que no conoce, pintada por un artista sin reputación?

—El artista puede no tener reputación, pero esa cosa está pintada con una maestría extraordinaria —respondí, para darme una razón.

—Es una suerte que se le haya ocurrido decirlo, porque el pintor era mi padre.

— ¡Eso hace el cuadro verdaderamente precioso! — exclamé, riendo; y puedo añadir que una parte de mi risa provenía de la satisfacción de comprobar que había tenido razón en mi teoría sobre el origen de Miss Bordereau. Aspern había conocido, por supuesto, a la joven cuando acudió al estudio de su padre para posar. Le observé a Miss Bordereau que, si me confiaba su propiedad durante veinticuatro horas, tendría mucho gusto en recabar consejo sobre ella; pero no obtuvo ninguna respuesta de su parte más que deslizarla en silencio al bolsillo. Esto me convenció aún más de que no tenía ninguna intención sincera de venderla en vida, aunque quizá hubiera deseado cerciorarse de la suma que su sobrina, si se la dejaba en herencia, podría esperar obtener eventualmente por ella. — Bueno, en todo caso espero que no la ofrezca sin avisarme — dije al ver que permanecía sin responder —. Recuerde que soy un posible comprador.

— ¡Primero querría su dinero! — replicó con una rudeza inesperada; y luego, como si cavilara que yo tenía motivo justo para quejarme de tal insinuación y quisiera salir del paso, preguntó bruscamente sobre qué hablaba con su sobrina cuando salía con ella de esa manera por las tardes.

— Habla usted como si hubiéramos establecido la costumbre — respondí —. Ciertamente me alegraría mucho de que llegara a serlo. Pero en ese caso sentiría un escrúpulo aún mayor de traicionar la confianza de una dama.

— ¿Su confianza? ¿Tiene ella confianza?

— Aquí está ella; puede usted preguntárselo — dije; pues Miss Tita apareció en ese momento en el umbral del saloncito de la anciana —. ¿Tiene usted confianza, Miss Tita? Su tía desea saberlo con mucho interés.

— ¡En ella no, en ella no! — declaró la señorita más joven, meneando la cabeza con una congoja que no era ni jocosa ni afectada —. No sé qué hacer con ella; tiene arrebatos de horrorosa imprudencia. Se cansa tan fácilmente... y sin embargo ha comenzado a vagar, a arrastrarse por la casa. — Y se quedó mirando hacia abajo a su inmemorial compañera con una especie de asombro impotente, como si todos sus años de convivencia no hubieran hecho que sus perversidades, en ocasiones, resultasen más fáciles de seguir.

— Sé lo que hago. No estoy perdiendo la cabeza. Me imagino que le gustaría que lo pensara — dijo Miss Bordereau con un cínico suspiro leve.

—Supongo que no habrá salido usted sola. Miss Tita habrá tenido que echarle una mano —interpuse con intención apaciguadora.

—Oh, insistió en que la empujáramos; ¡y cuando insiste...! —dijo Miss Tita en el mismo tono de aprensión, como si no hubiera modo de saber qué servicio que ella desaprobaba podría obligarla a prestarle su tía a continuación.

—Siempre he conseguido que se hiciera la mayor parte de lo que he querido, ¡gracias a Dios! La gente con la que he vivido me ha complacido —continuó la anciana, hablando desde las cenizas grises de su vanidad.

—Supongo que quiere decir que la han obedecido.

—Bueno, sea lo que fuere, cuando le tienen a uno cariño.

—Precisamente porque le tengo cariño quiero resistirme —dijo Miss Tita con una risa nerviosa.

—Oh, me imagino que logrará que Miss Bordereau suba a hacerme una visita —dije; a lo que la anciana respondió:

—¡Oh, no; desde aquí puedo tenerle bien vigilado!

—Está usted muy cansada; ¡seguro que esta noche se pondrá mala! —exclamó Miss Tita.

—Tonterías, querida; en este momento me siento mejor que en todo el mes. Mañana volveré a salir. Quiero estar donde pueda ver a este caballero tan listo.

—¿No me vería usted quizá mejor en su salita? —pregunté.

—¿No querrá decir que no tendría usted mejor oportunidad de ocuparse de mí? —replicó, fijando en mí un momento su visera verde.

—Ah, ¡eso no lo tengo en ninguna parte! La miro a usted pero no la veo.

—La está usted excitando terriblemente... y eso no es bueno —dijo Miss Tita, lanzándome una mirada de reproche y apelación.

—¡Quiero observarle, quiero observarle! —prosiguió la anciana.

—Bien, entonces pasemos juntos el mayor tiempo posible, donde sea, y así tendrá todas las facilidades.

—Oh, ya le he visto suficiente por hoy. Estoy satisfecha. Ahora me voy a casa. —Miss Tita puso las manos en el respaldo de la silla de su tía y comenzó a empujar, pero le rogué que me dejara ocupar su lugar—. ¡Oh, sí, puede usted moverme de esta manera, pero no de ninguna otra! —exclamó Miss Bordereau al sentirse impulsada con firmeza y suavidad sobre el suelo liso y duro. Antes de que alcanzáramos la puerta de sus propias estancias me ordenó detenerme, y echó una larga y última mirada a lo largo y a lo ancho de la noble sala. —¡Oh, es una casa magnífica! —murmuró; tras lo cual la empujé hacia delante. Cuando entramos en el saloncito, Miss Tita me dijo que ya se las arreglaría, y al mismo momento la pequeña donna pelirroja vino a recibir a su señora. La intención de Miss Tita era evidentemente acostar a su tía cuanto antes. Confieso que, a pesar de esa urgencia, fui culpable de la indiscreción de quedarme rezagado; me retenía allí el pensar que estaba más cerca de los documentos que codiciaba, que probablemente estaban guardados en algún lugar de aquella habitación desvaída e inhospitalaria. El lugar tenía ciertamente una desnudez que no sugería tesoros ocultos; no había rincones oscuros ni esquinas cubiertas por cortinas, ni armarios macizos ni arcas con herrajes de hierro. Por lo demás, era posible, y quizá incluso probable, que la anciana hubiera confiado sus reliquias al dormitorio, a alguna caja deteriorada empujada bajo la cama, al cajón de algún tocador desvencijado, donde estarían al alcance de la vista bajo la tenue lamparilla nocturna. Con todo, escruté cada mueble, cada escondrijo concebible para un tesoro, y noté que había media docena de cosas con cajones y, en particular, un alto secreter antiguo, con adornos de latón de estilo Imperio: un receptáculo algo desvencijado pero todavía capaz de guardar una gran cantidad de secretos. No sé por qué ese mueble me fascinó tanto, ya que ciertamente no tenía ningún propósito definido de forzarlo; pero lo miré con tanta fijeza que Miss Tita se dio cuenta y palideció. El que ella lo hiciera me hizo pensar que tenía razón y que, donde quiera que hubieran estado antes, los papeles de Aspern languidecían en aquel momento detrás del malhumorado cerrojo del secreter. Era difícil apartar los ojos de la opaca fachada de caoba cuando reflexionaba que un simple tablero me separaba del objeto de mis esperanzas; pero me acordé de mi prudencia y con un esfuerzo me despedí de Miss Bordereau. Para hacer el esfuerzo con gracia, le dije que sin duda le traería una opinión sobre el pequeño cuadro.

—¿El pequeño cuadro? —preguntó Miss Tita, sorprendida.

—¿Y qué sabe usted de eso, querida? —exigió saber la anciana—. No se preocupe. He fijado mi precio.

—¿Y cuál puede ser ese precio?

—Mil libras.

—¡Dios mío! —exclamó la pobre Miss Tita de manera irrefrenable.

—¿Es eso de lo que le habla a usted? —dijo Miss Bordereau.

—¡Imagínese que su tía quiera saber eso! —Tuve que separarme de Miss Tita con solo esas palabras, aunque me habría gustado enormemente añadir: «¡Por el amor de Dios, encuéntrase conmigo esta noche en el jardín!»

CAPÍTULO VIII

Resultó que la precaución no había sido necesaria, pues tres horas más tarde, justo cuando acababa de cenar, la sobrina de Miss Bordereau apareció, sin anunciarse, en el umbral abierto de la habitación en que me servían mis frugales comidas. Recuerdo bien que no sentí sorpresa al verla; lo cual no prueba que no creyera en su timidez. Era inmensa, pero en un caso en que había una razón particular para la audacia nunca le habría impedido subir corriendo a mis habitaciones. Vi que en ese momento estaba muy colmada de una razón particular; la impulsaba hacia adelante —me hizo cogerme, cuando me levanté a recibirla, del brazo.

—¡Mi tía está muy enferma; creo que se está muriendo!

—Eso no puede ser —respondí con amargura—. ¡No tenga usted miedo!

—¡Vaya a buscar un médico, se lo ruego, vaya! Olimpia ha ido a llamar al que tenemos siempre, pero no regresa; no sé lo que le ha ocurrido. Le dije que si no estaba en casa lo siguiera adonde hubiera ido; pero al parecer lo está siguiendo por toda Venecia. No sé qué hacer: tiene un aspecto tan de estar hundiéndose...

—¿Puedo verla, puedo juzgar yo mismo? —pregunté—. Desde luego me encantará traer a alguien; ¿pero no sería mejor mandar a mi criado en su lugar, para poder quedarme yo con usted?

Miss Tita asintió a esto y mandé a mi criado a buscar al mejor médico del barrio. Bajé apresuradamente las escaleras con ella, y por el camino me contó que una hora después de que yo los dejara por la tarde, Miss Bordereau había sufrido un ataque de «opresión», una dificultad terrible para respirar. Este había cedido pero la había dejado tan agotada que ella no

subía: parecía haberse apagado del todo. Repetí que no se había apagado, que todavía no se iría; ante lo cual Miss Tita me dirigió una mirada lateral más aguda que ninguna que me hubiera dirigido antes y dijo: —¿Qué quiere usted decir con eso? ¡Supongo que no la acusará de fingir! He olvidado qué contesté a esto, pero reconozco que en mi fuero interno creía a la anciana capaz de cualquier maniobra extravagante. Miss Tita quería saber qué le había hecho yo; su tía le había dicho que yo la había puesto muy furiosa. Declaré que no había hecho nada, que había tenido un cuidado exquisito; a lo cual mi acompañante replicó que Miss Bordereau le había asegurado que habían tenido una escena juntos —una escena que la había trastornado. Respondí con cierto resentimiento que había sido una escena de su propia cosecha, que no encontraba razón para que estuviera furiosa conmigo a menos que fuera por no ver yo la manera de dar mil libras por el retrato de Jeffrey Aspern. —¿Y le enseñó eso a usted? ¡Oh, Dios mío, Dios mío! —gimió Miss Tita, quien parecía sentir que la situación se le escapaba de las manos y que los elementos de su destino se acumulaban a su alrededor. Dije que daría cualquier cosa por poseerlo, pero que no tenía mil libras; y me detuve cuando llegamos a la puerta del cuarto de Miss Bordereau. Sentía una curiosidad inmensa por entrar, pero consideré que era mi deber hacerle ver a Miss Tita que, si yo ponía furiosa a la enferma, quizá habría que ahorrarle el verme. —¿El verle a usted? ¿Cree usted que puede *VER*? —exclamó mi acompañante casi con indignación. Así lo creía yo, pero me abstuve de decirlo, y seguí en silencio a mi conductora.

Recuerdo que lo que le dije mientras estuve un momento junto a la cama de la anciana fue: —¿Nunca le muestra sus ojos entonces? ¿Nunca los ha visto usted? Miss Bordereau había sido despojada de su visera verde, pero (no fue mi fortuna contemplar a Juliana con cofia) la mitad superior de su rostro quedaba cubierta por un paño de muselina sucia y como de encaje, una especie de capuchón improvisado que, enrollado en torno a su cabeza, descendía hasta la punta de la nariz, sin dejar visible más que sus mejillas blancas y marchitas y su boca fruncida, cerrada herméticamente y, por así decirlo, con plena conciencia. Miss Tita me lanzó una mirada de sorpresa, sin ver evidentemente razón para mi impaciencia. —Quiere usted decir que ella siempre lleva algo puesto. Lo hace para preservarlos.

—¿Porque son tan bellos?

— ¡Oh, hoy, hoy! — Y Miss Tita sacudió la cabeza, hablando muy bajo—. ¡Pero en otro tiempo fueron magníficos!

— Así es, en efecto; tenemos la palabra de Aspern para atestiguarlo. — Y al contemplar de nuevo los vendajes de la anciana pude imaginar que ella no había querido dar a la gente razones para decir que el gran poeta había exagerado. Pero no perdí mi tiempo contemplando a Miss Bordereau, en quien la apariencia de respiración era tan leve que sugería que ninguna atención humana podría serle ya de utilidad. Paseé los ojos por toda la habitación, registrando con ellos los armarios, las cómodas, las mesas. Miss Tita los interceptó rápidamente y leyó, creo, lo que había en ellos; pero no respondió a ello, apartándose inquieta y ansiosa, de modo que me sentí reprendido, con razón, por una preocupación que era casi una profanación en presencia de nuestra moribunda compañera. Con todo, lancé otra mirada, tratando de identificar mentalmente el lugar que habría que explorar primero, para quien desease echar mano a los papeles de Miss Bordereau inmediatamente después de su muerte. La habitación era un lamentable caos; parecía el cuarto de una vieja actriz. Había ropa colgada en las sillas, fardos andrajosos de aspecto extraño aquí y allá, y diversas cajas de cartón apiladas, abolladas, abultadas y descoloridas, que podrían haber tenido cincuenta años. Miss Tita, al cabo de un momento, notó de nuevo la dirección de mis ojos y, como si adivinara cómo juzgaba yo el aspecto del lugar (olvidando que yo no tenía ningún derecho a juzgarlo en absoluto), dijo, quizá para defenderse de la imputación de complicidad en semejante desorden:

— Así le gusta a ella; no podemos mover nada. Hay sombreras viejas que ha tenido casi toda su vida. — Luego añadió, compadeciendo a medias mi verdadero pensamiento—: Esas cosas *estaban* allí. — Y señaló un pequeño baúl bajo que había debajo de un sofá, donde apenas cabía. Parecía un cofre extraño y anticuado, de madera pintada, con asas elaboradas y correas rese- cas, y con el color (la última mano de pintura había sido de verde claro) muy desgastado. Evidentemente había viajado con Juliana en los viejos tiempos — en los días de sus aventuras, de los que había sido partícipe. Habría causado extraña impresión llegando a un hotel moderno.

— ¿*Estaban* allí... y ya no están? — pregunté, sobresaltado por la insinuación de Miss Tita.

Iba ella a responder, pero en ese momento entró el médico —el médico que la pequeña criada había ido a buscar y al que había alcanzado por fin. Mi criado, yendo a su propio encargo, se había encontrado con ella, que llevaba al médico consigo, y con el sociable espíritu veneciano, retrocediendo con ellos sobre sus pasos, también había llegado hasta el umbral del cuarto de Miss Bordereau, donde le vi asomando por encima del hombro del médico. Lo aparté con un gesto tanto más apremiante cuanto que la vista de su cara entrometida me recordó que yo mismo tenía casi tan poco que hacer allí —amonestación confirmada por la brusca manera en que el pequeño médico me miró, pareciendo tomarme por un rival que le había ganado el terreno. Era un caballero bajo, gordo y vivo, que llevaba el sombrero de copa de su profesión y parecía mirarlo todo menos a su paciente. Me miró con especial atención, como si se le ocurriera que yo mismo podría mejorar con una dosis, de modo que le hice una inclinación y lo dejé con las mujeres, bajando al jardín a fumar un cigarro. Estaba nervioso; no podía alejarme más; no podía abandonar el lugar. No sé exactamente qué pensé que podía suceder, pero me parecía importante estar allí. Vagué por los senderos —había llegado la cálida noche— fumando cigarro tras cigarro y mirando la luz en las ventanas de Miss Bordereau. Estaban abiertas ahora, podía verlo; la situación era diferente. A veces la luz se movía, pero no con rapidez; no sugería el ajetreo de una crisis. ¿Estaba muriendo la anciana, o ya había muerto? ¿Había dicho el médico que no había nada que hacer a su tremenda edad sino dejarla pasar tranquilamente; o simplemente había anunciado con una expresión un poco más convencional que había llegado el fin del fin? ¿Estaban las otras dos mujeres moviéndose para cumplir con los oficios que siguen en tal caso? Me inquietaba no estar más cerca, como si pensara que el propio médico pudiera llevarse los papeles consigo. Mordí con fuerza el cigarro cuando se me vino de nuevo a la mente que quizá no había ya ningún papel que llevarse.

Vagué durante una hora, durante hora y media. Me asomé en busca de Miss Tita a una de las ventanas, con la vaga idea de que quizá se acercaría allí para darme alguna señal. ¿No vería el extremo rojo de mi cigarro moviéndose en la oscuridad y se daría cuenta de que yo deseaba con urgencia saber lo que había dicho el médico? Me temo que es una prueba de que mis ansiedades me habían embrutecido el hecho de haber dado por supuesto, hasta cierto punto, que a tal hora, en medio del mayor cambio que podía producirse en su vida, esas cosas eran también lo más importante en

la mente de Miss Tita. Mi criado bajó y me habló; no sabía nada, salvo que el médico se había marchado después de una visita de media hora. Si se había quedado media hora, entonces Miss Bordereau seguía con vida: no podría haber tomado tanto tiempo enunciar lo contrario. Mandé al hombre fuera de casa; había momentos en que la sensación de su curiosidad me irritaba, y este era uno de ellos. *Él* había estado observando el extremo de mi cigarro desde una ventana superior, si no lo había hecho Miss Tita; no podía saber en qué andaba yo y yo no podía decírselo, aunque era consciente de que tenía fantasiosas teorías privadas sobre mí que él consideraba ingeniosas y que yo, de haberlas conocido, habría encontrado ofensivas.

Subí al fin, pero no más arriba que la *sala*. La puerta del apartamento de Miss Bordereau estaba abierta, mostrando desde el saloncito la penumbra de una pobre vela. Me acerqué con paso ligero, y en ese mismo momento Miss Tita apareció y se quedó mirándome al verme llegar. —Está mejor, está mejor —dijo, incluso antes de que yo preguntara—. El médico le ha dado algo; ha despertado, ha vuelto en sí mientras él estaba allí. Dice que no hay peligro inmediato.

—¿Ningún peligro inmediato? ¡Seguramente considera extraño su estado!

—Sí, porque se ha agitado. Eso la afecta de manera terrible.

—Entonces volverá a ocurrir, porque ella se agita sola. Lo hizo esta tarde.

—Sí; ya no debe salir más —dijo Miss Tita, con una de sus recaídas en una placidez más profunda.

—¿De qué sirve hacer semejante observación si usted vuelve a agitarla en cuanto ella se lo pida?

—No lo haré, no lo haré más.

—Debe usted aprender a resistírsele —continué.

—Oh, sí, lo haré; lo haré mejor si usted me dice que está bien.

—No debe hacerlo por mí; debe hacerlo por usted misma. Todo recae sobre usted, si tiene miedo.

—Pues ahora no tengo miedo —dijo Miss Tita alegremente—. Está muy tranquila.

—¿Ha recobrado el conocimiento, habla?

—No, no habla, pero me coge la mano. La aprieta fuerte.

—Sí —repliqué—, puedo ver qué fuerza conserva todavía por la manera en que agarró ese retrato esta tarde. Pero si le aprieta la mano a usted, ¿cómo es que está aquí?

Miss Tita vaciló un momento; aunque su rostro estaba en profunda sombra (daba la espalda a la luz del saloncito y yo había dejado mi propia vela lejos, cerca de la puerta de la *sala*), creí verla sonreír con ingenuidad. —He venido adrede; he oído sus pasos.

—Pero si he venido de puntillas, tan sigilosamente como me ha sido posible.

—Pues bien, le he oído —dijo Miss Tita.

—¿Y está su tía sola ahora?

—Oh, no; Olimpia está sentada allí.

Por mi parte, vacilé. —¿Entramos entonces allí? —Y señalé con la cabeza hacia el saloncito; quería cada vez más estar en el lugar.

—No podemos hablar allí; nos oirá.

Estuve a punto de replicar que en ese caso nos quedaríamos en silencio, pero era demasiado consciente de que eso no serviría, pues había algo que deseaba preguntarle con urgencia. Así que propuse que diéramos un paseo por la *sala*, manteniéndonos más hacia el otro extremo, donde no molestaríamos a la anciana. Miss Tita asintió sin condiciones; el médico vendría de nuevo, dijo, y ella estaría allí para recibirle en la puerta. Paseamos por el magnífico y superfluo salón, donde en el suelo de mármol —sobre todo porque al principio no dijimos nada— nuestros pasos resonaban más de lo que yo había esperado. Cuando llegamos al otro extremo —la amplia ventana, invariablemente cerrada, que comunicaba con el balcón que dominaba el canal— sugerí que nos quedáramos allí, ya que ella podría ver llegar al médico aún mejor. Abrí la ventana y salimos al balcón. El aire del canal parecía aún más pesado, más caliente que el de la *sala*. El lugar estaba silencioso y vacío; el tranquilo vecindario se había dormido. Una lámpara, aquí y allá, sobre la estrecha agua negra, brillaba en doble reflejo; la voz de un hombre que volvía a casa cantando, con la chaqueta al hombro y el som-

brero echado sobre la oreja, llegó a nosotros desde lejos. Ello no impedía que la escena fuera muy *comme il faut*, como lo había llamado Miss Bordereau la primera vez que la vi. Al poco rato una góndola pasó a lo largo del canal con su lento y rítmico chapoteo, y mientras la escuchábamos la contemplamos en silencio. No se detuvo, no traía al médico; y después de que pasara dije a Miss Tita:

—¿Y dónde están ahora, las cosas que había en el baúl?

—¿En el baúl?

—Ese cofre verde que usted me señaló en su cuarto. Dijo que los papeles habían estado allí; me pareció insinuar que los había trasladado.

—Oh, sí; no están en el baúl —dijo Miss Tita.

—¿Puedo preguntarle si lo ha mirado?

—Sí, lo he mirado... por usted.

—¿Cómo, por mí, querida Miss Tita? ¿Quiere decir que me los habría dado si los hubiera encontrado? —pregunté, casi temblando.

Tardó en responder y yo esperé. De pronto exclamó: —¡No sé lo que haría... lo que no haría!

—¿Volvería a mirar... en algún otro sitio?

Había hablado con una emoción extraña e inesperada, y continuó en el mismo tono: —No puedo... no puedo... mientras ella está ahí tendida. No sería decente.

—No, no sería decente —repliqué gravemente—. Que descanse en paz la pobre señora. —Y las palabras, en mis labios, no eran hipócritas, pues me sentía reprendido y avergonzado.

Miss Tita añadió al cabo de un momento, como si lo hubiera adivinado y lo sintiera por mí, pero al mismo tiempo deseara explicar que yo la empujaba a ello o al menos insistía demasiado: —No puedo engañarla de esa manera. No puedo engañarla... quizá en su lecho de muerte.

—¡No permita el cielo que yo se lo pida, aunque yo mismo he sido culpable!

—¿Usted ha sido culpable?

—He navegado bajo pabellón falso. —Sentí en ese momento que debía decirle que le había dado un nombre inventado, por temor a que su tía hubiera oído hablar de mí y se negara a admitirme. Le expliqué esto, y también que había sido en realidad parte de la carta que John Cumnor les había escrito meses antes.

Escuchó con gran atención, mirándome con los labios entreabiertos, y cuando hice mi confesión dijo: —Entonces su verdadero nombre... ¿cuál es? —Lo repitió dos veces cuando se lo dije, acompañándolo de la exclamación: «¡Dios mío, Dios mío!». Luego añadió: —Me gusta más el suyo propio.

—A mí también —dije riendo—. ¡Uf! Es un alivio quitarme de encima el otro.

—¿De modo que era un complot en toda regla..., una especie de conspiración?

—Oh, una conspiración... solo éramos dos —repliqué, dejando fuera a Mrs. Prest, naturalmente.

Vaciló; pensé que quizá iba a decir que habíamos sido muy ruines. Pero observó al cabo de un momento, con un tono cándido y asombrado: — ¡Cuánto debe de desearlos usted!

—¡Oh, sí, apasionadamente! —concedí, sonriendo. Y esta oportunidad me animó a continuar, olvidando el remordimiento de un momento antes—. ¿Cómo puede haber cambiado ella sola los papeles de sitio? ¿Cómo puede andar? ¿Cómo puede llegar a ese tipo de esfuerzo muscular? ¿Cómo puede levantar y transportar cosas?

—¡Oh, cuando se quiere y cuando se tiene tanta voluntad! —dijo Miss Tita, como si ya hubiera meditado ella misma sobre mi pregunta y simplemente no hubiera tenido más remedio que esa respuesta —la idea de que en el silencio de la noche, o en algún momento en que el camino estaba despejado, la anciana había sido capaz de un esfuerzo milagroso.

—¿Ha preguntado a Olimpia? ¿No la habrá ayudado... no lo habrá hecho por ella? —preguté; a lo cual Miss Tita replicó pronta y rotundamente que su criada no había tenido nada que ver con el asunto, aunque sin admitir definitivamente que hubiera hablado con ella. Era como si sintiera un poco de vergüenza ahora, un poco de rubor de dejarme ver hasta qué punto había he-

cho suyos mis desvelos y me tenía en su mente. De pronto me dijo, sin ninguna relación inmediata:

—Me parece que usted es una persona nueva, ahora que tiene un nombre nuevo.

—No es nuevo; es uno muy bueno y muy antiguo, gracias a Dios.

Me miró un momento. —Sí que me gusta más.

—¡Oh, si no le gustara estaría casi dispuesto a seguir con el otro!

—¿De verdad?

Volví a reír, pero como toda respuesta a esta pregunta dije: —Claro que si ella puede rebuscar de esa manera, perfectamente puede haberlos quemado.

—Debe usted esperar, debe esperar —moralizó Miss Tita lúgubrementemente; y su tono contribuyó bien poco a mi paciencia, pues parecía en definitiva aceptar esa mísera posibilidad. Me enseñaría a esperar, declararé no obstante; porque en primer lugar no podía hacer otra cosa y en segundo tenía su promesa, que me había dado la otra noche, de que me ayudaría.

—Claro que si los papeles han desaparecido eso no sirve de nada —dijo; no como si quisiera echarse atrás, sino solo para ser escrupulosa.

—Naturalmente. ¡Pero si pudiera usted averiguarlo! —gemí, volviendo a estremecerme.

—Creía que usted decía que esperaría.

—Oh, ¿quiere decir esperar incluso para eso?

—¿Para qué entonces?

—Oh, nada —repliqué, algo torpemente, avergonzado de decirle lo que estaba implícito en mi aceptación del aplazamiento —la idea de que ella haría algo más que simplemente averiguarlo. No sé si lo adivinó; en todo caso, pareció darse cuenta de la necesidad de mostrarse un poco más firme.

—No prometí engañar, ¿verdad? No creo que lo hiciera.

—No importa mucho que lo hiciera o no, ¡porque no podría usted!

No creo que Miss Tita hubiera rebatido esto de no haber sido distraída por la vista de la góndola del médico que se adentraba en el pequeño canal

y se acercaba a la casa. Noté que venía tan deprisa como si creyera que Miss Bordereau seguía en peligro. Le miramos desde arriba mientras desembarcaba y luego volvimos a la *sala* para recibirle. Cuando subió, sin embargo, dejé naturalmente a Miss Tita que se fuera con él a solas, pidiéndole únicamente permiso para volver más tarde a saber noticias.

Salí de la casa y di un largo paseo hasta la plaza de San Marcos, donde mi inquietud se negó a abandonarme. Me era imposible sentarme (era ya muy tarde, pero aún había gente en las mesitas frente a los cafés); solo podía ir dando vueltas, y lo hice media docena de veces. Estaba incómodo, pero me producía cierto placer haberle dicho a Miss Tita quién era yo realmente. Por fin emprendí el camino de vuelta a casa, perdiéndome poco a poco casi irremediabilmente, como me ocurría siempre que salía por Venecia: de modo que eran bastante más de la medianoche cuando llegué a mi puerta. La *sala*, arriba, estaba tan oscura como de costumbre y mi lámpara, al cruzarla, no encontró nada satisfactorio que mostrarme. Me sentí decepcionado, pues le había notificado a Miss Tita que volvería a buscar noticias, y pensé que quizá habría dejado allí una luz como señal. La puerta del apartamento de las señoras estaba cerrada; lo cual parecía indicar que mi vacilante amiga se había acostado, cansada de esperarme. Me quedé en el centro del lugar, cavilando, esperando que me oyera y quizá se asomara, diciéndome a mí mismo también que ella nunca se iría a la cama con su tía en un estado tan crítico; se quedaría velando —estaría sentada en una silla, en bata. Me acerqué a la puerta; me detuve allí y escuché. No oí absolutamente nada y al fin llamé suavemente. No vino ninguna respuesta y al cabo de otro minuto giré el pomo. No había luz en la habitación; esto debería haberme impedido entrar, pero no tuvo tal efecto. Si he narrado con sinceridad las importunidades, las indelicadezas de las que mi deseo de apoderarme de los papeles de Jeffrey Aspern me había hecho capaz, no necesito vacilar para confesar esta última indiscreción. Creo que fue lo peor que hice; aunque había circunstancias atenuantes. Estaba profundamente, aunque sin duda no de manera desinteresada, ansioso por noticias de la anciana, y Miss Tita había aceptado de mí, por así decirlo, una cita que quizá habría sido para mí una cuestión de honor cumplir. Podría decirse que el hecho de dejar el lugar a oscuras era una señal clara de que me eximía del compromiso, y a esto solo puedo responder que yo no deseaba ser eximido.

La puerta del cuarto de Miss Bordereau estaba abierta y podía ver al otro lado el tenue resplandor de una vela. No había ningún ruido: mis pasos no hicieron moverse a nadie. Me adentré más en la habitación; me detuve allí con la lámpara en la mano. Quería dar a Miss Tita la oportunidad de venir a mí si estaba con su tía, como debía de ser. No hice ruido para llamarla; solo esperé a ver si no notaría mi luz. No la notó, y expliqué esto (comprobé después que tenía razón) con la idea de que se había quedado dormida. Si se había dormido, su tía no estaba en su mente, y mi explicación debería haberme llevado a salir como había entrado. Debo repetir de nuevo que no lo hizo, pues me encontré al mismo tiempo pensando en otra cosa. No tenía ningún propósito definido, ninguna mala intención, pero me sentía retenido en el lugar por una aguda, aunque absurda, sensación de oportunidad. Para qué, no habría podido decirlo, pues no se me ocurría que pudiera cometer un robo. Aunque se me hubiera ocurrido, me enfrentaba al hecho evidente de que Miss Bordereau no dejaba abiertos de par en par su secreter, su armario y los cajones de sus mesas. No tenía llaves, ni herramientas, ni ambición de destrozar sus muebles. No obstante, se me ocurrió que en ese momento me hallaba, quizá solo, sin ser molestado, en la hora de la tentación y el secreto, más cerca del tesoro atormentador que nunca. Levanté la lámpara, dejé que la luz jugara sobre los diferentes objetos como si pudieran decirme algo. Del otro cuarto no llegaba ningún movimiento. Si Miss Tita dormía, dormía profundamente. ¿Lo hacía —generosa criatura— adrede para dejarme el campo libre? ¿Sabía que yo estaba allí y se callaba simplemente para ver qué haría yo —qué *podría* hacer yo? ¿Pero qué podía hacer yo, llegado el caso? Ella misma sabía aun mejor que yo cuán poco.

Me detuve frente al secreter, mirándolo con suma estupidez; pues ¿qué tenía que decirme, después de todo? En primer lugar, estaba cerrado con llave, y en segundo lugar, casi con certeza no contenía nada que me interesara. Las probabilidades eran de diez a uno de que los papeles hubieran sido destruidos; e incluso si no hubieran sido destruidos, la anciana no los habría puesto en un lugar como ese después de sacarlos del baúl verde —no los habría trasladado, si tenía en la mente la idea de su seguridad, del mejor escondite al peor. El secreter era más visible, más accesible en un cuarto en el que ella ya no podía montar guardia. Se abría con llave, pero había también un pequeño tirador de latón, como un botón; vi esto al pasar la lámpara sobre él. En ese momento hice algo más que eso: vislumbré la posibilidad de que Miss Tita quisiera que yo lo comprendiera de verdad. Si no quisiera que

yo lo comprendiera, si quisiera que me mantuviera alejado, ¿por qué no había cerrado con llave la puerta de comunicación entre el saloncito y la *sala*? Eso habría sido una señal inequívoca de que debía dejarlas en paz. Si no las dejaba en paz, era que ella quería que yo viniera con un propósito — un propósito indicado ahora por la rápida y fantástica idea de que, para complacerme, había abierto el secreter. No había dejado la llave, pero la tapa probablemente se movería si tocaba el botón. Esta teoría me fascinó, y me incliné muy cerca para comprobarlo. No me proponía hacer nada, ni siquiera —ni en lo más mínimo— bajar la tapa; solo quería poner a prueba mi teoría, ver si la cubierta *se movería*. Toqué el botón con la mano —un simple toque me lo diría; y al hacerlo (me resulta embarazoso contarlo), miré por encima del hombro. Fue un azar, un instinto, pues no había oído nada. Estuve a punto de dejar caer mi farol y sin duda retrocedí, irguiéndome ante lo que vi. Miss Bordereau estaba allí en camión, en el umbral de su cuarto, mirándome; sus manos estaban levantadas, había alzado la eterna cortina que cubría la mitad de su rostro, y por primera, última y única vez contemplé sus extraordinarios ojos. Me miraron fijamente, me llenaron de terrible vergüenza. Jamás olvidaré su extraña figurita blanca, encorvada y tambaleante, con la cabeza erguida, su actitud, su expresión; ni tampoco olvidaré el tono con que, al volverme yo a mirarla, siseó apasionada y furiosa:

— ¡Ah, mísero editor sin escrúpulos!

No sé lo que balbucí, para disculparme, para explicarme; pero me acerqué a ella, para decirle que no tenía malas intenciones. Me alejó con sus viejas manos, retrocediendo ante mí horrorizada; y lo siguiente que supe fue que había caído de espaldas con un espasmo repentino, como si la muerte hubiera descendido sobre ella, en los brazos de Miss Tita.

CAPÍTULO IX

Abandoné Venecia a la mañana siguiente, en cuanto supe que la anciana no había sucumbido, como temí en aquel momento, al impacto que yo le había causado —el impacto que, cabe decir, ella también me había causado a mí. ¿Cómo diablos había podido suponerla capaz de levantarse de la cama por sí sola? No logré ver a Miss Tita antes de partir; solo vi a la donna, a quien encomendé una nota para su joven señora. En esa nota mencionaba que estaría ausente tan solo unos días. Fui a Treviso, a Bassano, a Castelfranco; di paseos y excursiones en coche, contemplé viejas iglesias mohosas con cuadros mal iluminados y pasé horas sentado fumando a las puertas de los cafés, donde había moscas y cortinas amarillas, en el lado umbrío de plazuelas soñolientas. A pesar de estos entretenimientos, que eran mecánicos y perfunctorios, disfruté poco del viaje: había en mi vida un sabor demasiado amargo de lo desagradable. Había sido endiabladamente embarazoso, como dicen los jóvenes, que Miss Bordereau me sorprendiera en plena noche examinando el secreter; y no lo había sido menos el tener que creer durante buen número de horas que era muy probable que la hubiera matado. Al escribir a Miss Tita intenté restar importancia a estas irregularidades; pero como ella no me respondió con una sola palabra, no pude saber qué impresión le había causado. Me escocía en el ánimo haber sido llamado editor sin escrúpulos, pues desde luego yo publicaba y desde luego no había sido muy delicado. Hubo un momento en que llegué al convencimiento de que la única manera de reparar esa última falta era marcharme de allí de inmediato y para siempre; sacrificar mis esperanzas y librar a las dos pobres mujeres de la opresión de mi trato. Luego reflexioné que más valía intentar primero una breve ausencia, pues ya debía de tener yo (de forma vaga e inexpresada) la intuición de que, al desaparecer del todo, no serían solo mis propias esperanzas las que condenaría a la extinción. Quizá bastase con que

me quedase ausente el tiempo suficiente para dar a la dama mayor la sensación de haberse librado de mí. Que ella deseara librarse de mí a partir de entonces (si no me libraba yo de ella) era algo que ya no cabía dudar: aquella escena nocturna la habría curado de la disposición a tolerar mi compañía a cambio de mis dólares. Me decía a mí mismo que, después de todo, no podía abandonar a Miss Tita, y seguí diciéndomelo incluso mientras observaba que ella no cumplía en absoluto mi vehemente ruego (le había dado dos o tres señas, en pequeñas poblaciones, en lista de correos) de que me comunicara cómo estaba. Habría encargado a mi criado que me escribiese de no ser por que le resultaba imposible manejar una pluma. Se me ocurrió que había una especie de desdén en el silencio de Miss Tita (por poco desdeñosa que ella hubiera sido siempre), de suerte que me sentía incómodo y resentido. Tenía escrúpulos acerca de volver, y sin embargo los tenía también acerca de no hacerlo, pues quería situarme en una posición más digna. El caso es que regresé a Venecia al duodécimo día; y cuando mi góndola se deslizó suavemente hasta rozar los escalones de Miss Bordereau, cierta palpitación de zozobra me reveló que me había infligido una violencia al haber aguardado tanto.

Me había marchado con tal precipitación que no había enviado un telegrama a mi criado. No estaba, por tanto, en la estación para recibirme, aunque asomó la cabeza por una ventana del piso superior cuando llegué a la casa. —La han puesto bajo tierra, la vecchia —me dijo en el vestíbulo de abajo, mientras cargaba con mi maleta; y sonrió con cierta complicidad, casi guiñando un ojo, como si supiera que la noticia me complacería.

—¡Ha muerto! —exclamé, mirándole de manera muy distinta.

—Eso parece, puesto que la han enterrado.

—¿Ha pasado todo ya? ¿Cuándo fue el entierro?

—El otro día. Aunque no podría llamárselo un entierro propiamente dicho, signore; fue un triste y pequeño cortejo de dos góndolas. ¡Poveretta! —prosiguió el hombre, refiriéndose, al parecer, a Miss Tita. Su concepción de los funerales era, por lo visto, que existían sobre todo para entretener a los vivos.

Quería saber acerca de Miss Tita —cómo estaba y dónde estaba—, pero no le hice más preguntas hasta que subimos arriba. Ahora que el hecho me

había salido al encuentro, lo veía con pesimismo, y en particular la idea de que la pobre Miss Tita hubiera tenido que arreglárselas sola tras el desenlace. ¿Qué sabía ella de los trámites, de los pasos que dar en tal circunstancia? ¡Poveretta, en verdad! Solo podía confiar en que el médico le hubiera prestado ayuda y en que no la hubieran abandonado los viejos amigos de quienes me había hablado, ese pequeño grupo de fieles cuya fidelidad consistía en acudir a la casa una vez al año. De mi criado logré sonsacar que dos ancianas y un anciano caballero se habían congregado en efecto en torno a Miss Tita y la habían acompañado (habían venido a buscarla en una góndola propia) durante el trayecto al cementerio, la pequeña isla de muros rojos y tumbas que se extiende al norte de la ciudad, camino de Murano. De tales circunstancias se desprendía que las Bordereau eran católicas, un descubrimiento que yo nunca había hecho, dado que la anciana no podía ir a la iglesia y la sobrina, según lo que yo percibía, o bien no iba o bien acudía solo a la misa de alba en la parroquia, antes de que yo estuviese levantado. Desde luego, incluso los sacerdotes respetaban su reclusión; nunca había sorprendido el vuelo de la sotana del *curato*. Aquella tarde, una hora más tarde, mandé a mi criado a la planta baja con cinco palabras escritas en una tarjeta, para preguntar a Miss Tita si me recibiría un momento. No estaba en la casa, donde él la había buscado, sino en el jardín, paseando para refrescarse y cogiendo flores. Allí la había encontrado y ella estaría muy contenta de verme.

Bajé y pasé media hora con la pobre Miss Tita. Siempre había tenido un aire de luto añejo (como si se pusiera una y otra vez viejos ropajes de pena que jamás llegaban a gastarse del todo), y en este aspecto no había apreciado cambio alguno en su apariencia. Pero era evidente que había llorado, que había llorado mucho —de manera sencilla, satisfactoria, reconfortante, con una especie de sentido primitivo y tardío de la soledad y de la violencia. Carecía, sin embargo, de todo formalismo y de toda afectación propios del duelo, y casi me sorprendió verla allí, en la primera penumbra del anochecer, con las manos llenas de flores, sonriéndome con los ojos enrojecidos. Su rostro blanco, enmarcado por la mantilla, parecía más largo, más enjuto que de costumbre. Había pensado que estaría bastante disgustada conmigo —que consideraría que yo debería haber estado allí para aconsejarla, para ayudarla; y, aunque estaba seguro de que no había en ella ningún rencor ni un gran convencimiento de la importancia de sus propios asuntos, me había preparado para un cambio en su actitud, para algún leve gesto de

reproche, a medias familiar y a medias distante, que le dijera a mi conciencia: «Vaya, bonita persona para haber prometido tantas cosas». Pero la verdad histórica me obliga a declarar que el semblante de Tita Bordereau expresó un placer sin reservas al ver al que hasta entonces había sido huésped de su difunta tía. Aquello le llegó hondamente, y le pareció que simplificaba su situación hasta que comprobó que no era así. Aquella tarde fui tan amable con ella como supe serlo, y la acompañé por el jardín durante media hora. No hubo entre nosotros ningún tipo de explicación; no le pregunté por qué no había respondido a mi carta. Y menos aún repetí lo que le había dicho en aquella comunicación; si ella optaba por hacerme suponer que había olvidado la posición en que Miss Bordereau me había sorprendido aquella noche y el efecto que el descubrimiento causó en la anciana, yo estaba muy dispuesto a tomarlo así: le agradecía que no me tratara como si yo hubiera matado a su tía.

Paseamos y paseamos, y entre nosotros apenas pasó nada que no fuera el reconocimiento de su duelo, transmitido por mi actitud y por un aire visible que tenía ella de depender ahora de mí, desde que le dejé ver que me interesaba por ella. Miss Tita carecía del orgullo que lleva a alguien a querer aparentar independencia; ni por un instante fingió saber lo que sería de ella en ese momento. Me abstuve, sin embargo, de tocar ese asunto en particular, pues desde luego no estaba preparado para decir que me haría cargo de ella. Era prudente; no ignoblemente, creo yo, pues sentía que su conocimiento de la vida era tan escaso que, en su visión no sofisticada, no encontraría razón alguna por la que —dado que yo parecía compadecerla— no debería velar por ella. Me contó cómo había muerto su tía, con gran serenidad al final, y cómo todo se había hecho gracias a los desvelos de sus buenos amigos (por suerte, gracias a mí, dijo sonriendo, había dinero en la casa; y repitió que cuando una vez los italianos te toman cariño son tus amigos de por vida); y cuando hubimos tratado eso, ella me preguntó por mi giro, por mis impresiones, por los lugares que había visitado. Le conté lo que pude, inventándomelo en parte, me temo, pues en mi abatimiento había visto poco; y tras escucharme exclamó, casi como si hubiera olvidado a su tía y a su pena: «¡Ay, ay, cuánto me gustaría hacer esas cosas, hacer un pequeño viaje!». Por un momento se me pasó por la cabeza que debería proponerle alguna excursión, decirle que la llevaría adonde le apeteciese; y observé, en todo caso, que podría organizarse alguna salida —para distraerla—: lo pensaríamos, lo hablaríamos. No le dije ni una palabra acerca de los

papeles de Aspern; no le hice ninguna pregunta sobre lo que hubiera averiguado o sobre lo que hubiera sucedido al respecto antes de la muerte de Miss Bordereau. No era que no estuviese en ascuas por saberlo, sino que pensé que sería más decoroso no traicionar mi ansiedad tan pronto después de la catástrofe. Esperaba que ella dijera algo, pero en ningún momento miró hacia ese lado, y en aquel momento me pareció natural. Más tarde, sin embargo, aquella noche, se me ocurrió que su silencio era un tanto extraño; pues si había hablado de mis movimientos, de algo tan trivial como el Giorgione de Castelfranco, bien podría haber aludido a lo que con toda facilidad debía de recordar que me preocupaba. No era imaginable que la emoción producida por la muerte de su tía hubiera borrado el recuerdo de que yo estaba interesado en las reliquias de aquella dama, y me intranquilicé después al ocurrírseme que su reserva podría significar muy bien, sencillamente, que no se había encontrado nada. Nos despedimos en el jardín (fue ella quien dijo que tenía que entrar); ahora que estaba sola en las habitaciones, sentía que (juzgado, al menos, desde el punto de vista veneciano) me hallaba en una situación algo diferente respecto a visitarla allí. Al estrecharle la mano para darle las buenas noches, le pregunté si tenía algún plan general —si había pensado en lo que debería hacer. «Oh, sí, oh, sí, pero aún no he decidido nada», respondió con toda jovialidad. ¿Explicaba su jovialidad la impresión de que sería yo quien decidiría por ella?

Me alegré a la mañana siguiente de que hubiéramos descuidado las cuestiones prácticas, pues eso me daba un pretexto para volver a verla de inmediato. Había un asunto muy práctico que abordar. Le debía hacer saber formalmente que por supuesto no esperaba que me mantuviera como huésped, y también interesarme por su propia situación como arrendataria, por lo que pudiera tener entre manos en cuanto al arrendamiento. Pero no estaba destinado, según resultó, a conversar con ella más que un instante sobre ninguno de esos dos puntos. No le envié ningún mensaje; simplemente bajé a la sala y me puse a pasear arriba y abajo. Sabía que aparecería; muy pronto descubriría que yo estaba allí. Por alguna razón prefería no estar encerrado con ella; los jardines y las grandes salas me parecían mejores lugares para hablar. Era una mañana espléndida, con algo en el aire que anunciaba el declive del largo verano veneciano; una frescura llegada del mar que agitaba las flores del jardín y creaba una corriente agradable en la casa, menos cerrada y a oscuras ahora que cuando la anciana vivía. Era el comienzo del otoño, del final de los meses dorados. Con ello era también el

fin de mi experimento —o lo sería en el transcurso de media hora, cuando supiera verdaderamente que los papeles habían sido reducidos a cenizas. Después de eso no me quedaría nada más que hacer sino ir a la estación; pues en serio (y tal como se me presentaba a la luz de la mañana) no podía quedarme allí haciéndome cargo de una criatura de mediana edad indefensa. Si ella no había salvado los papeles, ¿en qué le estaría yo en deuda? Creo que me encogí un poco al preguntarme cuánto, si *los hubiera* salvado, tendría que reconocer, y por así decir recompensar, una cortesía así. ¿No podría esa circunstancia, después de todo, cargarme con una tutela? Si esa idea no me inquietó más mientras paseaba arriba y abajo, fue porque estaba convencido de que no tenía nada que esperar. Si la anciana no lo había destruido todo antes de lanzarse sobre mí en el salón, lo habría hecho después.

Miss Tita tardó bastante más de lo que yo esperaba en adivinar que estaba allí; pero cuando por fin salió, me miró sin sorpresa. Le dije que la había estado esperando, y ella me preguntó por qué no le había avisado. Me alegré al día siguiente de haberme contenido antes de observar que había querido comprobar si una intuición amigable no se lo indicaría: fue una satisfacción para mí no haber cedido a aquel chiste un tanto tierno. Lo que dije fue, en el fondo, la verdad: que estaba demasiado nervioso, dado que esperaba que ella decidiera ahora mi destino.

—¿Su destino? —dijo Miss Tita, con una mirada extraña; y al hablar, noté en ella un cambio singular. Era diferente de la víspera: menos natural, menos serena. Había llorado el día anterior y ya no lloraba, y sin embargo me parecía menos segura de sí misma. Era como si algo le hubiera ocurrido durante la noche, o al menos como si hubiera pensado en algo que la inquietaba —algo en particular que afectaba a sus relaciones conmigo, las hacía más embarazosas y complicadas. ¿Había comprendido simplemente que la ausencia de su tía alteraba ahora mi posición?

—Me refiero a lo que tiene que ver con los papeles. ¿*Los* hay? Ahora debe de saberlo usted.

—Sí, los hay, y muchos; más de lo que suponía. —Me llamó la atención cómo le temblaba la voz al decirme esto.

—¿Quiere usted decir que los tiene ahí dentro y que puedo verlos?

—No creo que pueda verlos —dijo Miss Tita con una expresión extraordinaria de súplica en los ojos, como si la esperanza más querida que albergaba en el mundo fuese ahora que yo no se los tomara. Pero ¿cómo podía esperar que yo hiciera semejante sacrificio después de todo lo que había mediado entre nosotros? ¿A qué había vuelto yo a Venecia sino a verlos, a tomarlos? Mi alegría al saber que aún existían era tal que si la pobre mujer se hubiera puesto de rodillas para suplicarme que no volviera a mencionarlos jamás, habría tomado esa actitud por una mala broma. —Los tengo, pero no puedo mostrarlos —añadió.

—¿Ni siquiera a mí? ¡Ay, Miss Tita! —gemí con voz de infinita protesta y reproche.

Ella enrojeció, y las lágrimas volvieron a sus ojos; vi que le costaba una especie de angustia adoptar tal postura, pero que una terrible conciencia del deber había descendido sobre ella. Me pareció de lo más penoso encontrarme ante ese obstáculo en particular; tanto más cuanto que me parecía que me habían animado en extremo a no tenerlo en cuenta. Casi me figuraba que Miss Tita me había asegurado que si no tenía un impedimento mayor que ese... —¿No irá usted a decirme que le hizo una promesa en su lecho de muerte? Precisamente contra que hiciera usted algo así creía yo estar a salvo. ¿Preferiría que hubiera quemado los papeles antes que eso!

—No, no es una promesa —dijo Miss Tita.

—¿Y qué es entonces, si puede saberse?

Ella vaciló, y luego dijo: —Ella intentó quemarlos, pero yo lo impedí. Los había escondido en su cama.

—¿En su cama?

—Entre los colchones. Allí los puso cuando los sacó del baúl. No alcanzo a entender cómo lo hizo, porque Olimpia no la ayudó. Ella me lo dice, y la creo. Mi tía solo se lo dijo después, para que no tocara la cama —nada más que las sábanas. De modo que estaba mal hecha —añadió Miss Tita con sencillez.

—¿Ya lo creo! ¿Y cómo intentó quemarlos?

—No lo intentó mucho; estaba demasiado débil, esos últimos días. Pero me lo dijo —me lo encomendó. ¡Oh, fue terrible! Ya no podía hablar de-

spués de aquella noche; solo podía hacer señas.

—¿Y qué hizo usted?

—Me los llevé. Los guardé bajo llave.

—¿En el secreter?

—Sí, en el secreter —dijo Miss Tita, sonrojándose de nuevo.

—¿Le dijo usted que los quemaría?

—No, no se lo dije —a propósito.

—¿Para complacerme?

—Sí, solo por eso.

—¿Y de qué le habrá servido si, después de todo, no quiere mostrarlos?

—Oh, de nada; lo sé, lo sé.

—¿Y creyó ella que los había destruido?

—No sé lo que ella creyó al final. No podía saberse —estaba demasiado ida.

—Entonces, si no hay promesa ni compromiso, no veo qué la ata a usted.

—Oh, ¡cuánto lo odiaba, cuánto lo odiaba! Era muy celosa de ellos. Pero aquí tiene el retrato —puede quedarse con él —anunció Miss Tita, sacando el pequeño cuadro del bolsillo, envuelto de la misma manera en que lo había envuelto su tía.

—Quedármelo —¿quiere decir que me lo regala? —pregunté, mirándolo fijamente mientras pasaba a mis manos.

—Oh, sí.

—Pero vale dinero, una suma considerable.

—¡Bien! —dijo Miss Tita, con su extraña expresión de siempre.

No sabía qué pensar de ello, pues difícilmente podía significar que quisiera regatear como su tía. Hablaba como si deseara hacerme un regalo.

—No puedo aceptarlo de usted como donación —dije—, y tampoco puedo permitirme pagárselo según las ideas que tenía Miss Bordereau sobre su valor. Ella lo tasó en mil libras.

—¿No podríamos venderlo? —preguntó Miss Tita.

—¡Dios me libre! Prefiero el cuadro al dinero.

—Pues quédeselo entonces.

—Es usted muy generosa.

—Y usted también.

—No sé por qué lo piensa —respondí; y era una respuesta sincera, pues la singular criatura parecía tener en mente alguna referencia muy sutil que yo no captaba en absoluto.

—Bueno, es que usted ha supuesto un gran cambio para mí —dijo Miss Tita.

Miré el rostro de Jeffrey Aspern en el pequeño cuadro, en parte para no mirar el de mi interlocutora, que había empezado a turbarme, incluso a asustarme un poco —tan consciente de sí misma parecía, tan poco natural. No respondí a esa última declaración; solo consulté en privado los deliciosos ojos de Jeffrey Aspern con los míos (tan jóvenes y brillantes eran, y sin embargo tan sabios, tan llenos de visión); le pregunté qué demonios le ocurría a Miss Tita. Él pareció sonreírme con burlona cordialidad, como si le divirtiera mi situación. Me había metido en un aprieto por su culpa — ¡como si él lo necesitara! Fue decepcionante por un momento —el único desde que lo conocía. Sin embargo, ahora que sostenía el pequeño cuadro en la mano, sentí que sería una posesión preciosa. —¿Es esto un soborno para que renuncie a los papeles? —demandé al cabo de un instante, con cierta perversidad—. Por mucho que lo valore, si me viera obligado a elegir, los papeles serían lo que preferiría. ¡Ay, pero con mucho!

—¿Cómo puede usted elegir, cómo puede elegir? —preguntó Miss Tita, lenta, lamentablemente.

—¡Ya veo! Claro que no hay nada que decir si usted considera que la prohibición que pesa sobre usted es absolutamente insuperable. En ese caso, debe de parecerle que desprenderse de ellos sería una impiedad de la peor especie, ¡un auténtico sacrilegio!

Miss Tita sacudió la cabeza, embargada por su pena. —Lo entendería si la hubiera usted conocido. Me temo —titubeó de pronto—, ¡me temo! Era terrible cuando se enfadaba.

—Sí, algo de eso vi aquella noche. Era terrible. Entonces vi sus ojos. ¡Señor, qué ojos tan extraordinarios!

—¡Los veo —me miran fijamente en la oscuridad! —dijo Miss Tita.

—Está usted nerviosa, con todo lo que ha pasado.

—Oh, sí, mucho, ¡muchísimo!

—No hay que darle importancia; eso pasará —dijo amablemente. Y añadí entonces, con resignación, pues en verdad me parecía que debía aceptar la situación—: Bueno, así son las cosas, y no tiene remedio. Tendré que renunciar. —Miss Tita, al oír esto, me miró y lanzó un gemido suave y quedo, y yo proseguí—: Solo desearía que los hubiera destruido; así no habría nada más que decir. Y no acierto a entender por qué no lo hizo, con las ideas que tenía.

—¡Oh, ella vivía de ellos! —dijo Miss Tita.

—Puede imaginar si eso hace que desee verlos menos —respondí, sonriendo—. Pero no me deje aquí plantado como si tuviera en el alma la tentación de inducirla a hacer algo vergonzoso. Naturalmente entenderá que, si renuncio, dejo mis habitaciones. Me marchó de Venecia inmediatamente. —Y cogí el sombrero, que había dejado en una silla. Seguíamos allí, un tanto incómodos, de pie en medio de la sala. Ella había dejado abierta la puerta de las habitaciones a su espalda, pero no me había llevado por ese camino.

Una especie de espasmo cruzó su rostro al verme coger el sombrero. —¿Inmediatamente —quiere decir hoy? —El tono de esas palabras era trágico: era un grito de desolación.

—Oh, no; no mientras pueda serle de la menor utilidad.

—Bueno, solo unos días más —dos o tres días nada más —jadeó. Y luego, controlándose, añadió en otro tono—: Ella quería decirme algo —el último día— algo muy particular, pero no pudo.

—¿Algo muy particular?

—Algo más sobre los papeles.

—¿Y lo adivinó usted? ¿Tiene alguna idea?

—No, he pensado, pero no sé. He pensado en todo tipo de cosas.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, que si usted fuera un pariente, sería diferente.

—¿Si yo fuera un pariente?

—Si usted no fuera un extraño. Entonces sería lo mismo para usted que para mí. Todo lo que es mío sería suyo, y usted podría hacer lo que quisiera. No podría impedirselo, y usted no tendría ninguna responsabilidad.

Ella soltó esta extravagante explicación con una pequeña precipitación nerviosa, como si estuviera pronunciando palabras que había aprendido de memoria. Me produjeron una impresión de sutileza y al principio no la seguí. Pero al cabo de un momento su rostro me ayudó a ver más lejos, y entonces una luz se encendió en mi mente. Era embarazoso, y agaché la cabeza sobre el retrato de Jeffrey Aspern. ¡Qué expresión tan extraña había en su cara! —¡Sálvate como puedas, amigo mío! Guardé el cuadro en el bolsillo del abrigo y le dije a Miss Tita: —Sí, lo venderé por usted. No obtendré las mil libras de ninguna manera, pero conseguiré algo razonable.

Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas, pero pareció intentar sonreír al observar: —Podríamos dividir el dinero.

—No, no; será todo suyo. —Luego proseguí—: Creo que sé lo que quería decir su pobre tía. Quería dar instrucciones para que sus papeles fueran enterrados con ella.

Miss Tita pareció considerar esta sugerencia por un momento; tras lo cual declaró, con sorprendente decisión: —Oh, no, eso no le hubiera parecido seguro.

—Me parece que nada podría ser más seguro.

—Tenía la idea de que cuando la gente quiere publicar es capaz de... —Y se detuvo, sonrojándose.

—¿De violar una tumba? ¡Dios mío, lo que habrá pensado de mí!

—¡No era justa, no era generosa! —exclamó Miss Tita de repente, con pasión.

La luz que había surgido en mi mente un momento antes se intensificó. —Ah, no diga eso, porque *somos* una raza espantosa. —Y seguí—: Si dejó un testamento, quizá le dé alguna pista.

—No he encontrado nada de ese tipo; lo destruyó. Era muy cariñosa conmigo —añadió Miss Tita, incongruentemente—. Quería que yo fuera feliz. Y si alguna persona llegara a ser amable conmigo... quería hablar de eso.

Me quedé casi sobrecogido ante la astucia con que la buena dama se veía inspirada, una astucia transparente como era y cosida, como suele decirse, con hilo blanco. —Cuenta con que no quería hacer ninguna disposición que pudiera serme agradable a mí.

—No, no a usted, sino a mí. Sabía que me alegraría que usted pudiera llevar a cabo su proyecto. No porque le importara usted, sino porque ella sí pensaba en mí —continuó Miss Tita con su inesperada y persuasiva volubilidad—. Podría verlos... podría usarlos. —Se detuvo, al ver que yo percibía el sentido de aquel condicional; se detuvo el tiempo suficiente para que yo diera alguna señal, que yo no di. Debí de percibir, sin embargo, que aunque mi rostro mostraba el mayor embarazo que jamás se haya pintado en semblante humano, no estaba pétreo, sino lleno también de compasión. Fue un consuelo para mí, mucho tiempo después, pensar que ella no había podido ver en mí el menor síntoma de falta de respeto. —No sé qué hacer; estoy demasiado atormentada, ¡estoy demasiado avergonzada! —continuó con vehemencia. Y volviéndose de mí y ocultando el rostro entre las manos, rompió en un torrente de lágrimas. Si ella no sabía qué hacer, puede imaginarse si yo lo sabía mejor. Me quedé allí mudo, mirándola mientras sus sollozos resonaban en la gran sala vacía. Al cabo de un momento estaba de nuevo frente a mí, con los ojos anegados en lágrimas. —Lo daría todo, y ella lo entendería, donde está ahora, ¡me perdonaría!

—Ay, Miss Tita, ay, Miss Tita —balbuceé, como única respuesta. No sabía qué hacer, como digo, pero a la ventura hice un movimiento brusco e impreciso, cuya consecuencia fue encontrarme junto a la puerta. Recuerdo que me quedé allí de pie diciendo —No puede ser, no puede ser—, pensativo, torpe, grotesco, mientras miraba al extremo opuesto de la sala como si hubiera allí una hermosa vista. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la planta baja y fuera de la casa. Mi góndola estaba allí y mi gondolero, que descansaba reclinado sobre los cojines, se incorporó de un salto en cuanto

me vio. Salté dentro, y a su habitual *Dove commanda*? respondí con un tono que le hizo abrir los ojos: — ¡A cualquier parte, a cualquier parte; fuera, a la laguna!

Me llevó remando de allí y yo permanecí postrado, gimiendo suavemente para mis adentros, con el sombrero echado sobre la cara. ¿Qué demonios quería decir si no era ofrecerme su mano? ¡Ese era el precio, ese era el precio! ¿Y creía que yo lo quería, pobre señora extraviada, encandilada, desahorada? Mi gondolero, detrás de mí, debió de ver mis orejas enrojecidas mientras yo cavilaba, sentado bajo la *tenda* ondulante, con el rostro oculto, sin reparar en nada al pasar — cavilaba si su extravío, su encandilamiento, habían sido obra de mi propia imprudencia — . ¿Creía acaso que yo le había cortejado, siquiera para hacerme con los papeles? No lo había hecho, no lo había hecho; me lo repetí durante una hora, durante dos horas, hasta quedar agotado, si no convencido. No sé adónde me llevó mi gondolero; derivamos sin rumbo por la laguna, con paladas lentas y espaciadas. Al fin caí en la cuenta de que estábamos cerca del Lido, muy hacia arriba, a la derecha, si das la espalda a Venecia, y le ordené que me desembarcara. Necesitaba caminar, moverme, despojarme de algo de mi desconcierto. Crucé la estrecha franja de tierra y llegué a la playa; enfilé hacia Malamocco. Pero al poco me dejé caer de nuevo sobre la arena cálida, en la brisa, sobre la hierba seca y áspera. Me aniquilaba pensar que había sido tan culpable, que había obrado con ligereza sin querer pero no menos deplorablemente. Sin embargo, yo no le había dado pie para ello; de eso estaba bien seguro. Le había dicho a Mrs. Prest que la cortejaría; pero había sido una broma sin consecuencias, y nunca se lo había dicho a la propia Tita Bordereau. Había sido tan amable como me era posible, porque me caía verdaderamente bien; pero ¿desde cuándo se había convertido eso en un delito tratándose de una mujer de semejante edad y semejante aspecto? Estoy muy lejos de recordar con claridad la sucesión de sucesos y sentimientos de aquel largo día de confusión, que pasé vagabundeando en su totalidad, sin regresar a casa, hasta muy entrada la noche; solo me viene a la memoria que hubo momentos en que calmé mi conciencia y otros en que la fustigué hasta el dolor. No me reí en todo el día; eso sí lo recuerdo: el asunto, aunque a otros pudiera haberles parecido cómico, se me antojaba a mí tan poco divertido. Quizás me hubiera ido mejor percibiendo el lado cómico de la cosa. En cualquier caso, hubiera dado pie o no, se sobreentendía que yo no podía pagar el precio. No podía aceptar. No podía, por un fajo de papeles ajados, casarme con

una anciana ridícula, patética y provinciana. Era una prueba de que ella no creía que la idea se me fuese a ocurrir a mí el hecho de que hubiera decidido sugerirla ella misma de aquella manera práctica, argumentativa, heroica, en la que sin embargo la timidez había resultado mucho más llamativa que el arrojo, de modo que sus razones parecían venir primero y sus sentimientos después.

A medida que avanzaba el día fui deseando no haber oído hablar nunca de las reliquias de Aspern, y maldije la desaforada curiosidad que había puesto a John Cumnor tras su pista. Teníamos más que suficiente material sin ellas, y mi aprieto era el justo castigo de la más fatal de las flaquezas humanas: no haber sabido cuándo parar. Estaba muy bien decir que no era ningún aprieto, que la salida era sencilla, que bastaba con abandonar Venecia en el primer tren de la mañana, tras escribir una nota a Miss Tita para que se la pusieran en la mano en cuanto yo hubiese salido de la casa; pues era señal inequívoca de mi turbación que cuando traté de redactar mentalmente la nota de antemano —la pondría por escrito en cuanto llegara a casa, antes de acostarme—, no se me ocurría nada más que «¿Cómo podré agradecerle la rara confianza que ha depositado en mí?». No, eso no servía; sonaba exactamente como si una aceptación fuera a continuación. Naturalmente, podría marcharme sin escribir una palabra, pero eso sería una brutalidad, y mi propósito seguía siendo excluir las soluciones brutales. A medida que mi confusión se aplacaba me perdía en el asombro ante la importancia que había concedido a los arrugados papelotes de Miss Bordereau; el solo pensamiento de ellos me resultaba odioso, y estaba tan irritado con la vieja bruja por la superstición que le había impedido destruirlos como lo estaba conmigo mismo por haber gastado ya más dinero del que podía permitirme en el empeño de controlar su destino. No recuerdo qué hice, adónde fui después de abandonar el Lido, ni a qué hora ni con qué acopio de serenidad recuperada encontré el camino de regreso a mi góndola. Solo sé que por la tarde, cuando el aire ardía con el resplandor del ocaso, me hallaba ante la iglesia de los santos Juan y Pablo contemplando el pequeño rostro de mandíbula cuadrada de Bartolommeo Colleoni, el terrible *condottiere* que cabalga tan sólidamente a horcajadas sobre su enorme caballo de bronce, sobre el elevado pedestal en que la gratitud veneciana lo sostiene. La estatua es incomparable, la más bella de todas las figuras ecuestres, a menos que lo sea la de Marco Aurelio, que cabalga benevolente ante el Capitolio romano; pero yo no estaba pensando en eso: simplemente

me sorprendí contemplando fijamente al capitán triunfante como si tuviese un oráculo en los labios. La luz del poniente penetra a esa hora en toda su ferocidad y la torna maravillosamente personal. Pero él seguía mirando muy por encima de mí, hacia la roja inmersión de otro día —había visto a tantos hundirse en la laguna a lo largo de los siglos—, y si pensaba en batallas y estratagemas, eran de muy distinta índole de las que yo habría podido contarle. No podía indicarme qué hacer, por más que lo contemplara. ¿Fue antes o después de esto cuando vagué durante una hora por los pequeños canales, para la creciente estupefacción de mi gondolero, que nunca me había visto tan inquieto y al mismo tiempo tan falto de un propósito, y de quien no podía arrancar más orden que «Ve a cualquier parte, a todas partes, a todos los rincones»? Me recordó que no había almorzado y expresó por ello, con todo respeto, la esperanza de que cenara más temprano. Había tenido largos ratos de ocio durante el día, cuando yo había abandonado la embarcación para vagar, de modo que no tenía motivo para sentirme en deuda con él, y le dije que ese día, para variar, no probaría la carne. Era efecto de la propuesta de la pobre Miss Tita, no del todo propicia, el haber perdido completamente el apetito. No sé por qué ocurrió que en esa ocasión me impresionó más que nunca aquel extraño aire de sociabilidad, de parentesco y vida familiar, que constituye la mitad del carácter de Venecia. Sin calles ni vehículos, sin el estruendo de las ruedas, sin la brutalidad de los caballos, y con sus pequeñas callejas sinuosas donde la gente se apretuja, donde las voces resuenan como en los corredores de una casa, donde el paso humano circula como si esquivara las aristas de los muebles y los zapatos no se gastan nunca, el lugar tiene el carácter de un inmenso apartamento colectivo, en el que la plaza de San Marcos es el rincón más ornado, mientras que los palacios e iglesias desempeñan en lo demás el papel de grandes divanes de reposo, mesas de entretenimiento, extensiones de decoración. Y de algún modo el espléndido domicilio común, familiar, doméstico y resonante, se asemeja también a un teatro, con actores que repiquetean sobre los puentes y que, en procesiones dispersas, se deslizan a lo largo de las *fondamentas*. Cuando vas en tu góndola, las aceras que en ciertos tramos bordean los canales adquieren ante los ojos la importancia de un escenario, encontrándolo al mismo ángulo, y las figuras venecianas, que van y vienen ante el deteriorado decorado de sus pequeñas casas de comedia, se te antojan miembros de una interminable compañía dramática.

Esa noche me acosté muy cansado, sin haber podido redactar una carta a Miss Tita. ¿Fue ese fracaso la razón de que a la mañana siguiente, nada más despertar, me sintiese poseído de la determinación de ver a la pobre señora en el primer momento en que ella quisiese recibirme? Algo tuvo que ver con ello, pero más tuvo aún el hecho de que durante el sueño se había operado en mi espíritu un vuelco muy singular. Me percaté de ello casi en cuanto abrí los ojos; me hizo saltar de la cama con el movimiento de un hombre que recuerda haber dejado la puerta de la casa entreabierta o una vela encendida bajo un estante. ¿Estaba aún a tiempo de salvar mis bienes? Esa pregunta me latía en el pecho; pues lo que había ocurrido era que en la cerebración inconsciente del sueño yo había regresado a un fervoroso aprecio de los papeles de Miss Bordereau. Eran ahora más preciosos que nunca, y una especie de ferocidad se había apoderado de mi deseo de poseerlos. La condición que Miss Tita había impuesto para su posesión ya no se me antojaba un obstáculo digno de consideración, y durante una hora, aquella mañana, mi imaginación arrepentida la apartó de un manotazo. Era absurdo que no se me ocurriese nada; absurdo renunciar tan fácilmente y apartarme impotente de la idea de que el único modo de hacerme con los papeles era unirme a ella de por vida. No me uniría a ella y, sin embargo, los tendría. Debo añadir que cuando mandé recado de si querría recibirme no había inventado ninguna alternativa, aunque había dispuesto para ello de todo el tiempo que me llevó vestirme. Aquel fracaso era humillante; pero ¿cuál podía ser la alternativa? Miss Tita mandó recado de que podía acudir; y mientras bajaba la escalera y cruzaba la *sala* hasta su puerta —esta vez me recibió en el desolado saloncito de su tía—, esperé que no fuese a pensar que mi visita tenía por objeto decirle que aceptaba su mano. Bien seguro estaba de que el día anterior había llegado a la conclusión de que yo la había rechazado.

En cuanto entré en la habitación vi que había sacado esa conclusión, pero también vi algo que no había estado en mis previsiones. El sentimiento del fracaso de la pobre Miss Tita había operado en ella una alteración extraordinaria, pero yo había estado demasiado absorto en mi concupiscencia literaria para pensar en eso. Ahora lo percibía; apenas puedo decir cuánto me sobresaltó. Estaba de pie en el centro de la habitación, con un semblante de mansedumbre vuelto hacia mí, y su mirada de perdón, de absolución, la hacía angélica. La embellecía; parecía más joven; no era una vieja ridícula. Ese truco óptico le confería una especie de fulgor fantasmagórico, y mien-

tras yo era todavía víctima de él oí un susurro en algún lugar de las profundidades de mi conciencia: «¿Por qué no, al fin y al cabo..., por qué no?». Me pareció que estaba dispuesto a pagar el precio. Pero con mayor nitidez aún que el susurro oí la propia voz de Miss Tita. Me afectó tanto el efecto diferente que me producía que al principio no fui bien consciente de lo que decía; luego percibí que me estaba despidiendo: dijo algo sobre esperar que yo fuese muy feliz.

—¿Adiós..., adiós? —repetí con una entonación interrogativa y probablemente necia.

Vi que no captaba la interrogación, que solo oía las palabras; se había preparado para aceptar nuestra separación y estas cayeron en su oído como una confirmación. —¿Se va usted hoy? —preguntó—. Pero no importa, porque, cuando quiera que se vaya, no volveré a verle. No quiero. Y sonrió de un modo extraño, con una ternura infinita. Nunca había dudado de que yo la había abandonado el día anterior con horror. ¿Cómo iba a dudarlo, si yo no había regresado antes de la noche para desmentir, siquiera como mera formalidad, semejante idea? Y ahora tenía la fortaleza de alma —Miss Tita con fortaleza de alma era una concepción nueva— para sonreírme en su humillación.

—¿Qué va a hacer usted, adónde va a ir? —pregunté.

—Oh, no lo sé. He hecho lo grande. He destruido los papeles.

—¿Destruído? —balbuceé.

—Sí; ¿para qué iba a quedármelos? Los quemé anoche, uno por uno, en la cocina.

—¿Uno por uno? —repetí, mecánicamente.

—Tardé mucho; eran tantísimos. La habitación pareció girar a mi alrededor cuando dijo esto, y una oscuridad real descendió por un momento sobre mis ojos. Cuando pasó, Miss Tita seguía ahí, pero la transfiguración había concluido y ella había vuelto a ser una persona corriente, deslucida, de edad. Con ese semblante habló cuando dijo —No puedo seguir con usted más tiempo, no puedo—, y con ese mismo semblante me dio la espalda, como yo se la había dado a ella veinticuatro horas antes, y se encaminó hacia la puerta de su habitación. Allí hizo lo que yo no había hecho cuando la dejé: se detuvo el tiempo justo para dirigirme una mirada. Nunca la he olvi-

dado, y a veces todavía me duele, aunque no era una mirada de rencor. No, no había resentimiento, nada duro ni vengativo en la pobre Miss Tita; pues cuando, más tarde, le envié a cambio del retrato de Jeffrey Aspern una suma de dinero mayor de la que había esperado poder reunir para ella, escribiéndole que había vendido el cuadro, lo aceptó con agradecimiento; nunca lo devolvió. Le escribí que había vendido el cuadro, pero le confesé a Mrs. Prest en su momento (la encontré en Londres, en otoño) que cuelga sobre mi mesa de trabajo. Cuando lo contemplo, el pesar por la pérdida de las cartas se vuelve casi insoportable.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB